



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sr. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buene, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sr. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Cabanillas, Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillén, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabiá, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figueras (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gavangos, Galeote de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Harisenburch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Lara, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizar, Lorenzana, Lorente, Macanaz, Marín, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Ordoña, Ortíz de Pineiro, Olsaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poej, Reinoso, Rotes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rívero, Romero Orlin, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ros y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagaminaga, Saenz Perez, Sant, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Selis, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultra-  
 mar: 12 pesos fuertes oro por año.  
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sen-  
 tillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Diciembre de 1880.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales li-  
 brerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en li-  
 branzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este  
 medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—Búlgaros y nihilistas, por D. Emilio  
 Castelar.—Sobre el concepto de la economía política, por D. Gabriel Rodrí-  
 guez.—Canarias: del comercio y de la industria pesquera en la costa occi-  
 dental de Africa, por D. Joaquín Baeza.—Los frailes, por D. Nemesio Fernan-  
 dez Cuesta.—España y sus colonias, por D. Manuel Becerra.—Los Esta-  
 dos Unidos, por D. Eusebio Asquerino.—Superioridad de los colegios bien or-  
 ganizados y bien dirigidos, por el marqués de Valmar. Notas y apuntes de  
 un viaje por el Pirineo y la Turena, (conclusion) por D. Antonio María Fa-  
 bié.—El Arzobispo de Colonia, Conrado de Hochstaden, por D. Juan Fasten-  
 rahl.—Imitaciones de Aristote, por el Conde de Cheste.—Mirabeau, por  
 D. Manuel Reina.—Ante una estatua, por D. Plácido Langlé.—Salomé, (pe-  
 queña tragedia vulgar) por D. Manuel Fernández y Gonzalez.—Súeltos.—  
 Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Ya tenemos el invierno dentro de casa. Con él  
 han venido el frío, el cierzo y las pulmonías. ¡Bo-  
 nitos huéspedes! No hay en estos días amor más  
 solicitado que el de la lumbre, ni tema de discusión  
 más interesante que la capa. Todo menos frotarse  
 las manos. Porque los conservadores podrían de-  
 cir que era de gusto.

La chimenea en que los troncos arden, enco-  
 giéndose hasta no dejarnos ver sino las flamígeras  
 llamas que se escapan chillando, y abandonan en  
 su rápida huida estrellitas de fuego; los árboles,  
 que ofrecen con sus hojas caídas dorada alfombra  
 á nuestros piés; el cielo opaco, tan triste al caer la  
 tarde, que nos hace pensar en las poesías de  
 Uhland; el estanque del Retiro, donde el hielo ha  
 quitado un espejo á los niños y hace imposible la  
 curiosidad de los pintados peces, sólo desean como  
 los desgraciados el olvido de sus dichas pasadas.  
 Hasta el sol anda un poco perezoso y triste. Alguno  
 días, caritativo, aparece risueño por la estre-  
 cha ventana de la guardilla del pobre que no tiene  
 más calor que el rayo que él le dá. Pero despues  
 vuelve á esconderse y en vano pedimos noticias  
 suyas. Hay quien dice que le trae muy preocupado  
 decidir si saldrá ó no á esperar á las Pascuas. Yo  
 creo más bien otra cosa.

Que cuando el sol se esconde de los madrileños  
 á quienes quiere tanto, es por que sus papeles no  
 están en regla.

De seguro no tiene cédula de vecindad.

No nos habíamos equivocado en nuestras pro-  
 fecías. Despues de la difícil y laboriosa cuestión de  
 Dulcigno, la de la frontera turco-griega. El Con-  
 greso de Berlin la puso sobre el tapete de la diplo-  
 macia, aunque inútilmente; el Gobierno de Atenas

ha cuidado, con sus preparativos belicosos, más  
 que de apercebir á la Puerta, de que Europa se  
 preocupe seriamente de esta cuestión trascenden-  
 talísima; el presidente del Consejo de ministros  
 del reino helénico ha dicho recientemente en la  
 Cámara de Diputados, explicando el programa del  
 Gabinete, que se prepara á ejecutar las decisiones  
 de Europa, y se esfuerza en obtener el valioso con-  
 curso que las distintas naciones de ella quieran  
 prestarle; y todo hace creer que aun sin el concur-  
 so directo de ninguna potencia, Grecia está deci-  
 dida á imponer por la fuerza de las armas sus re-  
 clamaciones justísimas, siempre oídas por la Puer-  
 ta con desden, ó por lo menos sin intencion nin-  
 guna de atenderlas.

Decir qué éxito tendrán estas tentativas, no es  
 muy fácil; asegurar que es difícil que las potencias  
 vuelvan á unirse nuevamente para intimar al Go-  
 bierno de Constantinopla que cumpla sus compro-  
 misos, no nos parece expuesto á un desengaño.  
 Francia se inclina del lado de las contemplaciones  
 diplomáticas; Austria vé, no sin cierto recelo, que  
 pueden volver á agitarse los problemas de Orien-  
 te; Alemania ha perdido en esta cuestión su inde-  
 pendencia; Italia no parece preocuparse ni poco ni  
 mucho de la solución que el conflicto pueda tener;  
 Rusia descansa con la satisfacción del que sabe  
 que hay quien se encarga de trabajar por su for-  
 tuna, y hasta Inglaterra se contenta con decir que  
 «la cuestión griega no puede quedar sin resolverse.»  
 Estas dudas son una victoria para Turquía.  
 En la indecisión de las potencias europeas encuen-  
 tra ella su impunidad. La proximidad de la apertu-  
 ra de las Cámaras dá gran animación á la política  
 en Inglaterra. Hasta entónces, el Gobierno espera  
 poder evitar la necesidad de pedir medidas excep-  
 cionales para calmar la agitación de Irlanda, con-  
 fiando en que las órdenes que se han comunicado  
 para aumentar la policia y las guarniciones darán  
 el resultado que se desea. Despues presentará al  
 Parlamento el proyecto de ley agraria, con el cual  
 piensa resolver el conflicto que hoy roba su aten-  
 cion de otras muchas importantísimas cuestiones.

A la interpelacion acerca del movimiento repu-  
 blicano de Italia, y censurando la debilidad que ha  
 manifestado el Gobierno para con los principales  
 instigadores, ha respondido el ministro M. Depre-  
 tis negando que las asociaciones revolucionarias  
 hayan aumentado desde 1878, y asegurando que,  
 lejos de eso su número é importancia han disminu-  
 do bastante desde esa fecha. Los interpelantes han  
 dicho que el único remedio que puede oponerse al  
 desenvolvimiento de las sectas, es dar mayor am-  
 plitud á las bases del sistema electoral, interesan-

do de esa manera á los socialistas en la vida gene-  
 ral del país. ¡Qué diferencia!

Aquí el haber traducido de Guizot la teoría de  
 los partidos ilegales ha colocado al Sr. Cánovas  
 á inmensa altura de sus conservadores y súbditos.  
 Italia encuentra en la legalidad absoluta de todos  
 los partidos el engrandecimiento de la nacion; el  
 Sr. Cánovas es la ilegalidad de los que le son más  
 hostiles un trampolín.

Francia, posesionada de una paz envidiable por  
 sus condiciones históricas y de raza, nos invita á  
 que tengamos cordiales y estrechas relaciones con  
 ella. Aprobado el presupuesto de gastos en el Se-  
 nado, las izquierdas trabajan para conseguir que  
 se discuta el proyecto de ley de reforma de la ma-  
 gistratura. Es un debate que ofrece un punto muy  
 dado á las luchas de la palabra y de las ideas: la  
 inamovilidad.

Por negarse el Consejo de ministros de Portu-  
 gal á aceptar el ascenso á generales de division de  
 algunos coroneles de infantería, el ministro de la  
 Guerra, Abreu de Sousa, presentó su dimision, y le  
 ha sustituido el coronel de ingenieros, Sr. Castro.

Del nuevo ministro hace *El Diario Popular*,  
 de Lisboa, esta lacónica semblanza:

«Mucho dinero, poca inteligencia y ninguna  
 energía.»

En nuestro país basta muchas veces para ser  
 ministro tener las dos últimas condiciones.

Pero *El Diario Popular*, más que en Lisboa,  
 parece escrito en Aragon.

Ya se ha publicado el decreto de convocatoria  
 en la *Gaceta*. Las Córtes se reunirán el día 30 de  
 este mes. A la paciencia poco le queda ya que su-  
 frir; en cambio el deseo espera más que nunca.

Esperemos á que el Gobierno escriba su histo-  
 ria con el mismo cuidado que si aspirase á la ca-  
 nonizacion ó á la inmortalidad; y á que los diputa-  
 dos de oposicion le contesten excomulgándole. Es  
 un espectáculo siempre igual; pero, por desgracia,  
 en nuestro país se hace más necesario cada día.  
 Hay muchos abusos que denunciar, muchos erro-  
 res que combatir, muchas interpelaciones que ha-  
 cer, motivos sobrados para una guerra sin tregua  
 y sin cuartel. ¿Aprovecharán los diputados de opo-  
 sicion la sombra protectora de la inamovilidad  
 para decir cosas que la prensa no puede por que la  
 sellan los lábios las persecuciones? Lo esperamos.  
 ¿Tendremos que preguntar á las minorías dónde  
 están? No lo creemos. No les pedimos grandes  
 discursos, no les pedimos más que energía, y eso

todos pueden y están obligados por la fuerza de los sucesos á tenerla.

De la serie de acontecimientos políticos que animan la trégu parlamentaria da cuenta, mejor que un escritor, un fondista. Thés en casa del señor marques de Muros, de significacion no dudosa, y la prueba es que el thés del día de la recepción les ha sabido á los periódicos ministeriales á quina; y banquetes en Sevilla, en Zaragoza y en Málaga.

La peregrinacion del Sr. Balaguer toca á su fin. Escribiendo la historia de los trovadores españoles se ha entusiasmado, sin duda, con la errante vida de ellos, y ha querido parodiarla en lo posible, como orador, como constitucional y como futuro ministro. «Quiero, ha dicho para despedirse é invitar, la libertad sobre todo y sobre todos. Los partidos que tienen fe en sus ideas y en sus procedimientos deben esperar honradamente á practicarlos en el Gobierno. Pero cuando se les niega sistemáticamente ese derecho, hacen bien en rechazar el poder no queriendo ser comparsas.» ¡Bien hecho! Pero si el partido constitucional no quiere ser comparsa, no tiene más que uno de estos dos caminos que seguir

O ser alabardero ó ser barba.  
Para racionista no le quieren.

En la última sesion que ha celebrado la junta directiva del partido democrático-progresista, se hicieron algunos trabajos para la organizacion del partido.

Comenzada la reunion se examinaron detenidamente el estado de los trabajos referentes á la organizacion en provincias, á cuyo efecto los secretarios de la Junta dieron cuenta de las comunicaciones de las juntas organizadoras y de los trabajos realizados en todas las provincias, desde la de Alava hasta la de Zamora.

La Junta directiva convino en la necesidad de excitar el celo de sus correligionarios, para que cuanto antes queden constituidos los comités provinciales en las provincias que aún no los han nombrado, á fin de convocar en Madrid, á la mayor brevedad posible, los representantes de los mencionados comités. Despues que estén congregados estos representantes, se verificará la eleccion y constitucion del Comité directivo del partido.

La Junta actual, inspirándose en un elevado espíritu de delicadeza, se cree en el caso de ceder su puesto á otra que refleje de una manera más directa la nueva organizacion del partido.

La directiva volverá á reunirse cuando estén nombrados todos los representantes provinciales, con objeto de preparar la Constitucion definitiva del comité central.

El discurso del Sr. Carvajal en Málaga ha sido elocuentísimo como todos los suyos. Juzgarle como nosotros quisiéramos podria ser peligroso. Contentémonos con reproducir este período que le resume:

«El orden y la democracia se enlazan para no divorciarse jamás; pero no aquel orden de lo pasado, receloso y tiránico, ni aquella democracia legendaria, inquieta y borrascosa, sino el orden democrático que cuenta con energías bastantes á sujetar los impulsos de la reaccion y los embates de la demagogia, y la democracia, que se siente con virtud bastante para apreciar y sustentar el orden del derecho y discernir su accion benéfica de las tendencias reaccionarias. Uno y otra en perpétuo consorcio podrán dirigir los destinos de la sociedad española, consolándola en los desfallecimientos inevitables de la Historia, devolviéndola la esperanza y la fe, haciendo que nuestra patria pueda llegar un día á ser feliz dentro de sus fronteras propias, y respetada y admirada fuera; más allá de los montes que coronan su cabeza y de los mares que besan sus plantas.»

El entusiasmo fué grande, inmenso, indescribible. Al final del acto segundo el Sr. Echegaray fué llamado á la escena entre atronadores aplausos, más veces que llaman los periódicos ministeriales inmejorable á nuestro Gobierno, y al terminar la obra, la ovacion volvió á repetirse. Suceso teatral como el estreno de *La muerte en los labios* no recordamos haber visto ninguno. Antes, los anuncios repetidos, los elogios corriendo de boca en boca, los billetes de Banco cambiados por butacas. Despues, el éxito estruendoso, periódicos que copian actos enteros del drama, no obstante estar escrito en prosa, seis dias en la ventanilla del despacho de billetes este cartel envidia de empresarios, gloria de revendedores y martirio del público: «No hay billetes.»

Ni vamos á recordar que Echegaray ha saltado de las ecuaciones á las escenas, del cálculo infinitesimal á los enredos de bastidores, de las integrales á las quintillas, y de la teoría de Malthus al cementerio donde entierra sus personajes, por lo cual no es raro que con la violencia del salto haya perdido en ocasiones el recuerdo de la realidad de la vida. Ni vamos á juzgar de su influjo en el teatro, de su dominio sin rival sobre el público, de sus audacias, de sus errores y de sus bellezas. Ni nos interesa decir que juega con la muerte como algunas mujeres con los lunares, pues desde *el seno* la ha llevado á los labios. Ni pretendemos hacer una crítica de su última obra. No nos obliga á

este trabajo nuestra mision de cronistas, ni tampoco el espacio de que disponemos lo consiente. Dar una idea del drama, ya es distinto.

La escena pasa en Ginebra; año de 1553, que fué el suplicio de Miguel Servet. Son los dias del poder tiránico de Calvino, de las sangrientas luchas religiosas, de las delaciones infames, de la reforma fanatizada que roba á la Inquisicion sus martirios para vengar envidias y rencores.

Idilio dentro de una tragedia terrible, viven en una modesta casa de Ginebra, Margarita y Conrado. Ella es hermosa y buena, él enamorado y valiente; ella está en Suiza, siendo aragonesa, porque fué en busca de una herencia; él, que no habia conocido á sus padres porque la caridad le recogió allí. Viuda la madre de Margarita, sin amigos y en tierra extraña, y pobre y sola la nodriza de Conrado, la misma desgracia las unió bajo el mismo techo, y la miseria y la muerte con ser ángeles de sombra estrecharon en dulcísimo abrazo á los dos niños. Jóvenes ya, la muerte de la madre de Margarita los separa, cuando el amor más tiene de unirlos.

Un día, Conrado, que dejó la casa de Margarita para ir en busca de una herencia, vuelve á ella. Estrecha entre sus brazos á Margarita y enmudece. Con la alegría inefable se retrata en su rostro mortal inquietud. Viene á pedir asilo para un hombre que le salvó la vida, que es desdichado y noble, generoso y sábio, que corre el peligro de morir. Margarita consiente gozosa y el fugitivo aparece en escena: es Servet.

Protegerle es morir. En la misma casa de Margarita vive, asistido de esta y de un notable médico español, Walter, consejero de Calvino, monstruo de iniquidad, sanguinario y cruel, personificación del espíritu de secta, odiado y temido de todo el mundo. Cayó á la puerta de casa de Margarita presa de mortal paroxismo, y Margarita le recogió en ella, y el talento de Jacobo le salva. Discípulo predilecto de Servet, aun que más le admira descubridor de la circulacion de la sangre que teólogo, Jacobo es tan sincero entusiasta del filósofo villanovano, que sin temer ni á Calvino ni á sus esbirros, saluda delante de Walter á *La Restitucion del Cristianismo* como un título á la gloria y á la inmortalidad. Cuando despues de haber jurado que como cayera en sus manos Servet moriria en la hoguera, Walter se retira á sus habitaciones breve rato; es cuando Servet llega á casa de Margarita.

Al saber el peligro que éste y sus amigos corren ocultándole, Servet niegase obstinadamente á aceptar tan generoso sacrificio. No temais por mí, —les dice.—Miguel Servet nació para consumirse en las llamas; ¡qué mucho que entregue esta carne miserable á las de una hoguera, si las de la ciencia han ahogado todo mi pensamiento? ¡Lucha admirable de la amistad que acepta el sacrificio con el espíritu valeroso que prefiere el rendimiento al martirio! Servet parece ceder al fin cuando Jacobo le dice que con su cuerpo se quemará su obra, y que no va á quedar de ella ni el recuerdo. Pero todavía triunfa. Entrega á Jacobo el único ejemplar que posee de su *Christiannismi restitutio*, y quiere partir.

La lucha continúa; se oyen las voces de Walter, que se acerca; no hay tiempo que perder; Berta, la nodriza de Conrado, huye atemorizada y Servet se esconde. La puerta que da á las habitaciones de Walter se abre violentamente, y éste aparece. Servet ha tenido tiempo de ocultarse, pero Jacobo no le ha tenido para guardar la obra de su maestro. Mal disimulado el libro entre la ropilla de Jacobo, despierta las sospechas del esbirro. Walter viene iracundo y terrible; interroga y amenaza á Margarita, y procura descubrir en Jacobo la causa de su agitacion: sólo la voz de Conrado, á quien por vez primera contempla, despierta extrañas sensaciones en su alma.

Jacobó trata de salir, y al ver que el esbirro quiere detenerle, le hace frente con un puñal. Conrado y Margarita le contienen, y aprovechando este momento Walter le quita el libro. Es la obra del herege. Ya hay motivo para ver la plaza de Ginebra al siniestro resplandor de la hoguera, que es suplicio y gloria del inocente. El feroz calvinista prende á Jacobo en nombre del Consistorio, y el acto primero concluye.

Creyéndose en el cielo de los amores de Margarita y Conrado, negra nube, y no temiendo que viento de tempestad le lleve, Servet está más decidido que nunca á arrostrar las persecuciones de sus envidiosos y crueles enemigos.

Sabe que Jacobo está por culpa de él en poder del Consistorio, y, para salvarle, escribe á Walter que se entregará á Calvino si dan libertad á su discípulo. Conrado, deseando evitar tantas desventuras como se preparan, al saber la resolucion de su salvador, corre á casa de Walter para decirle que Margarita quiere verle. En tanto, reunidos Margarita, Servet y Berta, ésta cuenta la historia de Walter.

En los campos, soldado de la heregía, cabeza de motin en las iglesias, lobo carniceiro contra las mujeres, Walter encontró, sin embargo, una mujer que le amó hasta casarse con él. Esta mujer era católica, aunque lo ocultaba. Walter protestante. Vivía entonces en Witemberg. Un día en la capilla secreta de un caballero español, se celebraba el sacrificio de la misa. La mujer de Walter estaba allí con su hijo. Walter la sorprende, la golpea, la hiere en la garganta... Sólo el niño pudo salvarse.

Apremiada Berta por Servet para que diga

quién es aquel niño, huye arrependida de sus confesiones. Margarita y Servet sospechan, sin embargo, que el niño es Conrado, y Servet abandona á Margarita para volver á interrogar á Berta.

Walter vuelve á poco acompañado de Conrado. Ha prometido que al día siguiente el paradero de Servet estará descubierto, ó sus cómplices en la hoguera. Oyó que de los labios yertos de Jacobo se escapó esta frase cuando le atormentaban: «Margarita, no temas,» y sospecha que en casa de ésta es donde está escondido Servet. Por eso la amenaza. Pero inútilmente. Margarita responde siempre: «No sabiendo dónde está el maestro de Jacobo, ¿cómo adivinarlo? Sabiéndolo, ¿cómo venderle?» Margarita, Walter y Conrado están en la escena, Walter, terrible, iracundo, amenazando á la pobre niña con que morirá comida por las llamas; Margarita, resistiendo á súplicas y amenazas; Conrado, cerrando el paso á Walter, que no le vé, está decidido á darle muerte para que no descubra el secreto que puede llevar á su amada al suplicio. Walter y Conrado se amenazan, se injurian, y cruzan las espadas. Margarita pide auxilio. Servet acude. Al verle Walter, ciego de cólera, próximo al paroxismo, pero con una alegría salvaje, exclama: «¡Todos míos!»

Servet se acerca á Walter mientras á Conrado le tiene abrazado Margarita; le dice que Conrado es su hijo; se niega éste á creerlo; Servet le recuerda la trágica escena de Witemberg, le presenta á Berta, y al verla, Walter dá unos pasos como para ir hacia Conrado, y cae sin sentido. En este momento, Jacobo, libre, entra en la escena. «Salva la vida de ese hombre, le dice Servet... ¡Yo lo mando!... No: ¡Dios lo manda!»

Walter está en el lecho, luchando su gastada naturaleza entre la muerte y la vida. La noche acaba. Cuando sus sombras se disipan, la crisis del enfermo permitirá emplear en él la droga que otra vez le devolvió la vida. Si vive y recuerda, Margarita morirá en el suplicio; Servet se habrá perdido.

Conrado, como loco, recorre toda la casa queriendo buscar en la fuga la salvacion. ¡Inútilmente! Los esbirros de Calvino la cercan. Berta llega acongojada y triste: viene á decir á Margarita que Galifa, el verdugo, quiere ramage y sarmientos de su jardín para encender la hoguera.

Servet aprovecha los momentos en que Margarita los deja solos para descubrir á Conrado el secreto de su origen, y le manda que él mismo sea quien dé á su padre el líquido que ha de devolverle la vida. ¡Qué hermosísimas escenas esta y la en que Conrado lucha entre su amor por Margarita, y él debe salvar á su padre! Cuando Conrado se decide por Walter, se oyen los gritos de Margarita que viene huyendo del verdugo. Viéndole unida á él en fantástico grupo, Servet habia dicho: «¡Furor religioso, tienes forma de sayon! ¡Piedad cristiana, tienes forma de mujer!»

Margarita se queda sola con Conrado y ella es quien le anima al sacrificio. Conrado echa en los entreabiertos labios de su padre moribundo el líquido maravilloso.

¡Todavía acarician un momento la esperanza de lograr la dicha! Pero el tiempo pasa y Walter no recobra el sentido. Los esbirros de Calvino llegan. Walter, que despierta de su letargo y no conoce el sacrificio que ha hecho su hijo, declara que Margarita es la encubridora de Servet. Los soldados se apoderan de ella y la llevan al patíbulo. Conrado, al defenderla, cae mortalmente herido.

Walter se arroja de la cama, y sin fuerzas, jadeante, casi á oscuras, sin otra luz que la pálida y tibia del amanecer que penetra por las ventanas, da al fin con el inanimado cuerpo de su hijo. Conrado ha muerto. Pide socorro Walter con apagada voz, y Servet y Jacobo aparecen entre soldados. El martirio les espera.

Jacobó viendo la sangre de Conrado dice al calvinista: «Esa es tu obra.» Servet, viendo á Walter llorar, contesta: «Mientes.» «Mira esas lágrimas... son las primeras; mi obra es esa.»

Tal es el argumento de *La muerte en los labios*. La interpretacion, admirable por parte de la Srta. Mendoza Tenorio y de los Sres. Vico, Calvo (D. Rafael), Jimenez y Calvo (D. Ricardo).

En el drama hay una frase que es un cuadro hermosísimo. Esta que dice Berta hablando de Walter y del niño Conrado: «Al sol poniente, parecian Satanás y un ángel besándose en un rayo de luz.»

La polémica, con su lógica severa, su respeto prudente, sus arrebatos de pensamiento y su voz que recorre toda la escala, desde las notas del sentimiento quejumbroso hasta las del entusiasmo viril y elocuentísimo, ha vuelto á entrar en el Ateísmo de Madrid. Viene decidida á asombrar con su erudicion, á interesar vivamente con su trascendencia y á que la curiosidad de los que en nuestro país se dedican al estudio de los problemas sociales, la siga afanosa. Hay motivos para estas pretensiones.

Cuando se anunció que el conflicto religioso de nuestra época iba á ser objeto de las discusiones de la seccion de Ciencias morales y políticas en el presente curso, la derecha, desde donde el P. Sanchez predica sus discursos y los jóvenes se hacen amables á los ojos de Cánovas, prometió sellar sus labios y presenciar la lucha con la misma indiferencia que vé cualquiera una batalla entre rusos y turcos sobre el blanco tablero de mármol de la me-

silla de un café. El efecto que esta noticia produjo fué tristísimo. El retraimiento en el Ateneo era inexplicable. Ni la retirada de los diez mil, ni la de las minorías del Congreso se comentaron tanto. Sócio hubo que, al saberlo, pensó darse de baja y que le devolviesen la cuota. No hablando más oradores que los de la izquierda, los aplausos podían ser un entretenimiento, pero las risas se habían acabado para siempre.

Mas la noticia no ha resultado cierta. La sección de Ciencias morales y políticas inauguró el pasado viernes sus trabajos, y pudimos ver que los conservadores y ultramontanos ocupaban los sitios de siempre. ¡Tremenda lucha la que se prepara! El dogma que manda, la duda que atormenta, la fe que ciega, la razón que ilumina, la negación que atormenta; grandezas pasadas que mueren, y junto al sepulcro de ellas esperanzas de dicha futura que nacen; ídolos rotos, altares derrumbados, procesion de creencias, la razón perseguida que se venga de la hoguera quemando en el fuego de la crítica los errores impuestos. ¡Discusión trascendentalísima! ¡Análisis peligroso! ¡Conflicto que aterra! Pero no la tememos. Si llegar á la armonía es imposible; al resplandor de su luz será más fácil y seguro el camino de la verdad.

En la Memoria en que el Sr. Martos Jimenez ha expuesto el tema con una brillantez de forma y una profundidad de pensamiento que le han valido grandes aplausos, quiso demostrar que el espíritu moderno tiende á sustituir las añejas instituciones religiosas y los cultos positivos por la religión natural, la moral filosófica, el conocimiento de sí propio, y la intimación del deber por la conciencia en forma de imperativo categórico.

Todo ménos la maldecida indiferencia. El señor Martin lo decía:

«Domina en los indiferentes esa apatía particular, creada por la incertidumbre que aísla al espíritu de todas las manifestaciones de su tiempo, y lo ensordece y como idiotiza, privándole de ser festivo y parte en las corrientes de la idea, encerrándole hasta tal punto que ni pueda audaz colorearse con la aurora del porvenir, ni pueda, agradecido, condolerse ante las ruinas del pasado. ¡La indiferencia! Cuántas almas insensibles militan hoy en el campo de las religiones, y singularmente en el catolicismo, sin fe ninguna en lo que aman, ni amor tampoco en lo que creen, observadores del rito y no del precepto, que aceptan por tradición y costumbre lo que no sabrían sostener por convicción y entusiasmo; conciencias pusilánimes que sirven á Cristo como Júdas á su maestro, sin valor para renegar del apostolado, y con el beso pendiente siempre de los labios para venderle.»

La discusión será interesantísima. Van á hablar Moreno Nieto, Azcárate, Pedregal, Gonzalez Serrano: todos los oradores más notables del Ateneo.

La noche en que la Memoria se leía, un inglés pidió la palabra para defender el protestantismo.

Al oírlo, un amigo mio, que estaba sentado junto á mí, se puso pálido y temblon.

—¿Qué te pasa,—le dije,—creyendo que se iba á desmayar?

—¿Qué hasta en el Ateneo me persiguen!

—¿Los protestantes?

—No. Los ingleses.

No hay que esperar que la calle de Sevilla, á quien ha llamado un hábil pintor, salon de esgrima, esté reformada á tiempo de que nuestro celoso municipio pueda presidir el renacimiento de ella, ni es de creer que en la Necrópolis puedan recogerse las cenizas del partido conservador, y eso que algunos le tienen por eterno. A la apertura de la Exposición Hispano Colonial ya es más fácil que podamos asistir. Nuestro Ayuntamiento, sin oír para nada los consejos de los que empiezan recordándole sus deudas, está decidido á celebrarla, y por el camino que lleva, la celebrará. No se necesita más que aprobar definitivamente el proyecto del palacio en que haya de verificarse y recaudar el dinero que falta.

Todo el espacio comprendido entre el cerramiento del terreno y los edificios, se convertirá en jardines. Una gran calle de 14 metros de ancho atravesará el terreno en sentido paralelo á la línea de fachada principal, formándose una plaza de 10 metros de diámetro frente á la fachada, con una fuente monumental en el centro. Dos estanques para el servicio en la parte baja del jardín superior, completarán las necesidades del palacio.

El área estará cerrada por una verja de hierro con basamento de piedra y ladrillo. El edificio principal tendrá cuatro entradas por la fachada. Para su construcción se adoptará, como el más propio, el género bizantino en su último período.

Aunque no fuera más que por lo que ha de favorecer la unión, la estrechez íntima de relaciones entre los pueblos americanos y esta tierra de España que un día se llamó dueña de ellos, la Exposición Hispano-Americana tendría trascendental importancia. Del mismo modo que en las pirámides, colosales, esfinges y obeliscos, se revelan por completo la idea y la vida del mundo antiguo, el porvenir tendrá que acudir á las Exposiciones para encontrar en ellas noticia exacta de nuestros descubrimientos y de nuestras grandezas. Un periódico francés ha dicho que los madrileños nos preparamos á festejar el centenario de Calderon con corridas de toros y caballos. No será extraño que otro diga:

«En la Exposición Hispano-colonial se van á presentar los trajes de los toreros más famosos y las navajas de las mujeres que á más heroicidades se han atrevido.»

Estaba anunciado que el nuevo Circo de Price, se inauguraría en la noche del último sábado; era grande el deseo de ver, al mismo tiempo que su arquitectura, si el frío del invierno no hiela las gracias de un clown, y los billetes se habían vendido muy caros. Los coches iban llegando al Circo, pero las mujeres, al asomar la cara ansiosas por las ventanillas de ellos, no veían, como otras veces, el despacho de billetes invadido; las puertas asaltadas, animación y luz. Los faroles estaban apagados, las puertas cerradas, y en ellas carteles diciendo que la función se había suspendido para el domingo.

Esto, aunque triste, no extrañaba al público. En Madrid estamos acostumbrados á que todas las obras se inauguren sin concluir. Cuando el entusiasmo municipal ha tenido que traducirse en arcos de follage nunca se vieron arreglados estos para la hora en que debían prestar servicio: el camino de la plaza de Toros no estuvo hecho hasta el año siguiente al en que se inauguró; el Hipódromo estará concluido cuando la Necrópolis.

No hubo necesidad de esperar á que llegara la tercera para que fuese la vencida. El domingo se abrió al público el nuevo Circo, alegre, caprichoso, bonito, elegante, lleno de luz. Donde un día la Boldun y Valero interpretaron con perfección rara *El castigo sin venganza*, de Lope de Vega, lucirán su estampa caballos amaestrados á la alta escuela, habrá juegos icarios y saltos mortales, y no faltarán mujeres que anden por el trapecio como por el camino de la Vicaría.

Lo que era asilo del arte se ha convertido en templo de la caricatura; ayer el *Drama nuevo*, hoy la pantomima; después de las quintillas, las pueretas; Hamlet sustituido por Pierrot.

El teatro estaba brillantísimo. Si la revista cómica-política *Todo va muy bien*, que se anuncia en el teatro de Apolo, ha de ser verdadera crónica de actualidades, necesitan los autores pintar en ella un hombre á la moda, dejando la última peseta en manos del Pájaro. Estreno de Echegaray, aparición de Gayarre, y apertura de un Circo nuevo, en una misma semana son muchos sucesos para no causar la ruina de quien no quiere privarse de ver ninguno.

La compañía es excelente. Tan buena que después de los aplausos ha venido la crítica, como si se tratase de actores eminentes.

A los conservadores les ha gustado todo ménos las caídas; los fusionistas ponen defectos á las planchas.

De las notas de Gayarre se ha hablado más que de las notas de Bismarck en la cuestión de Oriente.

Ni el ruego de los amigos, ni los aplausos entusiastas, ni la súplica de la poesía, ni el álbum en que pusieron su firma todos los hombres que en España no necesitan tarjeta, lograron que se quedase entre nosotros el gran tenor. Lo que el ruego no ha hecho lo ha hecho la constancia de Rovira, y Gayarre ha vuelto á cantar en Madrid.

Su reaparición en la escena no fué tan ruidosa como se había esperado. Verdad es que el Arturo de los *Puritinos* no cantaba aquella noche como Gayarre canta. Los amigos decían que estaba dominado por la emoción; el público del paraíso, que estaba ronco.

Cantó la segunda noche de admirable manera, y entonces la ovación fué tan entusiasta como justa.

El ángel había vuelto á entrar en el Paraíso.

En el café Imperial:

—¿Qué van ustedes á tomar?

—Por de pronto, traiga Vd. dos cafés para cada uno, que si queremos más ya los pediremos.

MIGUEL MOYA.

## BÚLGAROS Y NIHILISTAS.

El Oriente atrae nuestra vista por su brillo y nuestra atención por sus misterios. Cuanto en sus espaciosos senos existe de celeste y de claro, llama á los artistas, á los enamorados de la luz; y cuanto de moralmente tenebroso, llama á los políticos, á esos buzos que gustan de abismarse y perderse en las tinieblas. No existe en parte alguna de Europa, ni siquiera por las costas del Tirreno ó por las tierras de Andalucía, montañas como aquellas en cuyas cúspides habitaron los coros de las musas, y de cuyas plantas surgieron las aguas de Castalia y del Alfeo, los primeros manantiales de la poesía europea y las primeras inspiraciones del arte; mas tampoco existen, extinguiéndose cada día más el mal y su remedio, el heroísmo, aquellas trágicas escenas de la vida pública y privada; aquellas conjuraciones de serrallos; aquellos asesinatos increíbles; los favoritos amenazados por el puñal de sus rivales y por el ardor de sus amos; las sultanas predilectas rodeadas de presentes riquísimos y de homicidas venenos; los pueblos ar-

mados hasta los dientes, con el cinto lleno de empuñaduras brillantísimas á cuyo término se encuentran los instrumentos de la matanza, y con las manos cargadas de rifles ó de gumías, y listos como el ciervo, gallardos como el caballo, ligeros como el aire, apercebidos de continuo á la guerra cual si el mundo fuese un campo inmenso de batalla y el fin único de la vida buscar pronto y heroicamente la muerte.

Nadie se acordaba hace poco tiempo de la tierra que el Hemo y el Rhodopo atraviesan; que el Danubio limita al Norte y las vertientes del poético Pindo al Mediodía; que los guerros más feroces de la quinta centuria, aquella edad de las irrupciones, pueblan; y que rusa por el origen de sus razas reunidas del Volga y llegadas hasta el Bósforo, compone la mitad casi de Turquía y lleva el nombre antiguo de Bulgaria. ¿Quién la nombraba en Europa? Mas vino reciente campaña de tristes casos y varios sucesos; incendio y desolación de pueblos y ciudades; angustias y aflicciones de razas atormentadas; proscripción cruel de habitantes interrumpidos en sus faenas por las erupciones del combate; degüellos de familias enteras; sacrificio cruentísimo de ejércitos que como aniquilados quedaron en fértiles llanuras hechas vastos cementerios; la toma de Froward herida; la batalla horrible de Plewna ensangrentada; el paso audaz de los Balkanes franqueados; la profanación de los templos por el fanatismo de secta; al igual intolerantes, y la mutilación de mujeres y niños por las locuras del furor bélico; y todos los ánimos se volvieron á Bulgaria y encontraron allí una nueva catástrofe, que los fijara por su aspecto trágico, y no una nueva enseñanza que los escarmentara á fin de no interrumpir la creación continua del amor universal con los errores del odio, sobre cuyos estragos levanta su trono de mondadós huesos la insaciable guerra.

Esa Bulgaria, que hace poco era propiedad del sultan, gobernada por vazires designados en el serrallo, pasa ahora á propiedad del Tsar, gobernada por príncipes designados en San Petersburgo. Aunque una Asamblea haya votado y vários diputados discutido, y calurosas deliberaciones resuelto el nombramiento de ese príncipe, queda á los ojos del mundo, con su título de Alejandro y todo, con su Constitución y su Parlamento, como un señor feudal de la soberbia Rusia. Pero ¡ah! su nombre y su familia traen á mis mientes una de las épocas más procelosas de la vida y despiertan en mi corazón el cariño á un amigo muerto por la más sublime de las causas. Alejandro I de Bulgaria es hijo de una hermana de Bocsak, á quien pocos han oído nombrar sin duda alguna, á pesar de haber pertenecido á familias reales imperiales y contarse nada ménos que entre los primeros del Tsar. Y era Bocsak enteramente de la estirpe de los héroes nacidos con el entusiasmo más puro en el corazón y con la sangre más generosa en las venas, y con el ideal más bello en la mente, y con la inclinación más viva al sacrificio en todos sus deseos, y con la tristeza del llamado á malograrse en los ojos, y con la auréola mística del mártir en las sienes. Al verle no había necesidad de preguntarle cómo y en dónde pasara su vida; veíase que la pasó combatiendo, y do quier se ha combatido por la independencia de las naciones. Importábale poco que el pueblo combatiente fuera de esta ó de otra raza de la humanidad, de esta ó de otra porción de la tierra.

El amor á la independencia de los pueblos llenaba su redentora alma. anhelísima de grandes sacrificios. Y este amor lo había experimentado desde la niñez, porque naciera sin patria. Hijo de Polonia, vióse condenado á ignorar lo que es una familia feliz, pues la suya gemía de continuo en la servidumbre; lo que es un hogar seguro, pues el suyo estaba amenazado de esbirros; lo que es la dignidad de ciudadano, pues él no gozaba ningun derecho; lo que es la nación propia, pues aquella que le diera el sér, yacía rota, descuyuntada, repartida entre los déspotas y sus miembros dispersos quedaban enterrados, aunque palpitantes, y su alma llorosa erraba en los aires, aunque inspirada, y heroica y tierna; ¡pobre mártir de las naciones! Una voluntad entera y generosa, que no quiere someterse al destino, y que no tiene patria, encuentra su vía trazada en el mundo, la vía de los combates imposibles que conduce derechamente á la apoteosis de los martirios seguros.

Desde que pudo llevar un arma, la empleó Bocsak en contra de los opresores y en defensa de los oprimidos. Amar con mayor entusiasmo la patria cuanto apareciera más desgraciada á sus ojos; defenderla con todo el ardor del alma y toda la sangre de las venas; tomarla como un ideal hasta el punto de combatir, no sólo por ella, sino por todas cuantas naciones tuvieran como ella hijos y como ella los engendraran siervos; tal fué el pensamiento único de su conciencia y la norma única de su vida. Así lo hallábase en Grecia junto á los cretenses; en Sicilia junto á los garibaldinos; y ya podéis imaginar dónde estaría siempre que se pelease y se muriese por la independencia de Polonia. Aquel hombre en Atenas hubiera sido Aristides; en Esparta, Leonidas; en Jerusalem, Macabeo; en Girona, Alvarez; en Madrid, Daoiz, en todas partes un héroe y un mártir de la patria.

Yo, que le conocí tanto, no podría retratarlo. Su figura se ha transformado en la muerte y brilla hoy á mis ojos como una de esas santas imágenes del dolor esclarecidas por los destellos de los cirios y ahumadas por las nubes del incienso. Toda-

vía recuerdo las últimas palabras suyas, que resonaron en mis oídos y que cayeron sobre mi pecho. Celebrábamos al pie de los Alpes, en verde pradera humedecida de rocío, huéspedes de aquella Suiza donde compiten las maravillas de la creación y los milagros de la libertad, una pobre, pero fraternal comida de desterrados, á la sazón unidos todos en iguales tristezas y esperanzas. Bocsak estaba enfrente de mí, comiendo con la sobriedad de los discípulos de Cristo en la última cena y hablando con la elocuencia de los discípulos de Platon en los divinos banquetes. No lejos de él encontrábase Chaudey, el amigo y testamentario de Proudhon, abogado espertísimo, orador excelente, consumado político, á quien debían asesinar los bárbaros comuneros de París en el día nefasto de la inmolación de los rehenes. Uno de los últimos libros del célebre sofista francés, que tanto daño hizo á la libertad en Francia y en España, fué contra Polonia y contra la guerra sublime de Polonia en que Bocsak entrara, deteniendo como los espartanos de las Termópilas con un destacamento un ejército. Semejante libro, escrito para rezar á los muertos en el combate y arrancar la esperanza á los sobrevivientes, imputando á todos las faltas de sus padres, hirió con herida profundísima á nuestro héroe, el cual dirigía á Chaudey palabras de reconvencción, cuya delicadeza aumentaba la acerbísima amargura. Y en esto le tocó brindar, y se levantó trémulo como no temblara nunca en las batallas. Su arrogante figura daba al héroe polonés el aspecto de aquellos soldados de Platea esculpidos por los cincelos griegos en mármol penthólico. Su barba rubia, su sedosa cabellera, el azul celeste de los ojos templado por la oscuridad de la tristeza en que yacía su alma, la sonrisa dolorosísima de sus labios contraídos, dábanle también aspecto de redentor, pareciéndose á una de esas figuras rafaelinas que en formas clásicas contienen cristianos ideales.

He oído á muchos de los grandes oradores europeos, y ninguno logró convencerme jamás como este guerrero de Polonia. Bien es verdad que lágrimas mal reprimidas brotaban de sus ojos nublados, y roncós gemidos de su destrozado pecho. La frase no tenía amplitud alguna, sino concisión extrema, penetrando como una puñalada moral hasta lo más hondo de nuestros corazones. Véase allí los representantes de las primeras nacionalidades de Europa, y proclamaba lo que cada una de ellas hacia por la civilización y la cultura de todas, y lo que hacia su patria. Si Alemania sabe pensar, y Francia hablar, y la libre Inglaterra trabajar, y la austera España creer, y la hermosa Italia cantar, Polonia sabe morir. En medio de esta cultura pacífica, ella es el ara de los sacrificios, desde donde sube al cielo como en los antiguos templos el humo de las víctimas abrasadas y el holocausto de los dolores eternos.

Y cuando sus ciudades son panteones, y sus campos cementerios, y sus cunas sepulcros, y sus hijos mártires, cuando al pie de sus altares caen tras pasados por las balas rasas las mujeres y los niños de pecho; un escritor francés les dice que todo lo tienen merecido, y da la razón á nuestros ver lugo porque somos católicos los polacos, cual si después de habernos quitado del alma los derechos, y de la tierra el hogar y la patria, quisieran quitarnos también nuestro último refugio y nuestra última esperanza allá en el cielo. Y después de estas exclamaciones, cayó como desmayado en su silla. Todos nos miramos mutuamente, y vimos que teníamos arrasados de lágrimas los ojos. ¡Ah! Dos años después, Bocsak se encontraba en los campos de Dijon tendido y exánime entre un montón de cadáveres, donde á las órdenes de Garibaldi peleó y murió por la patria del escritor célebre que habia infamado su patria. Y luego direis que no hay ni santos ni mártires en nuestra civilización. El nuevo monarca podrá contar muchos nombres ilustres en los anales de los poderosos, pero ninguno tanto como ese nombre de su próximo pariente inscrito en los anales de las víctimas. Brillarán mucho las piedras de su corona de rey, pero no como las heridas del soldado muerto en los campos de batalla por la libertad de una nación que no era su patria.

Todos estos hechos y casos de Oriente nos llevan como de la mano á tratar el grave asunto de los nihilistas, no bajo su aspecto político, bien conocido ya por sus trabajos, sino bajo su aspecto literario, más nuevo é interesante. Las obras respecto al gran imperio ruso pululan ahora en todas las librerías como antes las obras respecto á la gran República americana. Interesábanos en la época de nuestra regeneración política ver cómo nacen los pueblos, y nos interesa ahora en este período de mayor madurez y de más seguras victorias, ver cómo mueren los déspotas. Así los escritos y los escritores sobre esta materia abundan. Unos, como Murray, antiguo cónsul de Inglaterra en Oriente, han estampado obras ligeras con el título de *Los rusos en su casa*; otros, como Wallace, viajero durante cinco años en aquellas regiones, obras de mayor aliento é importancia, tituladas *La Rusia*; otros, como el profesor Rambaud, estudios particulares acerca de la *Poesía épica* moscovita; estos, como Hípean, concienzudas monografías relativas á instrucción pública; aquellos, como el editor Dreyfous, dos volúmenes de retratos rusos, atribuidos á un alemán anónimo; periodistas del talento de Molinari; cartas interesantísimas aunque lejanas de eruditos de la ciencia de Courier; estudios sobre las literaturas eslavas llenos de no-

ticias curiosísimas, y todos á portía han ilustrado el conocimiento de tan extraño pueblo, mucho más que los viajes de Castine, muy leídos antes, y los cuadros de Gauthier llenos de animación y de color, y las obras especialísimas de Merimée, en que el interés y la vida se sacrifican á la corrección y á la propiedad del lenguaje. En estos libros y en otros muchos más que no menciono por aligerar mi escrito, encuéntrase á cada paso datos de sumo interés sobre el nihilismo literario, compañero, mejor dicho, precursor del nihilismo político.

Aquí se cumple aquella sentencia de un filósofo antiguo, el cual proclamaba la superioridad de la poesía sobre la historia para revelar el estado de los pueblos y la vida de las civilizaciones. Esta secta nihilista, sin armas y sin presupuesto, que gobierna y la obedecen, que condena á muerte y se cumplen sus sentencias; que entra como por magia en los palacios del Tsar y lo intimida; que se sienta en los tribunales y los domina; que tiene á sus órdenes desde la policía hasta el ejército; hallándose á un tiempo en todas partes y no viéndose en ninguna cual esos endriagos de los cuentos de niños y de las consejas de aldea, debía reflejarse en una literatura nueva como la literatura moscovita, ya que su realidad sobrepasa en mucho á todas las visiones de la fantasía y á todos los ensueños de la más desenfrenada inventiva.

El célebre Tourguénef, pintó ya el tipo de un nihilista en aquel Bazaroff de su novela. «Padres é hijos, perteneciente á la aristocracia por su educación, y al pueblo por sus inclinaciones; menospreciador así de todas las creencias modernas que embargan el entendimiento con sus ideas nuevas como de todas las fórmulas políticas que despiertan las pasiones con sus esperanzas progresivas; dado á la negación absoluta por puro sentimiento de utilidad y á las conjuraciones continuas por anhelo de influencia y de poder; y que, al decirle cuán poco valen sus principios, reducidos á un sistema de radical oposición, y sus afirmaciones incapaces de reemplazar lo arruinado y destruido, contesta alzándose de hombros con menosprecio, y despidiendo de sus ojos la rabia exterminadora con furor: «necostó un ochavo la tea que sirviera para incendiar á Moscou.» En otra novela titulada «Humo,» pinta la vaguedad de pensamientos que aqueja á los nihilistas, y la compara tristemente á esa cinta de vapor dejada por la locomora en los aires, como una especie de azulada culebra de nubes, cuyas escamas fantásticas se condensan en el vientre de negro hierro y se disipan en las ondulaciones del vago aire. El instinto de oposición toma tal ímpetu en Rusia, que esta caricatura de las ideas nihilistas se atribuyó á deserción de las ideas liberales, y tuvo el célebre novelista, amargadísimo de tal juicio, que resignarse á larga abstención de todo trabajo literario y á profundísimo silencio. Pero Pisemsky colgó en su espaciosa galería de dramas y novelas nuevos retratos nihilistas. Rusia para él es como un lago encrespadísimo, cuyo cielo ha salido á la tranquila superficie. Las ideas se han confundido y los caracteres se han rebajado; el materialismo ha puesto sus ídolos en lugar de las antiguas creencias; la sed de hidrólicas riquezas ha venido á secar los labios disgustados de los manantiales de lo ideal; y la frase hueca ha seducido á los pueblos, incapaces de toda acción fecunda y de todo constante trabajo; nadie mira á lo infinito de donde viene el día, y todos creen luz eterna el fuego fátuo que se derrama y se disipa en cintas de fósforo fugaz. La figura del nihilista Grigorof es el tipo y la representación de esta edad para el autor ruso, edad de corrupción moral y de grandes é irreparables ruinas.

El socialismo de los moscovitas no brilla, como el antiguo socialismo francés, con esa luz semejante á las oraciones místicas, y con esas esperanzas en una renovación que llegue á trasformar desde las ideas en el cerebro hasta las estrellas en el cielo, y con esos visos de cristianismo renovado, de teología progresiva, de metamorfosis universal, que daba á las concepciones san-simonianas y fourieristas algo de la grandeza alcanzada en los tiempos antiguos por las concepciones de Pitágoras y de Platon, pues juntábanse en ellas los extremos más opuestos, la metafísica pura y la economía utilitaria; escucho como la estepa rusa, bárbaro como la tribu cosaca, estéril como el hielo eterno, álzase en las novelas, por ejemplo, de Dostoyewski con tal monstruosidad realista, que lo tomaríais por el inmundo albañal donde se aglomeran todos los vicios sociales. Esas producciones últimas, que divulgan las debilidades más tristes, que usan el lenguaje más grosero, que copian los tipos más vulgares, que reducen las artes á expedientes y á procesos, que buscan inspiraciones en la taberna ó en la mancebía, que rebajan las letras más allá de la realidad, que renuncian á todo ideal y ni siquiera nos dejan ver un pedazo de cielo al través de las rejas de nuestra oscura cárcel; ese realismo repugnante, hoy en boga, nació antes que en ninguna otra parte, en los pudrideros del imperio ruso, donde las inteligencias se corrompían y degradaban tristemente en la más odiosa servidumbre.

Leed en las varias historias de las letras rusas el extracto de las novelas socialistas, y os persuadiréis sin esfuerzo á creerlas mucho más espantosas que las antiguas novelas francesas de los días en que andaba tan acreditado y válido este género de literatura política por el mundo. Allí notareéis héroes de tabernas, fumadores envueltos en las nieblas exhaladas de sus pipas; dragones capaces

de engullirse, si les dejan, un toro; campesinos sanos y regoldones sin la gracia inextinguible ni la filosofía práctica de Sancho; borrachos de aguardiente estancado que vomitan vocablos de burdel y de presidio; una demagogia como jamás la concibió Aristófanes, el inmortal caricaturesco de los demagogos; en fin, la canalocracia en toda su fealdad, irguiéndose deforme, no solamente contra las demás clases sociales, sino también contra el pobre pueblo trabajador y honrado. No conozco nada más lejos de una verdadera democracia. Leyendo tales páginas, finjo en mi imaginación la choza parecida al inmundo lecho de un hipopótamo; la campiña cubierta de hielo; la nieve revoloteando como arena blanquecina en los giros del aire; la corteza de los árboles adobada como único alimento para tantas criaturas infelices; los grupos de los que emigran sin saber á dónde; el contraste entre tantas miserias y el lujo de los señores envueltos en sus pieles y arrastrando sus trineos, cuyas gozosas campanillas se mezclan con el lamento del moujik medio muerto de hambre y de frío en la soledad de sus estepas. Este año, siempre que iba á la Exposición de París, me paraba ante un cuadro de rara verdad. Representaba el Volga helado, y se veían los burlakis sacando con las maromas atadas al pecho, las barcazas del hielo. Al verlos con su túnica de pieles de cordero, con sus botas gigantescas y claveteadas, con sus birretes moscovitas, los rostros anchos y aplastados como aquellos de los hunnos que tanto asustaban á los últimos romanos del imperio; los ojos hundidos de los cuales podría decirse lo dicho por Jorndanez respecto á los ojos de los soldados de Atila *plus puncta quam lumina*; las narices chatas, pues apenas se distinguen allá entre las barbas parecidas á oscuros vellones; al verlos así, francamente, me recordaban aquellos pueblos semi-salvajes, tan cercanos á las escalas de la pura vida animal, abrumados por el peso de una miseria tan triste como su servidumbre, que aullaban hambrientos en torno de los imperios asiáticos y olfateaban las matanzas y los incendios consiguientes al asalto de los palacios imperiales y á la destrucción y á la ruina de los tiranos.

Compleja cosa los problemas sociales y más compleja todavía las diversas soluciones que, con fórmulas abstractas y absolutas, cada escuela pretende darles. No hay materia más sistemática, porque no hay materia más sujeta servilmente á condiciones de tiempo y de espacio, á fatalidades de clima y hasta de topografía. El problema social no puede aparecer en Rusia como aparece, por ejemplo, en nuestra Andalucía. Benigna temperatura, cielo propicio, aire perfumado y tibio, suelo feraz, sobriedad impuesta por el calor, vestiduras ligeras, días ardientes, noches serenas, componen otros tantos factores de este complicadísimo asunto, en el cual pueden más la lluvia y el viento que todas las series de ideas inventadas por la más audaz economía ó concebidas por las más puras y sublimes ciencias. La inclemencia del cielo da en Rusia mayor tristeza ciertamente á la miseria, y al problema social mayores y más insuperables dificultades que en nuestros pueblos latinos. Así la solución ha quedado reducida tristemente á grandes amenazas revolucionarias, las cuales llevan tristemente en su seno la utopía de las utopías, la propiedad colectiva.

¡Cuán estéril es esa autocracia que se asemeja tanto á la omnipotencia! Tiene un Tsar cuasi pontífice, un sínodo cuasi militar, innumerable ejército, recelosa policía; y no puede impedir la difusión de doctrinas que en nuestros pueblos occidentales se desvanecerían al choque de una polémica periódica y al exámen de una crítica serena manifestadas sin censuras ni obstáculos, al aire y al resplandor de la libertad. Y lo que sucede con su autocracia bizantina, sucede con su iglesia ortodoxa.

Cuenta templos y monasterios sin número, altares y santuarios sin igual, un clero llamado blanco que sirve en las parroquias y que tiene familias sagradas como los antiguos colegios sacerdotales y títulos hereditarios como las antiguas castas asiáticas; un clero negro del cual brotan las más altas dignidades eclesiásticas y se proveen los más célebres conventos; monjas consagradas á la oración y á la penitencia; auxilio coercitivo de las leyes, cuyos artículos penan el abandono de las creencias oficiales y exigen por ministerio de la autoridad pública la correspondiente cédula de comunión pascual; y con todas estas fuerzas y con todos estos medios no alcanza en ninguna parte á impedir que se formen sectas religiosas, cuyo número pasa de doscientas, y las cuales componen el conjunto más babilónico y monstruoso que puede imaginarse; como que ya resucitan el antiguo mahometismo tartaro, tan modificado en su primitiva ortodoxia por antecedentes históricos; ya caen allá en la magia de la Edad Media y en las noches y sábados infernales; ya llegan hasta la barbarie de las mutilaciones de Orígenes; ya adoran al diablo creyendo que, dado su poder sobre la naturaleza les impedirá toda pena y dejará rodar las almas blancas y puras sin sombras ni manchas por los aires; que allí donde un poder absoluto borra la voluntad individual, engendra la demencia en los partidos, como allí donde la intolerancia religiosa borra la libertad de la conciencia, engendra los errores de las sectas. Si quereis explicar el nihilismo en Rusia, mirad á la autocracia.

EMILIO CASTELAR.

SOBRE EL CONCEPTO DE LA ECONOMÍA  
POLÍTICA.

Hace cuatro años conmemorábase en Londres, por el Club de economía política, el centenario de la publicación del famoso libro de Adam Smith sobre la riqueza de las naciones, con un banquete, al que concurrieron los más ilustres economistas de Inglaterra, y algunos, no menos distinguidos, de América y del continente europeo. Llegado el momento de los brindis, pronunciáronse elocuentes discursos por los señores Lowe, Leon Say, De La-veleye, Gladstone y otros, conformes todos en reconocer la trascendental importancia de la obra de Smith, y los inmensos beneficios que le debía la civilización moderna.

Pero no hubo igual conformidad entre los oradores al apreciar el estado actual de la ciencia económica, y la dirección que á los estudios de este orden conviene dar en lo porvenir.

Manifestáronse sobre estos puntos diversas aspiraciones y tendencias muy dignas de atención, y que prueban la necesidad de que se determine de un modo claro y preciso el concepto de la economía política, y la extensión del campo que esta ciencia abraza con sus observaciones.

No soy de los que creen que la economía política se halla todavía en un estado embrionario. En mi sentir es, entre todas las ciencias sociológicas, la más adelantada, y tal vez la única que posee ya un cuerpo definitivo de leyes y doctrinas, fundadas en la observancia y en la inducción, y comprobadas por la experiencia. La escuela fisiocrática francesa y Adam Smith, descubrieron algunas de esas leyes en el siglo XVIII, y por la continuación del estudio y la rectificación y el desarrollo de aquellas primeras bases, los economistas posteriores han elevado el conocimiento de la sociedad humana hasta determinar en el seno de esta un cierto orden natural, correspondiente á un aspecto general y permanente de las relaciones sociales, que presenta un conjunto orgánico de principios y de leyes necesarias, fatales, impuestas al hombre por su propia naturaleza en todos los estados y circunstancias.

Pero el contenido de una esfera del conocimiento puede ser riquísimo, como lo es seguramente el de la economía política, y sin embargo, pueden no estar bien deslindados los límites de esa esfera, ni definitivamente determinado el principio de unidad que debe caracterizar á toda ciencia, y distinguirla, á la vez que relacionarla con las demás del mismo orden. Esta determinación definitiva es quizás lo que falta á la economía política, como á otras ciencias sociológicas particulares, y por esta falta se explican fácilmente las divergencias, más aparentes que reales, que se observan entre los verdaderos economistas, y de que tanto partido pretenden sacar las nuevas escuelas socialistas para persuadir á los que no pueden por sí mismos examinar detenidamente el asunto, de que los estudios económicos no han llegado todavía á establecer ninguna verdad general, ni á constituir leyes sociales igualmente ciertas, vivas, aplicables en todos los lugares y en todos los momentos de la evolución histórica de la humanidad.

Paréceme, por lo tanto, tan necesario como oportuno el trabajo emprendido, en los últimos años, por algunos eminentes economistas de Francia, Inglaterra, Italia y otros países, con el objeto de determinar y fijar definitivamente el concepto y los límites naturales de la economía política, mediante un nuevo exámen de sus principios fundamentales, hecho por el método positivo, que hoy prevalece en la investigación de todos los órdenes científicos.

La cuestión es interesantísima, y quisiera poder contribuir á su resolución con mis modestos esfuerzos. Movid por este deseo empecé á explicar en la *Institución libre de enseñanza* una serie de conferencias, que ocupaciones de carácter más urgente, me obligaron á suspender casi en el comienzo de la tarea. Esas mismas ocupaciones me han impedido después, y me impiden todavía, exponer mi pensamiento en un trabajo extenso y metódico, como lo requiere la importancia del asunto, y he de limitarme á consignar brevemente, á modo de extracto ó programa, el resultado de mis meditaciones, que me han confirmado en el concepto que siempre tuve de la ciencia económica, formado por la lectura de sus grandes maestros.

Entiendo por *ciencia*, la exposición de las leyes naturales que rigen las relaciones constantes de una determinada clase de fenómenos.

La *ciencia* está constituida cuando presenta una coordinación de leyes y principios, correspondiente á un orden de la realidad.

Entiendo por *fenómeno*, todo hecho de la naturaleza, que forma el *objeto* y la *primera materia* del conocimiento del *sujeto*, que es el *hombre*, ó para hablar con más propiedad, la *conciencia humana*. Lo fenomenal comprende toda la realidad fuera de la *conciencia*, y la *conciencia* misma, que puede el hombre tomar también como objeto de su conocimiento.

Parto para la investigación científica de dos bases—la realidad del *sujeto* cognoscente y la realidad del *objeto*, ó sea del hecho que afecta á la conciencia y la impresión. Entiendo que la realidad es *continua*. Todos los elementos de la realidad y todos los hechos se enlazan y relacionan en

tre sí; no hay entre ellos *vacíos*, y todo fenómeno, por lejano, por insignificante que nos parezca, origina siempre acciones y reacciones con todos los demás fenómenos del universo.

La *ciencia*, en el más alto concepto que de ella puede tener el hombre, es *una*, y corresponde á la *totalidad* de la *realidad*. Es la exposición del *orden total* del universo. Pero el hombre con las armas de la observación y de la inducción sólo puede ir conociendo y constituyendo la ciencia por *fragmentos*. Del hecho á la ley; de la ley, considerada á su vez como hecho, á leyes superiores, ó más generales. El método *positivo* conduce, pues, á la constitución de órdenes parciales del conocimiento, ó sea á ciencias particulares. La *conciencia* forma, en este concepto, como un centro, á cuyo alrededor se extiende la *realidad* como mar indefinido, de cuyo seno van surgiendo tierras aisladas, al principio sin comunicación aparente, luego enlazadas y relacionadas hasta constituir archipiélagos y extensos continentes científicos, que permiten entrever la existencia de la *ciencia total*.

¿Podrá alguna vez el hombre llegar al conocimiento y constitución de esa ciencia total? Sea ó no sea (posible por imposible yo lo tengo), el hombre va descubriendo las leyes científicas, parcialmente, y constituyendo ciencias particulares, por los medios de inquirir y de conocer que tiene en su propia naturaleza racional de sujeto cognoscente, cuyas facultades están constituidas y obran también según ley.

La conciencia humana, por el método positivo, *observa* los fenómenos é *induce* de esta observación leyes, cuya verdad y realidad confirma por la experiencia. La *experimentación* es *observación* también, pero observación razonada y metódica, en la cual el *sujeto* se ajusta á leyes ó al menos á hipótesis anteriormente establecidas.

Pero la *observación*, para ser fecunda en resultados, no puede abarcar en su primer trabajo la totalidad de los fenómenos. Son estos siempre muy complejos, por lo que nos vemos obligados á limitar el objeto *observado*, á examinarlo *parcialmente*, á considerar en él un sólo aspecto ó carácter, que *abstraemos* y separamos de todos los demás. Las leyes científicas á que por tal procedimiento llegamos, son leyes completas y generales en sí, pero parciales respecto del fenómeno, que se realiza en virtud de todas las leyes que rigen sus diversos aspectos ó caracteres, por un conjunto de acciones que produce una resultante, cuyo conocimiento y determinación nos darían la *ley total* del fenómeno. Esta *ley total* no está ni puede estar en contradicción con las leyes propias de los caracteres particulares, como la resultante mecánica de un sistema de fuerzas no está en contradicción, sino, por el contrario, en perfecta armonía con las componentes; de tal modo que, suprimida ó alterada una de estas fuerzas, la resultante es ya otra necesariamente.

Toda ciencia se funda, pues, en algún elemento real, que *abstraemos* ó separamos del *fenómeno*, y toda *abstracción* puede servir de base para un orden particular del conocimiento, que será tanto más extenso é importante, cuanto más constante y *general* sea el elemento *abstraído*. Si este elemento se dá en *todos* los hechos, la ciencia abrazará toda la realidad, aunque sólo en uno de sus aspectos; como la *matemática*, que estudia las leyes abstractas de la *cantidad*. Si el elemento *abstraído* no se presenta más que en ciertas clases ó grupos de hechos, el orden científico tendrá una extensión más limitada y concreta, y hasta podrá reducirse á un conocimiento meramente descriptivo, cuando el elemento ó aspecto particular del fenómeno sólo se tome como base para la clasificación de hechos ó de observaciones.

Consideradas de este modo las ciencias, las clasifica Spencer en dos grandes grupos, poniendo en el primero las que tienen por objeto las relaciones abstractas bajo las cuales se nos presentan los fenómenos, ó sean la *lógica* y las *matemáticas*, y en el segundo todas las demás que toman por objeto los fenómenos mismos.

Este segundo grupo se divide después en otros dos, separando las ciencias que tratan de los fenómenos en sus elementos de las que estudian los fenómenos en su conjunto; llama el insigne filósofo *abstracto concretas* á las primeras, y *concretas* á las segundas.

En este último grupo de las ciencias *concretas* coloca Spencer á la *Sociología*, que estudia el fenómeno ó hecho de la sociedad humana en su conjunto ó su totalidad, y que necesariamente ha de fundarse en el conocimiento de las leyes de los diversos aspectos ó caracteres parciales que en el fenómeno social podemos *abstraer*, y que han de constituir ciencias *abstracto-concretas*.

Otra clasificación puede hacerse de las ciencias del segundo grupo, por la naturaleza de los fenómenos mismos, y no por el modo de considerarlos, dividiendo los fenómenos en *in-orgánicos*, *orgánicos* y *super-orgánicos*. En esta última clase se comprenden todos los de la sociedad humana, y por lo tanto, á las ciencias *super-orgánicas* pertenecen todas las *sociológicas*, ya estudien sólo un aspecto ó carácter del fenómeno, ya el fenómeno en su conjunto ó totalidad.

Ahora bien; partiendo de las consideraciones que preceden (y en las que prescindo de consignar algunas reservas que se me ocurren respecto de las clasificaciones indicadas, por no tener gran interés para el objeto del presente trabajo), puede desde luego establecerse, que los fenómenos y

leyes llamados económicos, y la ciencia que los coordina y expone, pertenecen al grupo *super-orgánico* y al conocimiento *abstracto-concreto*. Al primero, porque los fenómenos son sociales-humanos; al segundo, porque la observación económica no abraza los fenómenos sociales en su conjunto ó totalidad, limitándose á considerar en ellos un carácter ó elemento real que *abstraer*, y que es general, porque en todos esos fenómenos se presenta sin excepción ninguna.

Los hechos y relaciones sociales son sumamente complejos, y presentan muy diversos aspectos y caracteres, que pueden ser objeto de un primer estudio especial, el cual ha de preceder necesariamente y servir de base á la sociología general ó ciencia, de los fenómenos y de las relaciones sociales, apreciados en su totalidad ó conjunto.

En cada aspecto y carácter puede fundarse una ciencia sociológica particular, completa en sí misma, con sus principios y leyes propias, perfectamente definidos y diferenciados de los principios y leyes de las otras ciencias correspondientes á los otros aspectos y caracteres, y cada ciencia particular sociológica corresponderá por lo tanto á una particular *abstracción* ó *hecho separado* de la suma de circunstancias del fenómeno social. Este será siempre completo en sí, y se verificará por virtud del concurso de todas las leyes particulares, obediendo á la resultante de la acción de estas, que obrarán siempre juntas y combinadas en la realidad, apareciendo separadas sólo en el orden científico. En la realidad no se dan esferas distintas, ni puede decirse que hay en la sociedad hechos y relaciones exclusivamente jurídicos ó económicos, ó de cualquier otro género. En todo hecho y relación humana concurren todos los elementos y caracteres, fundados en las varias condiciones morales, intelectuales y físicas del hombre. La separación de los elementos de esas relaciones existe en la razón y en la ciencia; pero no en la *vida*, en la cual cada acto es una resultante del conjunto de todos los elementos, que sólo para el estudio la ciencia separa.

Ahora bien: ¿cuál es el elemento, ó el aspecto, ó el carácter que llamamos *económico*, de los hechos y relaciones sociales? Esto es lo que hemos de determinar para fijar el concepto de la economía política, concepto del que se deducirán fácilmente los límites y las relaciones de esta ciencia con las demás.

Para esto, considero á la sociedad humana como un todo orgánico, del que son elementos ó unidades los individuos, con espontaneidad y finalidad propias. El organismo está constituido por relaciones, cuyo fundamento radica en la naturaleza misma de las unidades ó seres individuales.

Estas unidades son á su vez un organismo sumamente complicado, un *microcosmos*, ó pequeño universo, en cuyo interior se cumplen y realizan todas las leyes morales y físicas de la creación universal. Puede, por lo tanto, el individuo humano ser considerado bajo infinitos aspectos, todos más ó menos relacionados entre sí, pero separables por *abstracción* para el estudio.

Contemplemos esas unidades ó individuos como elementos del organismo social, y veamos si podemos descubrir algunos caracteres *generales*, que, sin *excepción* alguna, se nos presenten siempre con los individuos en todos los tiempos y lugares, y veremos fácilmente desde luego dos *notas* perfectamente determinadas, que tienen cuantas condiciones puede la razón exigir para constituir una *abstracción* científica. 1.º El hombre, ó mejor, la conciencia humana, es un centro de fuerza y acción que se ejerce de dentro á fuera. 2.º La conciencia es un centro pasivo, que recibe y sufre la influencia de todo lo exterior, de fuera á dentro. El hombre es, pues, activo y pasivo á un tiempo, y de este doble carácter se deduce, que en todo ser individual humano existen, como propiedades ó notas constantes y generales, la *actividad* y la *necesidad*. La conciencia humana siente que le falta *algo* para su vida y desarrollo, para la realización de su finalidad, y ese *algo* se halla en el mundo exterior, sobre el cual el hombre actúa, por medio de sus órganos, para apropiarlo á la *satisfacción* de sus necesidades. Las dos notas de *necesidad* y de *actividad*, se completan con la *satisfacción*, hecho que realiza el equilibrio entre lo exterior y lo interior, y cierra los ciclos parciales y progresivos de evolución en que la conciencia se mueve.

Los movimientos de la *necesidad*, y de la *actividad* dirigida á la satisfacción ó realización del fin humano, constituyen la materia de todas las relaciones, cuyo conjunto forma el organismo social. La sociología general y las ciencias sociológicas particulares, se fundan, pues, en el conocimiento de las leyes de la necesidad, de la actividad, y de la satisfacción, hechos ó fenómenos humanos generales, y *esencialmente* iguales en todos los tiempos y lugares.

Pero estos fenómenos pueden considerarse desde muy diversos puntos de vista. Toda *necesidad* corresponde á un *fin*, y podemos estudiar las *necesidades específicamente*, ó en su naturaleza especial, como podemos estudiar específicamente los *finés* y las *satisfacciones* con que estos se realizan. La *actividad* puede igualmente someterse al exámen específico, considerando en ella los caracteres y medios orgánicos, los modos y procedimientos psíquicos y físicos para ejercitarla, etc., *abstrayendo* para cada uno de estos estudios de las

necesidades, de las actividades, de las satisfacciones, el carácter ó elemento correspondiente, ya para el conocimiento del individuo, ya para el del organismo social.

No he de enumerar aquí, ni es necesario, las diversas ciencias sociales que, al tomar cada una de las *abstracciones* posibles, se constituyen, y sólo indicaré algunas de las más importantes para mi objeto, la *moral* y el *derecho*, que son las que más confundidas se han presentado hasta aquí con la *economía*, en las observaciones y estudios sociales, y de las que conviene, por lo tanto, distinguir y separar á la última ciencia con mayor precisión y claridad. En el estudio moral, como en el jurídico, de la necesidad, de la actividad y de la satisfacción ó fin, y de las relaciones sociales que con estos elementos se crean, hay un carácter *específico*, porque la observación se dirige y concreta á un aspecto *especial*, correspondiente, ya al impulso del movimiento, ya á la finalidad. Lo mismo podríamos observar en todas las demás ciencias que tienen por objeto las leyes sociales, y esto es precisamente lo que las distingue, según vamos á verlo, de la economía política.

Es evidente, en efecto, que las notas de necesidad, actividad y satisfacción, pueden examinarse, prescindiendo por completo de todo carácter *específico*, y considerándolas como elementos abstractos del ser humano. Es evidente también que de estos elementos pueden nacer relaciones sociales sujetas á leyes propias, que regirán siempre y de igual manera allí donde se presenta la *necesidad*, cualquiera que ésta sea, la *actividad*, sean cuales fueren los modos de ejercitarla, la *satisfacción*, sean cuales fueren también la apreciación y las clasificaciones que de ella se hagan, con relación á los fines racionales del ser y de la sociedad humana.

El estado de civilización, los antecedentes históricos, los ideales morales y jurídicos de cada época y de cada grupo humano, determinarán la constitución de las *necesidades*, las direcciones y los procedimientos particulares de la *actividad*, el género y especie de *satisfacciones* buscadas y de *fines* realizados, y de esto resultarán en cada momento y lugar movimientos y relaciones particulares específicamente diferentes, pero todos estos movimientos y relaciones pueden estar sometidos á leyes generales permanentes ó iguales siempre á sí mismas, como son las mismas siempre las leyes mecánicas, sean cuales fueren las causas de fuerza, para las infinitas formas geométricas posibles del movimiento. Cabe que haya por lo tanto, y hay seguramente, una ciencia social de la *actividad*, movida por la *necesidad* y dirigida al cumplimiento de la *satisfacción*, y leyes orgánicas constantes de la sociedad humana, correspondientes á este sentido abstracto de las tres notas fundamentales de los seres individuales, y esta ciencia es la que hasta hoy se ha llamado economía política, y estas leyes son las *económicas*; ciencia *abstracta concreta*, cuyas leyes pueden tener representación y fórmula matemática en cuanto á las relaciones de actividad, necesidad y satisfacción, consideradas como cantidades, dado que lo son efectivamente, porque en los tres elementos se presenta el *más* ó el *ménos*, refiriéndolos á unidades abstractas que la razón concibe, y con las cuales pueden dichos elementos ser comparados.

Existen, en efecto, en la Sociedad humana esas leyes generales orgánicas del movimiento de la *actividad*, nacido al impulso de la *necesidad* y dirigido á la *satisfacción*, con independencia de todo carácter específico y de toda limitación de tiempo y lugar? La prueba de la existencia de esas leyes está hecha, y aparece clara y palpable en los libros de todos los economistas. Pero, para mi objeto de hoy, no necesito repetir esta prueba. Me basta consignar que, si tales leyes existen, ha de haber una ciencia que las descubra y las exponga en coordinación orgánica, y esta ciencia es la economía política. Si estas leyes no existen, si los movimientos de la actividad individual y social son arbitrarios, ó al menos diferentes para cada especie de *necesidades*, de *actividades* ó de *fines*, no habrá *ciencia económica*, ni organismo general económico permanente.

Según que la necesidad y el ideal que determina la satisfacción buscada sean *jurídicos* ó *morales*, ó *artísticos*, ó *religiosos*, ó *fisiológicos*, ó *patológicos*, etc., etc., la actividad se moverá bajo reglas especiales y propias de cada necesidad y de cada finalidad, y habrá, si se quiere, muchos organismos yuxtapuestos, pero la Sociedad no será un todo orgánico. Podrán formarse muchas ciencias, que considerarán respectivamente aspectos distintos de los hechos y relaciones sociales, pero faltará entre ellas el enlace y coordinación, que sólo puede resultar de leyes que regulen caracteres generales y abstractos, comunes á todas las esferas de la vida de la Sociedad.

La ciencia que llamamos economía política, es, pues, la que considera el acto y relación humana, en un aspecto abstracto y general de *medio á fin*, estudiando y exponiendo las leyes según las cuales, los *medios*, la *actividad* puesta en ejercicio por la voluntad, al impulso de las necesidades, se mueven y dirigen á la producción, distribución y realización de las satisfacciones.

Dado este concepto, vemos que la economía política no es, como algunos han creído, ciencia del *cambio*, ni del *valor*, ni de la *utilidad*, ni del *trabajo*, ni de la *propiedad*. Es ciencia de todo esto, porque abarca toda la vida social, pero sólo bajo un aspecto determinado de los actos y relaciones; el

aspecto en que el acto ó relación nos aparecen abstractamente como *medio* para un *fin*. En este concepto, no hay en el organismo social humano una esfera particular económica separada de la jurídica, de la moral, de la artística, etc.; todos estos órdenes se reúnen y combinan para determinar y regir la relación social, constituida por la resultante de las acciones reunidas de todas las leyes, obrando cada una según sus condiciones propias, sobre el elemento particular correspondiente del fenómeno ó relación total.

Ahora bien. ¿Es así cómo han considerado hasta aquí la ciencia los economistas? No vacilo en responder afirmativamente á la pregunta. Pasando por encima de la variedad de definiciones, y examinando atentamente el *contenido* de las cuestiones estudiadas y de las leyes expuestas en los libros de verdadera importancia, con separación de los ejemplos empleados para aclarar las doctrinas y de las discusiones de aplicación de esas doctrinas á cuestiones particulares, cuya solución exige el concurso de otras ciencias sociales, se descubre en el fondo de todas las obras de los economistas, el mismo concepto de la ciencia que acabo de indicar. Acaso no todos lo han visto desde luego claramente; acaso se presenta más ó ménos oculto por el método seguido, ó por la dirección especial dada al trabajo, y exigida á veces por circunstancias de lucha ó de polémica; acaso la observación se ha concentrado en puntos especiales, y la coordinación científica ha dado á tal ó cual elemento del organismo excesiva importancia sobre los demás, pero en el fondo, y teniendo en cuenta los tanteos y vacilaciones que hay siempre en el período de formación de una ciencia, puede asegurarse que todos los economistas han marchado al mismo objetivo, todos han tenido la intuición primero, la convicción más tarde del concepto de la ciencia, que ligeramente acabo de exponer.

De este concepto se deduce una observación importante, y es que el economista no estudia ninguna cosa material en sí misma, y que todos los elementos de esta ciencia son inmateriales. Para el economista, la *necesidad* y la *satisfacción* se presentan como *meros estados de conciencia*, y la *actividad* como la conciencia misma en ejercicio por medio de los órganos. Para el economista, en la pura esfera científica, no hay necesidades, ni trabajos, ni satisfacciones materiales ó inmateriales, morales ó inmateriales; no hay más que *necesidad*, *actividad* y *satisfacción*. Los caracteres específicos y las clasificaciones de estos elementos sólo aparecen para el economista en las aplicaciones que de la doctrina científica ha de hacer en la resolución de las cuestiones y problemas sociales, que exigen siempre, á la vez que el conocimiento de la ley económica, el de las leyes de todos los demás órdenes.

Por eso, hay que distinguir, para evitar confusiones, en los trabajos de los economistas, lo que pertenece á la ciencia pura, que observa y describe, sin otro fin que el de descubrir y exponer *lo que es la realidad*, y la ciencia ó conocimiento aplicado á los casos y cuestiones particulares, que por regla general han de ser tratados y resueltos con elementos procedentes de ciencias diversas, más ó ménos enlazadas y relacionadas entre sí; dado que no poseemos, ni poseeremos nunca lo que al principio he llamado la ciencia ó ley *total* de los fenómenos.

Creo que debo ya resumir las anteriores indicaciones, incompletas y desaliñadas seguramente, y tal vez poco claras por su concisión.

En mi sentir, de esas indicaciones se desprende:

1.º Que la economía, ciencia *abstracta concreta* del orden superorgánico, pertenece al grupo de las sociológicas, ó cuyo objeto es el estudio de las leyes orgánicas de la sociedad humana.

2.º Que en la sociedad toma la economía por objetivo ciertas notas ó elementos universales y característicos del hombre ó unidad social, que son la *necesidad*, la *actividad* y la *satisfacción*.

3.º Que estudia esas notas ó elementos en su sentido más general como realidades abstractas, sin consideración á carácter alguno particular ó específico.

4.º Que descubre y expone las relaciones sociales en cuanto nacen de dichos elementos y en ellos exclusivamente se fundan, y las leyes que rigen esas relaciones como meros *medios* abstractos para la realización del fin general humano, así individual como social.

Comprendido el concepto de la economía, fácil es determinar sus límites y sus relaciones con las otras ciencias sociológicas, según veremos en otro artículo, pues ya he molestado por hoy demasiado la atención de los benévolos lectores de LA AMÉRICA.

GABRIEL RODRIGUEZ.

## CANARIAS.

DEL COMERCIO Y DE LA INDUSTRIA PESQUERA EN LA COSTA OCCIDENTAL DE ÁFRICA.

### I

Las Sociedades Económicas de Amigos del País, de la ciudad de las Palmas, de Gran Canaria, de San Cristóbal, de la Laguna, de Santa Cruz de Tenerife y de Santa Cruz de la Palma, alarmadas por los últimos crímenes de la piratería berberisca

que han tenido lugar en la Costa occidental de África, asesinando la mayor parte de los tripulantes de una lancha pescadora del pailebot *Fé*, y reduciendo los demás á horrenda esclavitud, se han dirigido á la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País para que apoye con su valioso concurso cerca del Gobierno, la exposición que la primera de dichas Sociedades ha dirigido al mismo, suplicándole:

1.º Que exija del Gobierno marroquí el estricto cumplimiento de los tratados en materia de pesca y piratería.

2.º Que el Gobierno español establezca un crucero en aquellos mares en que tiene lugar la pesca para que destruya la escuadrilla formada por los berberiscos.

3.º Que se resuelva lo más pronto posible la importante cuestión de Santa Cruz de Mar Pequeña, en el sentido para que fué concedido, si no prefiere su completo abandono y que de él se apoderen empresas extranjeras.

4.º Que se dicten las disposiciones conducentes para no consentir que los moros fronterizos á aquel archipiélago profanen la sagrada enseña de la nación española.

La Sociedad Económica Matritense, concediendo á esta petición toda la suma importancia que en sí tiene bajo el punto de vista de los intereses materiales, morales y políticos de la nación española, acordó desde el primer momento estudiar el asunto con la mayor preferencia, consagrándole su meditada é ilustrada atención en sesiones casi diarias con incansable celo y laudable amor á la patria.

Nombrado ponente el socio individuo de la sección de intereses materiales, Sr. Iglesias, emitió, en un plazo relativamente breve, un extenso y erudito informe del que se dió lectura en la Sociedad; pero del que no han podido enterarse detenidamente los socios, á causa de no haberse puesto desde aquel momento á disposición de los mismos. Sin embargo, las personas que han podido formar juicio de aquel trabajo, dicen que hace honor al autor y que merece los más cumplidos elogios.

El Sr. Iglesias ha conseguido llevar á la sociedad el convencimiento de que la cuestión suscitada por las Económicas de Amigos del País de las islas Canarias, encierra grandísimo y vital interés para aquellas islas, y que envuelve graves y trascendentales cuestiones de un orden más elevado para la nación española; pero el Sr. Iglesias no ha sido tan afortunado cuando ha querido resumir su extenso informe en conclusiones concretas y de fácil ejecución. Al formular estas conclusiones el ilustrado ponente, se dejó llevar del entusiasmo que enciende en el ánimo la inspiración, y arrastrado por la lógica de los hechos unas veces y otras por la convicción de sus juicios filosófico-político morales, en lugar de conclusiones fijas, claras y terminantes, reducidas exclusivamente á indicar lo que el Gobierno debiera hacer, se extiende en nuevas exposiciones de hechos y consideraciones filosóficas que hacen de su resumen un nuevo informe, notable como el primero por su erudición y atinadas reflexiones, pero informe al fin, y sin conclusiones que pudieran servir de base de discusión en una Sociedad deliberante.

Así lo conoció desde luego en su claro talento é ilustración el distinguido y elocuente orador de la Económica Matritense, D. Francisco Cañamaque, quien con una oportunidad por todos elogiada, presentó á la Sociedad, con el carácter de enmienda, tres conclusiones claras, precisas y terminantes. Los individuos de las comisiones permanentes en Madrid de las Sociedades Económicas de Amigos del País de las islas Canarias, no podían estar en perfecto acuerdo con el pensamiento dominante en esta enmienda; pero considerando que se prestaba mejor que las conclusiones del señor Iglesias, á ser motivo de discusión y más apropiado para introducir en ella las reformas y adiciones convenientes en armonía con los deseos de las Sociedades canarias, excepción hecha de alguna individualidad respetable, habían formado el propósito, y no lo ocultaban á nadie, de tomar en consideración dicha enmienda, después de anunciar diferentes veces que con su voto no juzgaban cuestión alguna, y sólo querían decir que les parecía más apropiado para tema de discusión.

Pero desgraciadamente, algunos de los socios, partidarios del informe y las conclusiones del señor Iglesias, sostuvieron una verdadera batalla con el Sr. Cañamaque para convencer á éste de que la enmienda debía considerarse como voto particular. Al fin, accedió el Sr. Cañamaque, y en vez de empezar el debate sobre la totalidad del informe, como hubiera tenido lugar subsistiendo la enmienda, fué necesario, con arreglo al reglamento, abrir discusión sobre el voto particular; y como quiera que se iba dibujando en el seno de la Sociedad Económica Matritense la probabilidad de que sería tomado en consideración, en cuyo caso quedaba de hecho fuera de polémica el informe del Sr. Iglesias, con el temor natural de tan inesperado fracaso creció de una manera asombrosa el interés en la discusión, terciando en el debate casi la totalidad de las personas más competentes en el asunto que se debatía.

Después de muchas sesiones exclusivamente ocupadas en una discusión notable por los distinguidos oradores que tomaron parte en ella, y cuando llegó el momento en que debía tener lugar la votación, se hizo observar particularmente

á la Diputación canaria por un individuo caracterizado de la Sociedad, lo dispuesto en el art. 7.º del Reglamento, según el cual sólo se concede derecho á votar al presidente y secretario de cada comisión permanente: y como la de Santa Cruz de Tenerife y otras no estaban en aquel momento constituidas, fué necesario anunciar á la Sociedad esta circunstancia y la necesidad en que estaban sus individuos de retirarse.

En tal estado, y en medio de la sensación que este incidente produjo en la Sociedad, el Sr. Cañamaque se levantó para decir, con aplauso de todos, que aún cuando tenía la seguridad de que su voto sería tomado en consideración por gran mayoría, en vista del giro extraño que había tomado el asunto, lo retiraba por su propia voluntad, sólo con el fin de salvar el conflicto del momento y las dificultades que se iban acumulando en perjuicio de los mismos intereses que él, más que nadie, respetaba y la Sociedad había sido invitada á defender.

Retirado el voto particular, y considerando que las cuestiones que tienen relación con este interesante asunto han sido tratadas extensamente y con gran lucidez en la discusión de la totalidad del voto particular, nos ha parecido conveniente no esperar la terminación de este debate para enterar al público de las principales cuestiones que allí se han tratado, exponiéndolas con nuestro criterio, como representante de la Sociedad de Amigos del País de Santa Cruz de Tenerife, toda vez que, á causa del incidente referido, nos hemos impuesto voluntario silencio en el seno de la comisión.

## II

## Situación geográfica de Santa Cruz de Mar Pequeña.

Algo se ha debatido en la Sociedad Económica Matritense acerca de la situación geográfica de Santa Cruz de Mar Pequeña, punto en el que reina la más completa confusión. Ni las cartas geográficas, derroteros y descripciones, libros y Memorias de todos tiempos, cuantos datos y noticias ha podido reunir con incansable laboriosidad y admirable celo é ilustración el distinguido marino Sr. Fernandez Duro, ni los informes verbales tomados sobre el terreno, lo mismo de los marineros prácticos de Canarias que de los auxiliares árabes que pudo proporcionarse en la expedición del *Blasco de Garay*; ora se examinen estos datos aisladamente, ora se comparen en conjunto, lejos de darnos alguna luz del sitio cierto en que debió existir en otros tiempos Santa Cruz de Mar Pequeña, lo que produce son mayores dudas y confusiones, así como la convicción profunda de que no es posible determinar de una manera cierta su emplazamiento.

Solo se sabe que en tiempo de Felipe III Juan de Bethencourt hizo un desembarco en la costa de Africa, frente á las Canarias, en el puerto de Bugeder, que más tarde Diego de Herrera, en 1476, se dirigió al puerto de Guáder ó de Santa Cruz de Mar Pequeña, donde construyó una fortaleza que dejó al mando de D. Alonso de Cabrera, y que esta fortaleza, atacada constantemente por los árabes, después de muchas y repetidas defensas, cayó al fin en poder del rey de Fez en 1524.

La costa comprendida entre los cabos Ghir y Yubi, debió estar en algún tiempo erizada de fortalezas, pues aún se ven señales indudables de su existencia. Y sin embargo, no hay ningún dato ni noticia alguna que nos explique cómo y cuándo fueron construidas.

Cuanto se han ocupado en averiguar el emplazamiento de Santa Cruz de Mar Pequeña, han tomado como punto obligado de partida uno de esos restos de fortaleza, todos los cuales coinciden en algo con aquella infinita variedad de datos contradictorios que tenemos como única fuente para descubrir la verdad. Nada menos que cuatro puntos diferentes han merecido hasta ahora los honores de la preferencia por las personas más autorizadas que se han ocupado concienzudamente de la cuestión, á saber: Primitivo Cabo Nun; la boca ó interior del Río Assaka ó Nun; la boca ó interior del Río Draah y el Xibica.

No ha faltado, sin embargo, quien haya creído que Santa Cruz de Mar Pequeña era el mismo Santa Cruz de Agadir; y aunque parezca esta opinión ridícula, tiene en su apoyo una circunstancia extraordinaria: la de que en el texto árabe del Tratado de paz de Wat-Ras se dice Santa Cruz de Agadir en lugar de Santa Cruz de Mar Pequeña.

Cuando el Gobierno de Marruecos ha estado tanto tiempo diciéndonos que no sabía dónde estaba situado el puerto cedido á España según el *texto español* del Tratado de paz, ¿por qué nuestro Gobierno no habrá pedido el cumplimiento del Tratado con arreglo al *texto árabe*? Es muy posible que entonces no hubiera habido términos hábiles para desarrollar esa política de aplazamiento, con la que nos viene entreteniendo indefinidamente la diplomacia marroquí.

Después de todo, apenas se comprende por qué nos ha preocupado tanto esta especie de estudio que pudiéramos llamar arqueológico de Santa Cruz de Mar Pequeña.

En la extensión de costa comprendida entre el Cabo Ghir y el Río Draah solo hay una bahía, la de Santa Cruz de Agadir que pueda merecer los honores de puerto; y toda vez que el Gobierno español no ha pensado nunca en la adquisición de este punto, los demás han debido ser considerados desde el primer momento como completamente iguales; y aceptar cualquiera que el Emperador

hubiera querido entregarle. Verdad es que como en aquella costa no ha tenido ni tiene ningún otro puerto en que ejerza verdadera autoridad, y el cumplimiento del tratado es un deber ineludible, no sabemos cómo hubiera podido defenderse si el Gobierno español, en lugar de tantas contemplaciones, le hubiera exigido desde el primer instante un territorio en el mismo Santa Cruz de Agadir.

Ya hoy esta cuestión parece completamente resuelta, desde el momento que los representantes de ambos Gobiernos han fijado el emplazamiento de Santa Cruz de Mar Pequeña en la desembocadura del río Iní á los 29º 24' 10" de latitud Norte y 3º 59' 47" longitud Oeste de San Fernando. Sea en buen hora este emplazamiento, que nosotros saludamos con verdadera sinceridad, si al fin puede poner término á tan enojosa cuestión con el Emperador de Marruecos.

Pero el Gobierno español, que no ha de estar nunca desprevisto en sus relaciones con el Gobierno marroquí, debe exigir que se le entregue el terreno para la pesquería, perfectamente garantido de toda agresión por parte de las kábilas que dominan el país; y si aquel Gobierno, según es de presumir, dijera que no puede por que no ejerce autoridad en dichos sitios, como España necesita autoridades con quienes concertarse para asegurar la vida y los intereses de sus colonos, debe reservarse el derecho de poderlo hacer directamente con los jefes que de hecho dominan en el país.

Es de esperar que el Gobierno español, que viene dando señales evidentes de complacencia, no intentará siquiera iniciar la cuestión en estos términos, y nosotros lo sentimos por el Gobierno y por la patria.

Si pretende el Emperador que la factoría se aparte de todo trato ó relación con los habitantes de aquel territorio, es preciso que nos haga el emplazamiento en Santa Cruz de Agadir, único puerto que tiene sometido á su autoridad. ¿No quiere cederlo porque le parezca que es demasiado importante aun cuando está completamente abandonado para atender á los fines de su política? Pues entonces debe garantizarnos la quietud y pacífica posesión de la factoría donde quiera que se haga el emplazamiento; y no siendo esto posible, como no lo será, desligar al Gobierno español de los deberes que le impone el derecho internacional, quedando facultado para tratar de su futura seguridad con los jefes que dominan en el país.

Es tiempo ya de que concluyan las contemplaciones y consideraciones con el Gobierno de Marruecos, y de que se cumpla al pié de la letra el tratado de paz de 1860. Lo exige así el honor comprometido de la nación española y lo demandan sagrados intereses en nombre de la justicia.

Despierte el Gobierno español de su letargo, y considere que en Marruecos tenemos empeñada nuestra dignidad; que Europa nos mira asombrada de tanta paciencia y humillación, y que la sangre generosamente derramada en aquella guerra defendiendo el honor de nuestro país, puede ser para el Gobierno un motivo de remordimiento y de vergonzosa humillación para la patria.

## III

## Importancia del comercio del Sudan y su relación con Santa Cruz de Mar Pequeña.

Una gran parte de la costa occidental de Africa, comprendida entre el Cabo Ghir y las posesiones francesas del *Senegal*, cae frente al gran desierto de *Sahara*, donde la naturaleza ha negado los encantos de la vida, y el hombre no ha descubierto hasta ahora ningún centro de producción ni riqueza alguna que explotar. En esa inmensa extensión de más de 800 millas, no hay una estación ó factoría comercial, nada que dé señales de vida, ni un puerto siquiera de refugio para los naufragos.

Si algún curioso viajero ha tenido ocasión de arribar á sus playas, bien pronto se ha visto obligado á alejarse de ellas sobrecogido por la tristeza y la pena á la vista de aquellas tribus nómadas y miserables, y de la desconsoladora aridez del terreno. Sin embargo, esas playas están situadas entre dos grandes corrientes de cuantiosos tesoros; al Occidente, en las aguas del mar Atlántico, los peces forman inmensos bancos parece que han escogido estas solitarias regiones para criadero de la mejor y más abundante pesca que se conoce en el mundo; al Oriente, dilatadas carabanas de ricas mercancías cruzan el gran desierto de *Sahara*, esa vastísima región completamente desconocida, sin otro destino, hasta ahora, que el de servir, como las aguas del mar, de anchuroso camino en todas direcciones.

¿Por qué la industria no explota esa riqueza agotable de la pesca?

¿Por qué el comercio del mundo civilizado no viene en auxilio de esos esfuerzos de la acción individual, en una sociedad tan atrasada y de tan escasos recursos?

Nosotros estimamos que los Gobiernos de Europa no han cumplido con su deber dejando á la iniciativa individual esta grandiosa y colosal empresa. Han debido, cuando menos, dotar aquella dilatada costa de algunos puertos convenientemente situados para dar seguro abrigo á los buques y garantía personal á los navegantes.

¿Cuántos esfuerzos fueron necesarios para llegar á conseguir que florecieran las ricas posesiones francesas del *Senegal*? ¿Por cuántas vicisitu-

des políticas y económicas han tenido que pasar en el transcurso de cuatro siglos, para llegar al estado de prosperidad en que hoy se encuentran?

Ya en 1588 una Compañía inglesa de comerciantes de Exeter obtuvo de la reina Isabel su protección para explotar los países situados entre los ríos *Senegal* y *Gambia*, cuya Sociedad fracasó no pudiendo vencer las dificultades de aquella empresa. En 1664 se instituyó la primera Compañía privilegiada por el rey de Francia en la desembocadura del *Senegal*, y tampoco pudo prevalecer; lo mismo que cinco Compañías más que siguieron á aquella y que sucesivamente se fueron arruinando. La vecindad forzada de los ingleses en las *Bocas del Gambia*, aumentaba las angustias de aquella colonia, que, luchando con los azares de la guerra, pasaba sucesivamente de los franceses á los ingleses y de éstos á aquellos, hasta que definitivamente quedó en poder de los últimos en 1815.

Al fin ha llegado á conseguirse en el *Senegal* una gran colonia de 100 leguas de costa entre las factorías de Portendik y la isla de *Gorea*, con su capital en San Luis, que hace un comercio de la mayor importancia, si bien limitado á determinadas regiones, á causa de las dificultades que ofrecen las comunicaciones por esta parte del Africa con el resto del *Sudan*.

¿Existiría hoy este importante centro comercial si no hubiera tenido desde un principio la protección firme y eficaz de los Gobiernos de Inglaterra y Francia?

Bien puede asegurarse que no; de la misma manera que no lo será tampoco en el porvenir el puerto de *Santa Cruz de Mar Pequeña* si se confían sus destinos exclusivamente á la iniciativa individual.

Mas no por eso podrá negarse la importancia que le dan su posición geográfica, el estado político del imperio de Marruecos y las dificultades con que tiene que luchar el comercio en Africa. Algunas personas de claro talento y reconocida competencia han aventurado la afirmación de que Santa Cruz de Mar Pequeña no tiene ninguna importancia para España: nosotros, por el contrario, estimamos que la tiene, y muy grande, bajo los puntos de vista comercial, político é industrial.

JOAQUIN BAEZA.

## LOS FRAILES.

Sol madrugador,  
fraile callejero,  
mujer que hable latin  
y golondrina en Febrero,  
mal agüero.  
Refran popular.

Nuestros mayores, no obstante lo religiosos que fueron siempre, y aun lo supersticiosos que se manifestaron en ocasiones, tenían gran prevención contra los frailes, á juzgar por la multitud de refranes, anécdotas y cantares que corrian por cuenta de estos bienaventurados.

Y es que en el diccionario popular *fraile* y *religioso* no eran sinónimos, y se distinguía el hombre dado á la ciencia, á las prácticas de religion y de virtud, del hombre que había tomado el hábito monacal para huir del trabajo y darse buena vida.

Las instituciones monacales comenzaron en el siglo III de la Era Cristiana, á lo menos las católicas, que las budísticas habían comenzado antes, según parece, en la India y en el Tibet. San Anton fundó el primer monasterio cristiano en la Tebaida en el año 280, hace ahora 1.600 años cabales. Gobernaba entonces el mundo romano el emperador Probo, que cuatro años después debía morir asesinado por sus soldados, porque se le escapó decir que pensaba vivir en paz y hacer inútil el ejército. Quería que cediesen las armas á la toga, y recibió con la muerte la recompensa de sus buenos deseos, porque cuando el mundo está agitado, las pretensiones de un Probo tienen pocas probabilidades de éxito. Pero esto nada tiene que ver con los frailes, y los lectores me dirán: «al grano.» El grano son, en efecto, los que al cabo de cuarenta y cinco años de expulsión han empezado á fundar conventos en España.

San Anton, como iba diciendo, fué el primero que en la Tebaida estableció un monasterio, llevándose un compañero que en verdad no tenía desperdicio, y que ha merecido en esta época nuestra ser el símbolo del materialismo grosero que la invade, siendo de moda en Francia llevarlo colgado del cuello ó de la cadena del reloj en pequeños dijes. Asustado el santo de la corrupción escandalosa que había invadido el imperio romano, y de las persecuciones que los cristianos sufrían, y que se desencadenaron cuatro años después con gran furia bajo el reinado de Diocleciano, dijo para su sayo: «aquí sobra uno,» y marchó á refugiarse entre las ruinas de la antigua Tebas, donde en breve se vió rodeado de otros muchos que adoptaron la misma vida, apartándose completamente de la sociedad, poniendo sus bienes en común y dedicándose á la oración y á trabajos manuales. Este ejemplo siguió imitándose por muchos, y en breve el yermo, ó sean los desiertos de la Tebaida, se poblaron de monjes, ermitaños y reclusos. San Pablo fué el primer ermitaño; y San Simeon Estilita tomó este nombre porque se propuso no moverse del chapitel de una columna, donde estableció su residencia, y donde pasó el resto de sus días, manteniéndose de los víveres que le llevaban los devotos. Pero el más célebre fundador de mo-

nasterios en la época antigua, fué San Pacomio, que estableció una regla severa entre los padres del yermo: les hacía trabajar mucho, rezar más y dormir poco, por lo cual los buenos padres tenían que estar mojando los ojos á cada momento para desterrar el sueño.

Después, cuando Constantino dió la paz á la Iglesia, los monasterios se trasladaron de los desiertos á las ciudades, y en todas ellas el entusiasmo de los fieles ayudó á levantar magníficos edificios para conventos y á dotarlos de cuantiosas rentas. Acudieron fundadores, en su mayoría santos, es decir, hombres de ejemplar virtud, que dieron reglas muy importantes para el gobierno de sus respectivas comunidades, y en general no se dedicaban á la vida monástica sino aquellos que decididamente habían renunciado al mundo, ya por desengaños, ya por desgracias, ya por el deseo de hacer penitencia de sus pecados, ya por creerse llamados á una vida espiritual.

Así es que cuando los Bárbaros, en el siglo V de la era cristiana, se extendieron por el imperio romano y concluyeron con la antigua civilización, las ciencias y las artes de la paz, y en general todos los conocimientos útiles, se refugiaron en los conventos. Esto dió gran preponderancia en la sociedad á las órdenes monásticas, en las cuales sobresalieron insignes varones, como Santo Tomás de Aquino, el fraile más liberal de su siglo y que aun podría pasar por demagogo en el presente; San Francisco, Santo Domingo, que fundó la orden de predicadores; San Antonio de Pádua, el gran taumaturgo portugués; San Vicente Ferrer, el de Valencia; San Bernardo, el de Francia, San Juan de la Cruz, en Avila y Segovia; San Juan de Dios, en Granada; como literatos, Fray Gabriel Tellez, autor insigne cuyas comedias hacen aún hoy nuestras delicias; los padres Rivadeneyra, Sarmiento, Feijóo, en el siglo pasado; el padre Ceferino Gonzalez en el presente, etc., etc. No sólo en la literatura brillaron muchos frailes, sino también en las ciencias y en las artes; la agricultura les debió muchos métodos y descubrimientos de cultivo, y un fraile alemán fué el que inventó la pólvora.

Mas á pesar de la gloria que adquirieron para sí y para sus comunidades tantos insignes varones, de los cuales sólo hemos citado un pequeño número porque su enumeración total nos llevaría fuera de nuestro propósito, las instituciones monacales, con el trascurso de los tiempos, fueron viciándose y separándose de su primitivo objeto, como sucede con todas las instituciones en la serie de los siglos. Las riquezas é influencia adquiridas por los conventos atrajeron á su seno, no solamente á los hombres estudiosos, virtuosos ó arrepentidos, que desgraciadamente son la minoría en la sociedad, sino también y principalmente á una turba multa de zánganos que acudian á tan pingües colmenas, y que deseando vivir en la holganza, desdeñando los trabajos duros del campo, de la industria ó de las artes, bajo el pretexto de servir á Dios, procuraban regalar su cuerpo del mejor modo posible. Así en el siglo XVII la España se hallaba convertida en un gran convento, y en Madrid no había calle que no tuviese tres ó cuatro. Los reyes y los particulares los fundaban á porfía, y ya las Cortes de aquella época, como las anteriores, habían representado contra estas fundaciones que quitaban brazos á las artes, comercio ó industria del país y producían su despoblación. Entonces fué cuando la animadversión popular se expresó en los cantares y refranes que hemos referido arriba, mucho más cuando gran número de frailes elevados á altas dignidades se mezclaron en la política de los Gabinetes y de los reinos, no menos que en las intrigas cortesanas sin tener dotes ni cualidades para ello, porque, en efecto, para un cardenal Cisneros, político eminente, tuvimos cien padres Aliagas y doscientos Matillas, Froilan Diaz y otros padres, tan poco aptos para el Gobierno como para dirigir la conciencia de los reyes y de los poderosos.

Las Crónicas de aquellos tiempos nos hablan de las intrigas que para el nombramiento de guardianes, abades, priores, procuradores y generales de las Órdenes, se fraguaban en aquel tiempo en el seno de las Comunidades, porque estos empleos llevaban á los que los obtenían á los obispados, á la influencia en la corte, al manejo de los negocios públicos y á la riqueza.

Los que no tenían ambición de llegar á esos puestos, para los cuales se necesitaba alguna instrucción y travesura, se contentaban con la vida regalona que les ofrecían los monasterios; y como estos eran la mayoría, imprimieron, por decirlo así, carácter á la institución, á pesar del mérito de los menos. Hacían votos de pobreza, obediencia y castidad; pero el de obediencia costaba poco á esta clase de personas; el de pobreza aún les costaba menos, porque tenían satisfechas todas sus necesidades y no temían nada por el porvenir, y el tercer voto le infringían cuando hallaban ocasión lo mismo los superiores que los inferiores, de donde vino el refrán: si el abad juega á los naipes, ¿qué harán los frailes? Contábase en mi tiempo con este motivo, y lo oí contar á una persona muy devota, que cierto prior de un convento interceptó una carta que uno de sus frailes enviaba á cierta devota, en la cual le decía: «esta noche, en tal parte, te espero compuesta y lavada.» El prior llamó á su subordinado y le echó una buena reprimenda, al fin de la cual le dijo que lo que más le irritaba eran las circunstancias de la cita: yo soy

prior,—exclamó,—y la tomaría sin que se computara ni lavara.

Por esta infracción del tercero de sus votos, de que se acusaba á los frailes, se decía en el siglo pasado:

De gorriones, mosquitos y frailes  
Dios nos libre de tamaños males.  
Los gorriones se comen el trigo;  
Los mosquitos se beben el vino,  
Y los frailes se llevan las mozas.  
Dios nos libre de tan malas cosas.

Otro de los vicios que se achacaban á los frailes era el ser demasiado pediguños. «Parece que te ha hecho la boca un fraile,» se decía vulgarmente, y aun se dice, al que no cesa de pedir. Había muchas Órdenes llamadas mendicantes, porque se mantenían de limosna; y cosa singular; estas Órdenes, como la de San Francisco, eran las que tenían conventos mayores y más suntuosos y propiedades más extensas. Tenían sus peticionarios que iban solicitando, casa por casa, una limosna para nuestro Padre San Francisco, cualquiera cosa, una friolera; y como esta palabra friolera la repitiesen con frecuencia, se compuso aquel cantar que oía yo en mis mocedades:

Echeme usted ese fraile  
Por la escalera,  
Que me viene pidiendo  
La friolera.

Era natural, por lo demás, que hombres que llevaban buena vida, que estaban bien mantenidos y ociosos (prescindiendo de los pocos que estudiaban), sintieran con más fuerza que otros los impulsos de las pasiones. Por eso se decía también: «á la lumbre y al fraile no hay que urgarles, que la lumbre se apaga y el fraile arde.»

Para la mayor parte, fuera de las horas de rezo y refectorio, la estancia en el convento era gran molestia: se presentaban al superior, le pedían su bendición, que éste les daba generalmente, y salían á paseo ó á visitas. De aquí procedieron aquellos versos ó cosa así, que se han conservado en la memoria de muchos, y que si la mia no es infiel, decían.

Cuando ya el benedice de estilo  
Dos frailes le pidieron al prelado,  
Salieron del convento tan gozosos  
Como puede el lector imaginarlo.  
Pero apenas los pobres religiosos  
Andado hubieron unos cuantos pasos,  
Una nube comienza de repente  
A descargar con truenos y con rayos.  
Iba diciendo el uno al otro fraile:  
¿Sabes lo que discurro, fray Pascasio?  
Es que si el benedice un minuto  
Solamente se hubiera retrasado,  
Esta nube nos pilla en el convento,  
Y entonces si que nos llevamos chasco.

Tal era la situación de los frailes en el interior de las comunidades y en el exterior ante la opinión pública, cuando murió el rey Fernando VII. En la época de 1820 á 1823 habían tomado muchos las armas en favor del absolutismo, acostumbrados como habían estado también á la vida de guerrilleros en la guerra de la Independencia; y cuando la reacción de 1823 á 1833 frailes importantes habían fundado la Sociedad más ó menos secreta llamada del *Ángel exterminador* (tratábase de exterminar liberales), y los más furibundos predicaban desde los pulpitos el exterminio de los *negros* hasta la cuarta generación.

Mezclados de este modo en las luchas políticas, enlazando sus intereses con los de partido, no podían menos de seguir la suerte del bando á que en su generalidad se habían afiliado y sufrir la animadversión del bando contrario. Así como habían acusado á los liberales de herejes, de impíos, de enemigos del altar y del trono, entregándolos á las iras del populacho realista, del mismo modo cuando llegó el año 1834 todas las calamidades se achacaban por el populacho liberal á los frailes, acusándolos de todos los vicios y hasta de todos los crímenes posibles. Entonces estallaron los odios largo tiempo contenidos y alimentados por una represión feroz de diez años. El 16 y 17 de Julio de 1834 estalló de repente el cólera en Madrid, enfermedad hasta entonces desconocida del vulgo y que se presentaba con terribles síntomas, muy parecidos á los del envenenamiento. La muerte casi instantánea de millares de personas hizo pensar en efecto al vulgo lo que en ocasión de todas las pestes se ha pensado siempre, á saber: que habían sido envenenadas las aguas de las fuentes públicas. Esto bastó para que corriera la voz de que los frailes eran los autores del crimen, sin que el vulgo que no discurre se fijase en lo absurdo de semejante rumor, porque en tales casos, y aún en otros muchos, lo más absurdo es lo que más fácilmente se cree por el vulgo, con tal que halague sus pasiones ó sus resentimientos. Estalló entonces un motín que no pudieron contener las autoridades, y del cual fueron víctimas una multitud de frailes inocentes, ferozmente asesinados por los fanáticos y por los bandidos que con ellos se mezclaron con la codicia del saqueo. Los conventos fueron invadidos y el terror se esparció por Madrid y desde aquí por todos los conventos de España. Entonces el Gobierno, para evitar males mayores, se preparó á disolver las comunidades religiosas de varones. Estas se habían disminuido bastante desde fines del último siglo. Contábase entonces en España

2 400 conventos de varones con 60.000 frailes; pero de 1820 á 1823, los decretos permitiendo la excomunión hicieron salir á 8.000 de sus conventos abandonándose espontáneamente. Después se fué disminuyendo todavía más la población monacal, de manera que en 8 de Marzo de 1836, época del decreto suprimiendo los conventos de varones, ya no había más que 1.940 conventos con unos 30 900 frailes, número respetabilísimo, pero relativamente corto comparado con el del siglo anterior. Es verdad que se exceptuaron de la medida de la supresión dos órdenes religiosos: la de los escolapios que se dedicaban á la enseñanza, y por lo general se habían mostrado indiferentes á la política, y las casas destinadas á las misiones de Asia y Oceanía.

Así siguieron las cosas hasta que en 1851 se hizo un Concordato con Roma y por él adquirió el Gobierno español la obligación de admitir tres órdenes monásticos; la de San Vicente de Paul, la de San Felipe Neri y otra que se reservó designar el Papa.

El Gobierno, con arreglo á este pacto, podía no haber admitido en España más que estas tres órdenes; pero en los tiempos posteriores se ha abierto un poco la mano á la admisión y se han fundado varias casas en España, poco numerosas todavía, y al parecer sobre muy distintas bases de las que sostenían los antiguos conventos. Las leyes de desamortización están vigentes; las costumbres del país han experimentado una modificación profunda, y la primitiva influencia de las órdenes monásticas puede tenerse por perdida para siempre en el mundo.

Ultimamente las Congregaciones han sido expulsadas de Francia, y según la estadística que se ha publicado, apenas llegaban á 7.000 entre enfermos y sanos, viejos y jóvenes los frailes expulsados. Algunos se han refugiado en nuestro país. No permita Dios que ni á ellos, ni á los frailes españoles autorizados, les ocurra la idea de mezclarse en nuestras contiendas políticas.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## ESPAÑA Y SUS COLONIAS.

### ARTÍCULO XI

Los informes y acuerdos de los demás Parlamentos de Francia fueron por el mismo estilo y no más suaves que el anterior. Se dió orden, además, para que todo el que tuviera libros de los jesuitas, de la misma especie que los mandados quemar, los entregaran á la autoridad. Ochenta colegios de aquellos se cerraron el 18 de Julio de 1761, prohibiéndose á todo ciudadano francés que mandase sus hijos á dichos establecimientos de enseñanza. Luis XV invitó á los obispos reunidos en París, con motivo de un Concilio ó Asamblea, para que dieran su parecer sobre los jesuitas, declarándose cuarenta de ellos en favor de la Compañía. Su audacia habitual abandonó á los jesuitas, y aprovecharon el tiempo para conseguir parar el golpe por medio de transacciones, apresurándose á reconocer cuatro artículos de la Iglesia galicana que anteriormente, con energía, habían combatido, y el padre provincial dirigió una carta á todos los obispos declarando que los jesuitas franceses desobedecerían al general si se oponía ó desaprobaba el acto que acabamos de referir. Aquella sumisión tardía les fué perfectamente inútil, y la Sorbona que había, hasta cierto punto, estado separada de las contiendas de ellos en el Parlamento, intervino á su vez para censurar la *Historia del pueblo de Dios*, escrita por Berruyer. Luis XV estaba en una gran perplejidad, y no le quedaba más alternativa que suspender el Parlamento ó aprobar las medidas contra los jesuitas; pero madame de Pompadour estaba allí, y si no logró convencerlo, sí, por lo menos, cansarlo, asediándolo con el siguiente argumento: «que durante quince siglos había habido cristianismo sin jesuitas, y, por consiguiente, que estos no eran necesarios para el bien de la religión cristiana.» Cede por fin; pero con la esperanza de salvar la orden por medio de una reforma, mandó un embajador á Roma encargado de gestionar con el Papa, como único medio de salvar la Compañía, el que los jesuitas franceses nombrasen un vicario para todo el reino al cual prestarán la obediencia que hasta entonces habían tenido al general. Pero Clemente XIII se negó en absoluto, porque esto, según él, equivalía á disolver la Compañía. Mientras tanto, los Parlamentos no se dormían, y mandaron á todos los obispos y magistrados del reino el escrito titulado «Anales de la Sociedad de los que se dicen jesuitas» y otro que se titulaba «Extracto de las afirmaciones peligrosas y perniciosas de los llamados jesuitas,» sin contar con las «Actas de acusación,» de Chalotais, de Monclar, de Didon, procuradores de los Parlamentos de Bretaña, de Provenza y de Burdeos; y por último, el 6 de Agosto, el gran Parlamento decreta la disolución de la Orden en Francia.

Vanos fueron los esfuerzos de Luis XV y de los obispos para salvar la Compañía, y el 14 de Junio de 1763, el rey dió un decreto declarando los bienes de aquella, propiedad del Estado. La mayor parte de los miembros de la Orden se quedaron en Francia; pero el Parlamento exigió que juraran no vivir con arreglo á los principios de las Constituciones, ni en comun ni separadamente, y además no sostener ninguna clase de relaciones con el gene-



ral. Pocos prestaron el juramento, y la mayoría tuvo que espantarse. El rey ordenó que nadie volviera á ocuparse de la cuestion de los jesuitas, y que los que estaban fuera del reino, pudieran entrar como seculares, sujetándose á los decretos del Parlamento. Clemente XIII intentó un último esfuerzo en favor de la orden, publicando el 7 de Enero de 1765 la célebre Constitución *Apostolicum Pacendi*, la cual habia sido redactada, llevando el secreto hasta un punto tal, que el secretario de Estado, cardenal Torregiani, confidente del Papa, no tuvo el menor conocimiento hasta que estaba impresa. Habia sido redactada por el general de la Orden Ricci con alguno de sus adeptos. Confirmábase en este documento la institucion jesuítica, defendiéndola contra toda sospecha y proclamando su santidad á la faz del orbe cristiano. Clemente XIII envió la Constitución á todos los nuncios apostólicos, creyendo de este modo calmar la excitacion que habia contra los jesuitas; pero es el caso que de todos los obispos de la cristiandad, sólo 23 se hallaron conformes con el Papa, que se componian de 13 españoles, 7 italianos, 2 franceses y el arzobispo de Praga, añadiendo todos ellos que en sus respectivas diócesis, el número de enemigos de los jesuitas era muy grande, y los nuncios le manifestaron que la Bula era inoportuna y no servía más que para aumentar el odio que se tenía á aquellos. Portugal declara que la Bula habia sido arrancada al Papa por sorpresa, que era contraria á los derechos de la Corona y peligrosa para la paz del reino y de la Iglesia, ordenando, además, de que todo el que tuviese algun ejemplar lo entregara á los tribunales, y declarando que cualquiera que fuese el estado ó categoría del que contraviniese esta orden, cometía crimen de lesa majestad y sería condenado con arreglo á las leyes.

En las Dos Sicilias no solo se prohibió la Bula de la manera más severa, sino que se incoó un expediente contra las instituciones de la Sociedad de Jesús, y fueron aquellas declaradas incompatibles con las leyes del Estado. La república veneciana no quiso quedarse atrás, y publicó un edicto altamente ofensivo para el Papa y para la Compañía, prohibiendo la Bula y amenazando además con pena capital á los impresores, libreros y expendedores de ella. El gobernador de Milan se contentó, lo mismo que el Parlamento de París, con suprimirla. No así los de Normandía y Aix, que hicieron que el verdugo la quemase. El arzobispo de Rouen amenazó con negar los sacramentos á cualquiera que la publicase. El Norte de Alemania y la península Escandinava, dicho se está, que la miraron con el mayor desprecio, ocupándose solo de ella para mofarse; pero todas las potencias católicas vieron en aquel documento una amenaza, y contestaron con leyes depresivas, condenando que todos los edictos que partieran del Papa, incluso las indulgencias, fueran sujetas al *Placete* y encargaron á la policía que vigilara con mucho cuidado las relaciones de los obispos con la Santa Sede. Cuando los padres fueron expulsados de Francia, el mayor número de ellos se vino á España, estableciéndose en las provincias fronterizas á aquella nacion, sin perjuicio de ir estendiéndose por las demás. Muchos obispos los recibieron con tal *benevolencia*, que les prohibieron el ejercicio de toda funcion eclesiástica en sus diócesis, lo cual no estorbó para que en algunos puntos los adeptos ó seducidos los recibieran con fiestas y regocijos. Ignoraban aquellos pobres emigrados la suerte que les estaba deparada en España, y no faltan imaginaciones acaloradas y fantásticas que, al recordar aquel hecho, y comparándolo con la preferencia que tambien se les dispensa á los padres en la actualidad, y recordando la semejanza de los Gobiernos que entonces regian las dos naciones, se echen á vaticinar y predecir, que antes de algun tiempo los casos tendrán completa y absoluta analogía.

Reinaba á la sazón en nuestro país Carlos III, que bien puede asegurarse era uno de los mejores reyes que ha producido la dinastía de Enrique el Bearnés. Había dado Carlos III pruebas inequívocas de ser un hombre valeroso y un entendido militar, conquistándose el reino de las Dos Sicilias, las cuales gobernó despues y antes de venir á España con un tino é interés por el bien público que eclipsaron los méritos del soldado. No se desmintió su entusiasmo por aquellos benéficos objetos al venir á ocupar el trono de España. Tuvo la fortuna de encontrar varones tan ilustres como Aranda, Campomanes, Roda, Floridablanca, Jovellanos y otros, y con tan poderosa ayuda inauguró su marcha dando los primeros pasos para la regeneracion de España. Como no podia ménos de suceder, se ocupó aquella administracion del estado lastimoso á que habia llegado la enseñanza pública, y el distinguido jurisconsulto Campomanes, del Consejo de Castilla, escribió un luminoso informe probando la ineficacia, inconveniencia y graves defectos de la dada por los jesuitas, proponiendo que se les quitase de todos los centros de enseñanza, encargando de ella al clero secular, é insistiendo, muy particularmente, en la superior importancia de la instruccion primaria para el pueblo y la adecuada para artes y oficios, proponiendo además, como estímulo á los progresos materiales, la creacion de Sociedades económicas ó de Amigos del país, como en efecto se han creado algunas, entre otras, las de Madrid, que recuerda con gratitud el nombre del ilustre fundador. De tal manera se hallaban imbuidas estas ideas en el señor Rey Carlos III, que

la historia recuerda aquella expresion favorita suya y que tanto le honra, «enseñad á los pobres, pues la educacion del pueblo es la mayor fuerza de la nacion.»

Ya se comprenderá que los padres de la Compañía no quedaron totalmente satisfechos de Campomanes y sus compañeros, y tampoco podian ignorar que era muy escaso el número de obispos que les eran adeptos; pero hay que añadir á esto, que no podia ocultarse á la perspicacia de los hombres que rodeaban á Carlos III, que así para las reformas que creían necesarias como para el respeto que las demás naciones debian tener á España, dado el lugar que ésta entre ellas ocupaba, era indispensable tener la Hacienda en buen estado, aliviando al mismo tiempo, en lo que ser pudiera, al pueblo, sobre el cual pesaban todas las cargas, y para esto se hacia indispensable restringir los privilegios de que gozaban los cuantiosos bienes pertenecientes á las comunidades religiosas, y en este sentido dió una pragmática Carlos III. Sucedia, sin duda, entonces, á las comunidades citadas, lo que dice Julio César en sus Comentarios que acaecía con el clero de las Gálias, á saber: «Que la cuestion de intereses materiales era para ellos siempre la más importante.»

Acudieron las corporaciones al Papa y éste hizo tales representaciones á Carlos III, que la pragmática fué retirada. Participó España de la opinion reinante en Portugal, relativa á que la Bula *Apostolicum Pascendi*, habia sido arrancada al Papa por los padres jesuitas y por sorpresa; de suerte, que las clases ilustradas soportaban de muy mala voluntad el yugo de la Compañía. Los padres, á su vez, se movian sin perdonar medio; pero la desgracia que los perseguia en aquellos momentos, hacia que no dieran paso que no fuese una torpeza.

La desconfianza, pues, de Carlos III hacia ellos, crecia de dia en dia hasta el punto de prohibir á los miembros de la Orden presidiesen en los ejercicios de piedad con el resto del clero. No se contentó con esto; alejó á todos los amigos y discípulos de la Compañía de todos los altos puestos que ocupaban en la Iglesia y en el Estado. El ménos perspicuo podia comprender que se iba minando por los cimientos del edificio jesuítico. Los padres, como era natural, se defendieron con actividad y energía, pero con ménos modestia y más amor propio de lo que convenia á la humildad de que habian hecho profesion, y á las circunstancias por que estaban atravesando, apresuráronse á publicar apologías de sus actos y sistema de enseñanza sobradamente ampulosas para que no fueran ridículas; pero habia algo más grave, cometieron la torpeza de publicar folletos anónimos, tratando de poner en ridículo las reformas científicas y políticas intentadas por el Rey.

Produjeron todos estos manejos, más que conmocion, cierta superficial efervescencia. Es creencia general que cuando un individuo tiene alguna parte de su cuerpo lastimada, todos los choques con cuerpos exteriores se verifican precisamente en la parte donde tiene el dolor. Sucede una cosa semejante en las colectividades cuando les llega la hora de la desgracia, y así se verificó para la Compañía de Jesús en la época de que nos estamos ocupando. Los lectores de LA AMÉRICA conocen perfectamente el conato de movimiento verificado en Madrid en 1776, y conocido con el nombre de Motin de Esquilache. La circunstancia de haber dirigido la palabra personalmente el rey á los amotinados sin conseguir apaciguarlos, y de tener completo éxito los pasos dados por los jesuitas, llevaron al ánimo de Carlos III la conviccion profunda de que los Padres eran los promovedores de todo. Las prisiones llevadas á cabo y las causas instruidas á consecuencia de aquella asonada, ó produjeron el mismo convencimiento en los ministros Aranda y Roda ó estos aprovecharon con habilidad la ocasion para dar el golpe de gracia á la Compañía. Ordenáronse, pues, registros en casa de varios eclesiásticos y seglares en busca de los folletos y papeles clandestinos de que antes hemos hablado. Las investigaciones de la policía dieron por resultado encontrar en las casas de los jesuitas algunos documentos ó cuerpos de delito que los comprometian gravemente, los cuales, presentados al rey, acabaron de decidirlo á expulsar la Orden de todos los dominios españoles.

Constituyóse, al efecto, un Consejo secreto ó reservado, el cual opinó que el interés del Estado, del bien público y de la Iglesia de estos reinos, exigian de consuno la expulsion completa y absoluta de todos los individuos que, legos ó eclesiásticos, perteneciesen á la Orden. El rey Carlos III acordó en 27 de Febrero autorizar al Consejo, á fin de que tomase todas las medidas oportunas para que fueran expulsados los jesuitas de todos los países de aquende y allende los mares. El Consejo delegó todas las facultades en el conde de Aranda invistiéndolo de las más amplias para conseguir lo que se deseaba y para que ningun padre de la Orden pudiese evitar los efectos de la medida proyectada.

No inspiraba completa confianza el ministro de Marina á Roda y Aranda, así que nada se le dijo de lo que se trataba. El proyecto de decreto ó pragmática que habia de salir á luz en España y sus colonias los mismos dias en que, respectivamente, hubieran sido detenidos todos los individuos de la orden, se escribió en el mismo Palacio, asegurando unos que de puño y letra de Aranda, y otros que valiéndose de dos edecanes suyos, á los cuales exigió palabra de honor y juramento de que á na-

die habian de comunicar lo que vieran y entendieran, sin dejar de hacerles comprender al mismo tiempo que de faltar á su compromiso serian castigados de una manera ejemplar. Si se tiene en cuenta que además del decreto habia que estender muchas órdenes y detalladas instrucciones para vireyes, generales, intendentes, jueces y alcaldes de España y de Ultramar, hace poco ménos que imposible que Aranda pudiera escribirlo todo. A fin de evitar que las órdenes llevadas á las colonias no sufrieran extravío ó que algun acto de debilidad de las autoridades no hiciera malograr el plan en todo ó en parte, se mandaron aquellas triplicadas á los jefes superiores y á sus inmediatos, con orden terminante de abrirlas todas á la misma hora y en presencia unos de otros. Importa tener en cuenta, para lo que vamos tratando, el estado de las comunicaciones en aquel tiempo, no sólo en los países lejanos, sino de Madrid á los diferentes pueblos de España; y así se comprenderá que, verificada la detencion de los padres en Madrid antes que en las provincias y en las colonias, haya cogido á los que habitaban en otros puntos la medida tan de improviso como los que estaban en la corte. Puestos de acuerdo completamente en todos los detalles ó instrucciones que debian darse, se hizo partir primero las de Ultramar, y Roda avisó al conde de Aranda de que las órdenes y demás, enviadas á aquellos países, hacia ya diez dias que estaban navegando á su destino.

Entonces se fijó la fecha para efectuarlo en Madrid y dos despues en las provincias, pero habia que señalar los puntos de embarque, para lo cual se dividió á Es ña en regiones, señalando á cada una de ellas el puerto por donde habia de verificarse la salida. Se necesitaba, además, hacer la provision de víveres necesarios para dos meses de navegacion y para un personal mayor que el de las tripulaciones y cuyo número estaba calculado. El rey habia dado orden de que los víveres fuesen abundantes y de primera calidad. Faltaba aún algo, y era el número de buques de transporte necesarios y el de los de guerra indispensables para su defensa y custodia, y además, dada la situacion de los puertos españoles, en los mares, señalar las direcciones que habian de seguir y el dia preciso de su reunion y el punto donde ésta habia de verificarse en el mar. Claro está que análogas disposiciones habia que tomar con las colonias; y como quiera que todo esto habia de ordenarlo el secretario de Marina, y hemos dicho anteriormente que en el asunto de que se trataba no inspiraba gran confianza á sus compañeros, se presentaba una dificultad al parecer insuperable; pero el conde de Aranda no era ménos enérgico y activo que Pomal, y de acuerdo con Roda, explicó al de Marina que se trataba de un acto de guerra, de una reunion de tropas, de una expedicion importantísima para España, cuyo éxito dependia del mayor sigilo. No llegaron á conocer nada de esto los padres de la Orden, pero sí á traslucir que se habian verificado reuniones secretas, y esto los tenia en cierto desasosiego; notaban algo en la atmósfera que, sin saber lo que era, tenian motivos para sospechar que no les seria muy favorable. Pusieron en juego todos sus medios y agentes, pero sin resultado. Acudieron, por fin, al Nuncio, y aprovechando la circunstancia de ser éste deudor de Grimaldi, exigieron de él que lo viera y averiguase lo que habia. Hizolo así en efecto é instó á su pariente para que, en confianza y sin hacer uso ninguno de lo que le comunicase, le dijera lo que habia respecto al asunto. Se conoce que éste habia aprendido aquello de las reservas mentales, y así que, hablando solo en el seno de la amistad, le hizo creer al Nuncio que ni en poco ni en mucho se referian las determinaciones que habia de tomar á los jesuitas, y solo á reformas generales de una índole muy distinta: fuese éste muy convencido y escribió al Papa lo que le habia dicho Grimaldi.

En el momento oportuno se mandaron á la imprenta nacional pragmáticas, órdenes, instrucciones é itinerario, pero habiendo tenido la precaucion de llevar antes todos los víveres necesarios para la manutencion y asistencia de los trabajadores, rodeando el edificio de vigilantes que no permitian salir á nadie bajo ningun pretexto, y poniendo además centinelas de vista para que no pudieran comunicarse con ninguna persona del exterior ni tampoco entre ellos más que lo indispensable para desempeñar cada uno su cometido.

Como se comprenderá fácilmente, era mucho lo que habia que imprimir y duró el trabajo diez dias. Los padres, fuera por pura curiosidad mongil ó que sospechaban que algo podia importarle lo que se estaba imprimiendo, encargaron á un padre que se llamaba Patricio que procurase por todos los medios averiguar lo que se encerraba en aquel misterio; diéronle esta comision porque gozaba entre ellos fama de muy hábil; púsose el hombre en actividad; acudió á todas sus relaciones; personóse en la imprenta, y en efecto, lo engañaron como á un inocente y se volvió muy satisfecho, participando á sus compañeros que, ni en poco ni en mucho, se rozaba el asunto con los jesuitas; pues se trataba únicamente de un arreglo del clero secular. Sucedió en este caso lo que acaece con frecuencia; que no hay nada ménos hábil que los hábiles. Expuso Aranda al rey que todo estaba preparado y el golpe debia darse en Marzo ó en principios de Abril; y en efecto, el 2 de este mes de 1767 salió la pragmática ordenando la expulsion de todos los profesos, eclesiásticos ó legos, y á los novicios que no hubieran hecho sus votos se les per-

mitía retirarse al seno de sus familias, pero á condición de no conservar relaciones de ninguna clase con la Compañía ni con el general, y dejando detenidos los que por extrema vejez ó enfermedad no pudieran ponerse en camino hasta que mejorase el estado de la atmósfera, é incautándose el Estado de todos sus bienes muebles ó inmuebles, exigiéndoles dijieran bajo juramento, dónde tenían el metálico, y cerrando y sellando las sacristías y sitios donde se encontraban alhajas y ornamentos.

Pero la noche anterior, entre doce y dos de la madrugada, se rodearon con tropa las casas de los jesuitas; se violentaron las puertas en los sitios que se negaron á abrir; se detuvo á los padres con centinelas de vista en sus respectivas celdas, hasta que, más tarde, los reunieron con sus jefes en los refectorios, donde fueron entregados al que mandaba la fuerza que había de conducirlos al puerto señalado. Cumplieron todos rigurosamente el mandato, y fueron embarcados en número que excedía de cuatro mil. Juntáronse los buques en el punto señalado y se dirigieron á Civita-Vechia, á fin de dejar en tierra aquel especial cargamento; pero allí, obedeciendo á mandato del Papa, de acuerdo con el general Ricci, fueron recibidos con cañones apuntados y mecha encendida. Sobraban, al marino español, encargado de la misión, coraje y medios para vencer aquella resistencia, pero entendió que la cosa no valía la pena de sostener una batalla, y dirigióse á la isla de Córcega. También aquí hubo obstáculos, porque el general francés que mandaba la isla, declaró que no los recibiría por no haber recursos para mantener tanto ocio, que iban á comerse lo que escasamente llegaba para mantener los soldados. Carlos III intervino, ofreciendo al Gobierno francés que él pagaría los gastos que se ocasionaran en la isla para la manutención de aquellos desgraciados, hasta que se determinase lo más conveniente; por lo que, al fin, se permitió el desembarco, no sin declarar ante el jefe militar de aquella que no tenía edificios á propósito para dar albergue á tanta gente, teniendo aquellos pobres perseguidos que acomodarse en las casamatas, después de haber pasado seis meses en el mar con toda clase de molestias y privaciones, y sin quedarles á los pobrecillos otros recursos que el ofrecer á la Providencia toda aquella clase de trabajos y desdichas por la remisión de sus pecados.

El día memorable en que la pragmática de Carlos III se llevó á efecto, tomáronse precauciones militares ocupando los puntos estratégicos. Medida inútil: la clase media y personas ilustradas la vieron con poquísimo disgusto, y el pueblo permaneció, lo mismo en Madrid que dos días después en todas las provincias, donde se repitió exactamente el mismo acto, como frío espectador, sirviéndole únicamente el suceso para dar un rato de solaz á su imaginación con aquellas burletas y epigramas más ó menos sangrientos. Algunos viejos aristócratas se contentaron con murmurar, allá en el fondo de sus palacios; tan pesarosos de lo que llamaban las desdichas de los tiempos, como de las consecuencias de antiguos extravíos de la juventud, no encontrando más remedio para unos y otros que ofrecerlo todo al amor de Dios, único que ya les era permitido tener. Acusaron los jesuitas, como origen y causa de todas sus desgracias, á sus compañeros en Cristo de la Orden de Santo Domingo, sosteniendo que todas las inculpaciones que se les hacían eran injustas y solo debidas á las intrigas y manejos de aquellos, y muy especialmente al padre Osma, dominicano y confesor del rey. En efecto, este último les odiaba entrañablemente; y en cuanto á los demás, hacia ya largo tiempo que de las dos órdenes de Jesús y Santo Domingo tenían muchas y recíprocas deudas que pagarse; y con toda sinceridad creemos que habrán puesto los últimos de su parte todo lo posible para dar el golpe de gracia á sus rivales.

Ya hemos hablado de la opinión que tenía el Obispo Palafox formada de la Sociedad de Jesús, y ahora vuelve á aparecer este nombre. Tenía Carlos empeño en que se le beatificase y mandó á su embajador que diera en Roma los pasos conducentes al efecto; pero los jesuitas, por intermedio de su general Ricci, pusieron en juego todos los medios para que el rey de España no fuera complacido. Sin duda la Compañía conservaba por tradición el mismo cariño al nombre de Palafox, que éste á aquella había manifestado en la carta al Papa, de que antes hemos hablado. Acaecía esto antes que el rey tomase ninguna determinación contra los jesuitas; pero, no había contribuido mucho á que los mirase con buenos ojos, el que se le atravesasen en su camino, oponiéndose á sus deseos.

MANUEL BECERRA.

(Continuará).

## LOS ESTADOS-UNIDOS.

Hace medió siglo que Tocqueville y de Beaumont excitaron el interés de Europa sobre la América del Norte, escribiendo dos obras notables, fundadas en la observación personal, y apreciaron las instituciones admirables de aquel gran pueblo. El libro de Tocqueville, especialmente, es un tratado de la ciencia política, y ha merecido universal renombre.

Por la intolerancia religiosa de Inglaterra, muchos de sus hijos se vieron forzados á abandonar la madre patria, que los había tratado como una

madrastra, y surcaron los procelosos mares para poblar los extensos bosques de la virgen América, y después de una lucha heroica lograron constituir su independencia.

Muchas querellas políticas han estallado luego entre los Estados-Unidos y la poderosa Albion, y no se sabe si han terminado definitivamente.

Lo cierto es que los dos países contribuyen mutuamente á acrecentar su riqueza por las operaciones de un comercio vastísimo; pero el desarrollo inmenso de los grandes resortes que posee la América, amenaza quebrantar la preponderancia comercial de Inglaterra.

Los hombres de Estado más previsores reconocen que América sólo puede y debe, en el porvenir, arrebatar su primacía á la Gran Bretaña. El jefe actual del Ministerio inglés, Gladstone, ha manifestado que, si la adquiere, será por el derecho del más fuerte, pero que en este caso, el más fuerte quiere decir el mejor, y que será el primer servidor de esta gran casa, que se llama el mundo, colocado á la cabeza de todos los otros, porque su servicio será el mejor y el más inteligente.

Queda fuera de duda para el ilustre estadista, que entre la Inglaterra y la América del porvenir, será la hija más fuerte que su madre. *O matre forti filia fortior*, como dijo Horacio.

No tiene ejemplo la rapidez con que se ha desarrollado la grandeza de este Estado. En tanto que las demás naciones veían duplicar su población, la República de los Estados-Unidos se ha elevado, en el espacio de un sólo siglo de libertad, de dos millones á cuarenta y cinco.

Hasta aquí las enseñanzas sobre el censo de la población que se han publicado, no estaban fundadas en documentos oficiales. La sección de Washington destinada á este objeto, ha empezado á publicar recientemente boletines oficiales, que patentizan, entre otros datos, que Chicago en diez años ha subido de 298.977 habitantes, á 503.053, Newark (Nueva Jersey) de 105.059 á 136.400, Brooklyn, de 396.099 á 566.689, Washington, de 109.199 á 147.307, Providencia (Rhode-Ysland), de 68.904 á 104.852. El Colorado de 30.000 á 340.000 y la capital de un distrito minero que en 1878 no contaba más que 3.000, hoy asciende á 35.000, etc.

La riqueza se ha aumentado en progresión enorme, el nuevo censo la establece como la más rica de las naciones. La cifra enorme de mil millones de libras esterlinas en que se puede evaluar en cifras redondas la renta anual de Inglaterra, ha sido superada en condiciones increíbles en los Estados-Unidos. Y hay que advertir que todavía está en su infancia la gran obra que consiste en penetrar hasta en las entrañas de la tierra y abrir al espíritu de empresa los inmensos espacios que encierra. Estos son tan dilatados, que pueden abarcar una población de más de 100 millones de almas en algunos años.

Pero no basta el progreso material, si el pueblo no sabe subordinar su interés industrial en la más alta esfera, al fin más elevado de la perfección moral, contribuyendo al bien de la humanidad.

Para quien estudia las instituciones de los Estados-Unidos no puede haber ninguna duda, que entre todas las grandes naciones del mundo, son las que se han consagrado más eficazmente á establecer los principios que tienden al fin verdadero de la política, que estriba en demostrar por la razón las excelencias de su Gobierno, que tiene el deber de probar que rige bien los destinos del país, porque no es un Gobierno solamente apoyado en la supremacía de la riqueza y de la fuerza, sino que sus títulos más valiosos son la persuasión, la tolerancia á todas las opiniones, que deja al pensamiento toda su libertad, y no emplea la represión más que contra los actos contrarios á su derecho público, que dá el más alto precio á la libertad, por ella misma, y practica el *self government*, enseña á los ciudadanos á contar sobre ellos mismos, y no sobre la influencia gubernamental; desconfía de la centralización del poder, y la rechaza; ama las libertades municipales, no atendiendo sólo á que constituyen la escuela en que se forman los ciudadanos, que desarrollan su inteligencia, y los hace idóneos para ejercer las más importantes funciones de la administración, sino porque son, además, la escuela de las virtudes públicas y del espíritu de independencia.

Este pueblo prefiere más la práctica de las cosas, que la abstracción metafísica. Mira la publicidad como la esfera natural de la vida pública, que hace circular libremente todas las ideas, y los derechos y las aspiraciones de cada uno de los ciudadanos se mantienen en un equilibrio habitual y pacífico, y la manifestación de opiniones diversas, de juicios diferentes se depura en el crisol de la conciencia pública y labra el bien general.

Las instituciones de la gran República han sido adoptadas maravillosamente á su vocación particular, así como en Inglaterra la desigualdad forma la base del edificio social, á lo que concierne el más considerable de los hechos sociales, la posesión de la tierra; los colonos americanos, al pasar de una isla exigua á un continente sin límites, no debieron copiar á la madre patria, y modificaron profundamente sus ideas, como sus condiciones de existencia; la propiedad para ellos era un producto accidental, que no podía nacer de la tradición, sino el de la industria y de la riqueza desarrolladas de un modo naturalmente irregular y desigual; y así como la idea de herencia es la idea fundamental que reside en el corazón de los ingleses y sostiene la Constitución de la Gran Bre-

taña, la olvidaron sin duda los colonos al atravesar el Atlántico, y la igualdad combinada con la libertad formó la base de su credo social.

La esclavitud misma no llegó á modificar la teoría, aunque introdujo en la práctica un monstruoso vicio, y Baltimore y Peen no pudieron tampoco modificar la acción irresistible y poderosa creada por estas circunstancias especiales.

El mayor número de los colonos que pobló el Norte, le hizo el centro de las influencias dominadoras que dieron al conjunto del país su atmósfera política y moral; el tipo del americano fué el puritano de la Nueva Inglaterra, y no se puede negar que los Estados esclavistas del Sud produjeron un gran número de eminentes hombres de Estado, y ostentaron el más enérgico republica-

nismo. La aristocracia inglesa atribuía el primer puesto, después de la libertad, al anglicanismo político, y la Iglesia y el Estado dominantes, al lanzar de la Gran Bretaña á sus nuevos colonos americanos, la porción más numerosa y valiente protestó enérgicamente contra elementos tan reaccionarios, se escitó su naturaleza entera de creyente y de ciudadano, y bajo una forma acentuada y exclusiva quiso llevar á una tierra singularmente adecuada al desarrollo de estas ideas, todo lo que era protestante en la religión, y todo lo que era democrático en la política de Inglaterra. Esta doble reacción de espíritus independientes contra la doble opresión del Reino Unido, creó el pueblo más poderoso y libre del universo.

Su infancia fué libre y republicana, como lo es su edad madura; su revolución fué una reivindicación de libertades hereditariamente poseídas, y á pesar de la lucha con la madre patria, las trece colonias concertaron para el porvenir, en su vida y en sus costumbres reminiscencias de su pasado, pero fué la obra más maravillosa que ha nacido de la inteligencia y de la voluntad de un pueblo. Ha patentizado la sagacidad de sus autores y el vigor de su obra que ha sufrido la prueba de un siglo, en medio de las terribles dificultades de que ha salido victoriosa, y que producía la expansión de una rapidez y de un poder que no ha tenido ejemplo en la historia; y lo más sorprendente, y lo que corrobora nuestra afirmación, es el hecho notabilísimo de que no ha recibido, en tan largo período, ninguna modificación importante; y que ha sabido resistir á todas las censuras que podían herirla y que estaban en boga en Inglaterra; que no concebía que pudiera resolver el difícil problema, que consiste en hacer de un Continente un Estado. Su actitud, respecto de la madre patria, ha sido siempre franca y viril, y á pesar de haber conservado las antiguas tradiciones de Inglaterra, ha desafiado, en algunas ocasiones, el poder colosal de la soberbia Albion, y esta ha cedido á sus enérgicas manifestaciones, recordando los inmarcesibles trofeos conquistados por América en su cuna, y que más tarde, rica de juventud y de vigor, podía amenguar el prestigio marítimo que goza la reina del Támesis.

La guerra civil forzó á los Estados, tanto del Sud como del Norte, á poner en pié de guerra millón y medio ó más de hombres, y la amenazaba, después de la victoria que alcanzó el Norte, el doble peligro de que los hábitos militares ejercieran una influencia desastrosa, ya impulsando el paso á una política agresiva, á actos violentos y revolucionarios, ya que, habiendo adquirido un predominio tiránico, fuese nocivo á la libertad republicana.

Los hechos han venido á demostrar que estos peligros eran imaginarios; y los inmensos ejércitos organizados para la lucha, apenas ésta cesó, fueron inmediatamente dispersados. El ejemplo odioso de los Césares y de los Napoleones, asesinos de la libertad, no tuvo imitadores serviles en los victoriosos generales americanos, inspirados por el sentimiento sublime de la libertad, que inmortalizó á Washington, y la virtud austera de Cincinnati, fué el tipo de una nación entera. Los generales, como la inmensa masa de hombres que acababan de abandonar el servicio militar, volvieron á continuar tranquilamente los hábitos de la vida social. Las cifras enormes á que se había elevado el ejército permanente en el ardor de la contienda, fueron reducidas á mínimas proporciones.

La te y la paciencia del pueblo fué sometida á una ruda prueba.

Eran desconocidos los impuestos interiores para las necesidades federales, antes de la rebelión, y fueron establecidos, para resolver una cuestión de vida ó de muerte, en una proporción que sobrepasa todos los ejemplos pasados y presentes. El interés de la Deuda americana es el más elevado del mundo, y el capital de esta Deuda ha alcanzado la cifra de 560 millones de libras esterlinas: en doce años redujo su Deuda de 158 millones de libras esterlinas, lo que representa una reducción de 13 millones por año. Estos hechos redundan en gran honor de la democracia, la más absoluta que el mundo ha conocido, y que ha reducido resueltamente á su costa las deudas futuras del Estado.

América forma un país casi homogéneo, reina una admirable división del trabajo político entre los Estados tomados individualmente y el gobierno federal.

Las clases que tenían la propiedad y que dominaban el Parlamento en Inglaterra, se rebelaron, al fin de la guerra con Francia, contra el Gobierno tory, y rehusaron prolongar el *incometax* mismo por un sólo año. En sesenta y tres años, á

excepcion de dos, que han sido años de paz, la Inglaterra no redujo la cifra enorme de su deuda nacional, que es poco más de cien millones, lo que no representaba más que un millon y medio de libras esterlinas por año. ¡Que contraste más favorable para la América ofrece este paralelo con un Estado célebre por su prevision y consolidado por una larga experiencia, y que posee una organizacion gerárquica!

Inglaterra emancipó en plena paz un millon de negros, y América, en medio de una guerra civil sangrienta, ha emancipado cuatro ó cinco millones. Las exportaciones y la industria del Sur se han mantenido, mientras han perecido las colonias inglesas pobladas de negros, y no halló otro medio su Gobierno, para restablecer la paz y el orden en la Jamaica, que abolir las instituciones representativas, en tanto que el Sur, en los Estados Unidos, goza de todas las libertades.

Los grandes testimonios de clemencia que han seguido inmediatamente á la terminacion de la guerra, han honrado á los Estados Unidos y han prestado inmenso servicio á la causa general del gobierno democrático en el mundo.

Este es el juicio elocuente de una autoridad indisputable por su talento, y por el cargo eminente que desempeña, al regir los destinos de la poderosa Albion, el célebre Gladstone, que no ha escaseado sus alabanzas á las instituciones de la América, á su prosperidad y á su pujanza, por más que se inclina á favor de la Constitucion inglesa, juzgando que asegura una satisfaccion más rápida que la de los Estados Unidos, á la opinion y á las voluntades de la nacion.

Funda su tesis en que la nacion inglesa, cuando quiere ser vigilante, puede hacer prevalecer su voluntad. Lo ha demostrado, ciertamente, en las últimas elecciones en que fué derrotado el Ministerio presidido por Lord Beaconsfield, y las cuales produjeron la subida al poder de Gladstone.

Observa que en la Union Americana el poder ejecutivo federal es independiente, por cuatro años, del Congreso y del pueblo, en tanto que el Ministerio inglés depende constantemente del pueblo todas las veces que el pueblo quiere hacer sentir con firmeza su autoridad, y que él depende siempre de la Cámara de los Comunes, á menos, bien entendido, que él no puede de un modo seguro y útil apelar al pueblo.

Existen entre las dos naciones rasgos comunes y diferencias esenciales.

La Confederacion se formó despues de la guerra de la Independencia y más tarde la Constitucion colocó el Gobierno federal en relaciones definidas y directas con los ciudadanos de los diversos Estados. Terminada la lucha con el Sur, se decidió que la solucion de todas las cuestiones no resueltas por disposiciones formales de la Constitucion, seria reservada á la Union representada por el Gobierno federal, y no á los Gobiernos de los Estados particulares.

El poder ejecutivo en América reside en la persona del presidente: su inteligencia dirige á los ministros, y es responsable de las faltas cometidas, así como la aureola del éxito debe resplandecer sobre su frente. Este poder dura cuatro años.

El candidato del partido republicano, James Garfield, es hoy el presidente electo de la gran república. Ha obtenido el triunfo sobre Hancock, que representa al partido democrático. Este partido ha gobernado veinte años, y la derrota que ha sufrido por sexta vez, dá á su rival el ejercicio del poder, que le pertenece, hace veinte años tambien, y le asegura cuatro años más.

La escitacion general del país antes de las elecciones, el entusiasmo de los vencedores y la resignacion de los vencidos, devolvieron la tranquilidad á todos los ánimos, y todos los ciudadanos se dedicaron al día siguiente á su trabajo, satisfechos de haber ejercido sus derechos, y cumplido sus deberes, contribuyendo al engrandecimiento del país, más próspero que nunca, que goza de un crédito interior y exterior extraordinario, y su Tesoro cubre todos los gastos nacionales, y amortiza todos los años más de cien millones de duros de nuestro consolidado.

Una de las esclencias de más relieve en la organizacion de la democracia americana es, que los generales que son electos presidentes de la República no son los representantes del poder militar, sino del poder civil.

No existen allí aristocracias fundadas en tradiciones nobiliarias como en la vieja Europa; los títulos de los ciudadanos elevados por el voto público á la más alta funcion del Estado, son los del mérito y la virtud. No se reconocen otros en los pueblos regidos por el sufragio universal. Por eso decia el gran Montesquieu, que la virtud era el alma de las Repúblicas.

Son frecuentes los ejemplos de los que han ocupado la presidencia, que han salido del seno de las clases populares, y que han practicado los oficios más rudos, como Lincoln, que emezó siendo leñador, Johnson oficial de sastre, Grant fabricante de curtidos, y últimamente Garfield, que hace pocos años conducía una barca por los canales de su Estado de Ohio. Todos estos hombres se alistaron voluntarios en el ejército en la gigantesca guerra civil, y desplegaron un valor y talento militar, que los engrandecieron á los ojos de sus conciudadanos, ascendieron á las más elevadas gerarquías de la Milicia, y luego á la dignidad presidencial, premio concedido por sus extraordinarios servicios por sus compatriotas, habiendo desempeñado todos la

primera magistratura del país, con integridad y solicitud por los intereses públicos, que los ha hecho merecedores del respeto y veneracion universal.

Este es el honor, el derecho de la democracia, que elije á los más dignos para dirigir sus destinos y hace prósperas y libres á las naciones, como Francia y los Estados Unidos.

En la lucha de las elecciones, los partidos republicano y demócrata ostentan en su bandera los mismos colores; su programa, sobre todo en la cuestion de la tarifa aduanera, es igual; los republicanos han hecho una vigorosa campaña proteccionista, y los demócratas, que por sus tradiciones y doctrinas deben ser libre-cambistas, han gritado á los republicanos: somos tan buenos proteccionistas como vosotros.

Esta anomalía deplorable y contradiccion patente no hacen mucho honor á los que abdicen sus principios económicos por un interés electoral. Todas las libertades son solidarias, y si una es violada, las demás se quebrantan y se falsea el espíritu de la democracia.

Por lo mismo que obtiene nuestras preferencias el Gobierno democrático, nos parece funesta la conducta seguida por los que han defendido la candidatura del general Hancock, y se han hecho los apóstoles de heregías del monopolio protector.

Por fortuna la libre discusion y el sufragio universal, destruyen con el tiempo los errores y los vicios sociales para que impere en todas sus manifestaciones la verdadera libertad.

EUSEBIO ASQUERINO.

### SUPERIORIDAD.

PARA LA EDUCACION MODERNA, DE LOS COLEGIOS BIEN ORGANIZADOS Y BIEN REGIDOS.—CONSEJOS Á LA INFANCIA.

Palabras pronunciadas en la distribucion de premios de un colegio insigne.

A muy alta honra tengo yo el verme asociado á esta noble fiesta de familia en que con júbilo y esperanza ven los padres confirmado y proclamado el adelantamiento de sus hijos; y éstos, aunque todavía adormecidos en la candorosa irreflexion de la infancia, sienten ya, al recibir el sencillo galardón de su aplicacion y de su inteligencia, la intuicion de gloria con que nace el alma humana, y ven confusamente como un albor luminoso en el horizonte de su vida. ¿Cómo no complacerse en estas plausibles solemnidades en que palpita de gozo y de ternura el corazón de las madres y de las hermanas, y en que se ofrece á la patria un plantel escogido de la inteligencia y del trabajo, que ha de dar con el tiempo brillantes y lozanos frutos? Estas solemnidades no son sólo fiestas de familia: son además fiestas del patriotismo, de la civilizacion y de la cultura.

Permitidme, señores profesores que escucháis mis palabras, que os consagre algunas para felicitaros por la parte eficaz que aquí tomáis en los triunfos de la enseñanza. Es difícil concebir entre las varias útiles tareas de los hombres, otras más profundamente estimables y meritorias que las del profesorado que se dedica á la penosa instruccion de la infancia. Descender del alto pedestal en que coloca la ciencia al hombre para ponerse al nivel de la inteligencia naciente y todavía nebulosa del niño; recoger en bien de la enseñanza las alas del espíritu que aspira á volar en más libres y elevadas esferas; gastar con abnegacion maravillosa el caudal de paciencia que se necesita para repetir un día y otro las lecciones adecuadas á la comprension infantil, fatigas son del entendimiento y sacrificios del deber, de la voluntad y hasta del amor propio, cuyo valor sólo Dios puede aquilatar en su sabiduría suprema. Recibid, pues, señores profesores, el parabien que os doy en nombre de las letras, como á asiduos trabajadores de la cultura intelectual, como á animosos campeones del progreso de la humanidad.

En cuanto á la eficacia y fructuosos resultados de la educacion que se da en los colegios, no titubeo en declarar que en vista de las circunstancias y formas peculiares de la vida moderna, tal sistema es á mis ojos muy preferible al de la educacion doméstica.

En otro tiempo, cuando el hogar de los padres era un santuario donde en recogimiento silencioso y sereno apenas recibían los niños la impresion corruptora de las audacias, de las abyecciones y de las liviandades del mundo, la educacion íntima del hogar no ofrecía los inconvenientes que ahora. No existía entonces la facilidad y el vértigo de más ó menos insanas diversiones públicas, que exaltan la mente y absorben el ánimo de los niños con daño visible del estudio; vivían en la santa ignorancia de los tuestos y aventurados análisis psicológicos que el teatro y la novela hacen hoy día de las pasiones y de los vicios; aprendían á venerar la autoridad, la virtud, la ancianidad y la pobreza, y cuando, ya adolescentes, se veían lanzados en el tumulto humano, tenían formada el alma, y los ejemplos de relajacion, de impiedad y de perfidia, que nunca faltan en la tierra, se estrellaban en el broquel de honradez é hidalguía que la educacion moral habia colocado ante sus nobles corazones.

La trasformacion ha sido despues profunda y trascendental. Los peligros de perversion para la infancia son continuos, inevitables aun en el seno

de las familias más austeras. Por eso creo que das las costumbres del tiempo presente, en que el bien y el mal, en conversaciones, en periódicos, en espectáculos y en libros, andan revueltos y mezclados sin moral discernimiento y valla que los separe y clasifique, un colegio hábil y severamente organizado es el más seguro refugio contra el raudal de sofisticas, impudentes y depravadas ideas, imágenes y doctrinas, que con seductoras apariencias invaden y envenenan la sociedad entera, desde el gabinete del pensador hasta el rincón doméstico donde se recrea el inocente niño con sus estampas y sus juguetes.

No sé si, como viejo, caigo en el comun desvarío de no hallarme completamente avenido con las nuevas generaciones, tan diferentes de aquella en que llevaba yo en el corazón y en la mente la mágica llama de la juventud, que me lo hacia ver todo con risueños colores. Es condicion natural de la vida que el anciano lleve la vista á las ilusiones de lo pasado; como la lleva el joven á las ilusiones de lo porvenir.

Acaso en estos últimos años de mi ya avanzada existencia, sin advertirlo con claridad bastante, estoy contemplando como contemplaba Jorge Manrique

Cuán presto se va el placer:  
cómo despues de acordado  
da dolor;  
cómo, á nuestro parecer,  
cualequiera tiempo pasado  
fué mejor;

pero se me antoja que, si hemos ganado mucho, lo cual es incontestable, en la vida exterior y material, en todo aquello que recrea los sentidos, hemos perdido no poco en las fuerzas íntimas del corazón, y son hoy menos intensas y frecuentes las más bellas manifestaciones del alma: el sentimiento, la abnegacion, la confianza y el entusiasmo.

Un colegio es un mundo pequeño, donde empieza la enseñanza del roce humano; donde nace temprano el conocimiento práctico de la vida; donde, mezclados con perfecta igualdad los alumnos que proceden de diversas clases de la sociedad, aprenden por sí mismos que el más digno y el más grande, á la luz de la justicia, es siempre aquel que se aventaja á los demás por sus méritos y por sus virtudes. En el colegio halla el niño desde luego tres puros manantiales de la vitalidad del espíritu: la emulacion, que anima; la gloria, que premia y ennoblece; la sana alegría, que hace amar la existencia.

Pero, ¿qué colegio es este, que produce tan fecundos y peregrinos resultados? Es simplemente un establecimiento bien planteado y bien regido, es un colegio, donde el director se desvela, con afanes casi paternales, para proporcionar á los alumnos: robustez corporal con un sistema higiénico bien entendido, luz y vigor del pensamiento con las nociones de la ciencia, grandeza y perfeccion moral con los sentimientos cristianos.

No hay que hacerse ilusiones con las reformas ulteriores de la vida del hombre. Pocos nacen con la vocacion del santo ó del asceta, y, con rarísimas excepciones, el hombre es siempre lo que le hizo en sus primeros años la educacion moral, religiosa é intelectual. Los salvajes salen iguales á nosotros de las manos de la naturaleza. Son hermanos nuestros ante el trono de Dios. Y, sin embargo, ¿qué prodigiosa diferencia entre el empleo de las facultades naturales del hombre sin la menor cultura, y estas mismas facultades acrisoladas y bien dirigidas por la religion, por la filosofía y por la ciencia! Por una parte, el feroz antropófago que devora á sus semejantes; el africano codicioso y desnaturalizado que vende á sus hijos para la esclavitud; el bárbaro igorroto, cuya vivienda, en la esfera del arte, no está mucho más alta que la especie de choza ó vivar que se construye por mero instinto el castor industrioso. Por otra, la hermana de la caridad ó el intrépido misionero, que sacrifican con sublime amor, por el bien de sus semejantes, la salud, el bienestar, los goces humanos y hasta la propia vida; el legislador, que asegura en admirables códigos la justicia, el orden y la libertad de las naciones; el poeta, el filósofo ó el artista, que con la inspiracion del génio crean obras inmortales que son asombro del entendimiento ó fascinacion de los sentidos.

¿De dónde nacen estos milagros de la voluntad, de la inteligencia y de la fantasía?... De la educacion. Ella es la luz creadora, la potente y gloriosa palanca que mueve, purifica, enaltece y trasfigura al hombre.

No debo poner término á estas sencillas observaciones sin dirigir palabras cariñosas á los jóvenes alumnos que aquí reciben hoy la recompensa de su capacidad y de su aplicacion.

Cuando ya la edad y el saber os hagan entrar de lleno en el conocimiento de las letras de la antigüedad, vereis hasta qué punto han contribuido remotas civilizaciones á la elevacion de los sentimientos morales. Ejemplos hay en que parece anticipada la grandeza incomparable y absoluta del cristianismo. *Antígona* (en Sófocles), mártir heroica de la piedad fraternal; *Alceste* (en Eurípides), que da gozosa su vida para salvar la de su esposo; el príncipe *Rama* (en la grande epopeya india RAMAYANA), que desterrado al desierto por espacio de catorce años, se niega á subir al trono, muerto su padre, hasta ver cumplido aquel período, solo para dar un testimonio de respeto filial. Estos caracteres y otros moralmente sublimes son manifestaciones

magníficas de ciertos impulsos generosos de la conciencia humana. Isócrates, el más virtuoso de los filósofos de Atenas, que perdió la vida para demostrar su lealtad, escribió unas advertencias y sentencias morales para la educación de un joven. Contienen hermosos pensamientos, como éste, por ejemplo:

«Demuestra que eres inmortal en la grandeza de tus ideas, y que eres mortal en el uso cuerdo y moderado que hagas de los bienes terrestres.»

Pero al lado de estas y otras máximas de alto y noble sentido, encuentro varias que denotan cuán lejos se hallaban todavía de la perfección estos virtuosos sabios del paganismo, que fueron considerados como arquetipos de la humana sabiduría. El mismo Isócrates dá al joven, cuya alma intenta encaminar al bien, este abominable consejo:

«No te dejes aventajar ni por tus enemigos en el odio, ni por tus amigos en el beneficio.»

A esta máxima inhumana y soberbia, sustituyó, cuatro siglos después, esta otra la divina ley del Evangelio:

«No respondas al daño con el daño, y ruega á Dios por tus enemigos.»

Ya veis, estudiosos jóvenes, cuán bella, cuán profundamente delicada y generosa es la verdad moral del cristianismo. Acudid á ella en todas las turbaciones del corazón y de la mente: ella no engaña nunca; ella, inmutable y soberana, triunfa con su santa y sublime sencillez de los tristes y falsos sistemas filosóficos, que intentan en balde desquiciar el asiento eterno de la conciencia humana.

Continuad, pues, con perseverancia y contento vuestras provechosas tareas. Cuando voleis con alas propias en las varias carreras á que el cielo os destina, tomad de la ciencia y de la industria extranjera cuanto sea conveniente al verdadero progreso humano; pero no perdáis nunca por ello nuestro espíritu nacional, eco sagrado de los grandes hechos que dieron á España tan glorioso lugar en la historia del mundo.

Estudiad, aprended: sed sabios é ilustres, si la Providencia os depara esa ruidosa gloria; mas no olvideis, deslumbrados por orgullosas aspiraciones, que valen todavía más que los osados vuelos de la mente los nobles afectos del corazón; que de éstos nace la dicha íntima del hombre; que hay más verdadera gloria y grandeza en ser buenos que en ser famosos.

Ahora sois embeleso de vuestros padres; después seréis su luz, su apoyo y su consuelo. Lograréis fácilmente tan nobles fines, si tenéis siempre presente que deben los hombres el alma á Dios, el corazón á la familia, el brazo y la inteligencia á la patria, el honor á sí mismos.

EL MARQUÉS DE VALMAR.

### NOTAS Y APUNTES

de un viaje por el Pirineo y por la Turena, hecho en el verano de 1878.

(Conclusion.)

CHAMBORD.

Después de haber visto las cosas más notables de Blois, dispusimos hacer una expedición por sus alrededores, cuyo principal objeto era visitar el famoso castillo de Chambord. La duena del hotel donde nos alojábamos, que corría con su dirección y administración como sucede de ordinario en Francia en esta clase de establecimientos, se encargó de proporcionarnos carruaje á propósito, y, como luego diré, no fué muy feliz en la elección del cochero que nos había de servir al mismo tiempo de guía.

Por la noche, durante la comida que nos sirvieron al señor de Llorente y á mí en una habitación que hacia esquina á la calle y al río y que, como todo el edificio, estaba adornada con excesiva modestia, el camarero, que era un soldado licenciado que había hecho la desastrosa guerra con Prusia, y que era hablador y entrometido como pocos, nos dió muchas y no muy exactas noticias de los alrededores de Blois, pero nuestras guías impresas, que ya habíamos leído en lo que á esta parte se refiere, nos ponían á cubierto de las consecuencias de los errores del locuz veterano.

A las ocho de la mañana, y con un tiempo muy agradable, porque estaba nublado y el aire, manso y suave, era tibio y perfumado, salimos de Blois en una carretela tirada por dos buenos caballos: en poco más de dos horas recorrimos las cuatro leguas que hay desde la ciudad á Chambord, por un camino tan bien cuidado como suelen estarlo todos los de Francia, que se extendía entre labranzas esmeradísimas divididas por setos vivos, y entre las que se elevaban algunos grupos de árboles que rompían la monotonía del paisaje, que por aquella parte ofrece pocos accidentes.

Chambord está situado en el centro de un inmenso parque de cinco mil quinientas hectáreas de superficie y rodeado de una tápia, que tiene más de ocho leguas de circuito: al llegar á ella se penetra en la posesión por una gran portada, que ya da idea de su importancia; dentro de las tápias hay un pueblo y cinco alquerías, y atraviesa las tierras el río Cosson.

Antes de ir al castillo nos dirigimos al pueblo, porque era llegada la hora del almuerzo, y sabíamos que habíamos de emplear largo rato en visitar el monumento. A pesar de que en Francia no se corre el peligro, que es tan frecuente en España, de llegar hambriento á una posada, donde á la pregunta; ¿qué hay que comer? se dé al viajero por respuesta, «lo que usted traiga»; no nos hacíamos la ilusión de que en la aldea de Chambord, pues no pasa el pueblo de esta humilde categoría, habíamos de encontrar los refinamientos de la cocina moderna; y en efecto, no almorzamos como lo hubiéramos hecho en el café Inglés ó en

el nuevo Vignon de la avenida de la Ópera; pero nos dieron una buena tortilla, una pierna de carnero asada y hasta unos peques, cuya especie no pude determinar, no obstante mis conocimientos malacológicos, pero que estaban frescos y sabrosos; el vino era agradable; el pan casero, bien cocido y sazonado; había buena manteca y el café era aromático y caliente, servido con nata (crema), que es famosa la de aquellos contornos, y que ya conocíamos, porque como especialidad de la tierra, nos la daban de postre en el hotel todos los días en los tarrillos en que la traen de los pueblos cercanos á Blois. Entre los postres nos sirvieron melon cantaloup y otras frutas exquisitas que no podíamos esperar que las hubiese en el modesto bodegón de un pueblo insignificante: picó esto nuestra curiosidad, preguntamos de dónde procedían y nos dijeron que de un huerto inmediato, que podíamos ir á visitar si queríamos.

En efecto, después de tomar el café fuimos acompañados de un muchacho á acabar de fumar nuestros cigarros al huerto, donde nos recibió muy afable el hortelano. La heredad era pequeña, pero en cambio estaba cuidada con el esmero que en Francia se tiene para estas cosas; los frutales de diversas especies, entre los que había ciruelos de la reina Claudia, perales exquisitos, melocotones excelentes, y albaricoques de Nancy, estaban colocados en espalderas junto á las tápias que miraban al mediodía; en un cuadro había fresas, en otro frambuesas, más allá, divididas en grupos, distintas especies de judías; en otro sitio algunas matas de melones cantaloup, cubierto el fruto con campanas de cristal para perfeccionar su madurez. Las flores más exquisitas y elegantes ostentaban sus pintadas corolas en otras secciones del jardín, ya en tierra, ya en tiestos, que, como era el mes de Agosto, se veían fuera de una pequeña estufa destinada á preservarlas de los rigores del invierno. El huerto tendría poco más de una aranzada; sus productos bastaban para sostener con holgura al inteligente hortelano que lo cuidaba, no solo con interés, sino con cariño. Al ver aquella muestra de lo que es la horticultura en Francia, no podía menos de preguntarme: ¿por qué tenemos este, así como otros muchos ramos de la producción nacional, tan abandonado en España? ¿Qué no se podría hacer, y á poca costa, en Valencia y en Andalucía en el cultivo de frutas y flores? Pero quizá por lo mismo que allí hace tanto la providencia naturaleza, el hombre se cree excusado de poner algo de su parte para mejorar y aumentar los productos casi espontáneos del suelo.

Después de visitar este huerto nos dirigimos al castillo, y á medida que nos aproximábamos á él era más vivo el sentimiento de admiración que nos producía su inmensa mole coronada de numerosas cúpulas, de esbeltas agujas, de torres y de elegantes chimeneas. Este edificio se empezó á construir en el reinado de Francisco I, y por su orden y la mayor parte de él es de su tiempo. Aunque muchos escritores atribuyen su traza y la dirección de las obras al arquitecto Le Primatice, está hoy averiguado que no le pertenece esta gloria, y se tiene por cierto que es autor de este monumento un artista de la tierra, que ya he citado antes, llamado Pedro Nepveu (alias) Trinqueau, que aparece en las cuentas de la obra y en otros papeles del tiempo, como maestro de la albanilería de la fábrica del castillo de Chambord.

La parte más admirable del edificio es su torre principal (*le donjon*), dividida en cuatro cuerpos de edificio, en cada uno de los cuales hay cuatro salas de guardias, que mide cada una más de trece metros de largo por nueve y tres cuartos de ancho: en el centro se levanta una escalera de caracol de doble subida, al aire y dispuesta por tal arte, que los que suben por cada lado se ven constantemente, pero no se encuentran, lo cual servía de pasatiempo al príncipe Gaston de Orleans y á su hija la duquesa de Montpensier, que refiere este juego en sus Memorias. La cúpula, que da luz á la escalera, es el más elevado y elegante remate del edificio, y está coronado por una inmensa flor de lis de piedra, que no tiene menos de dos metros de altura.

Además de esta escalera hay otras muchas en el edificio, cuyas dimensiones son tan enormes, como que hay en él cuatrocientas cincuenta habitaciones; en las de la galería ó ala principal, en cuyos adornos se repite la cifra F, y la sala-mandrá, habitaba Francisco I, que venía con mucha frecuencia á Chambord, y en la vidriera de un gabinete inmediato á la capilla fué donde escribió con el diamante que llevaba en una sortija, los famosos versos:

*Souvent femme varie  
Mal habil qui s'y fie.*

Los cuales dicen que destruyó Luis XIV por complacer á Madame de la Vallière.

Como ya he dicho, cuando el emperador Carlos V atravesó la Francia en 1539, pasó algunos días cazando en Chambord. En 1545 visitó por última vez Francisco I el castillo, que dejó sin concluir á su heredero Enrique II, quien continuó las obras, pudiéndose conocer fácilmente las de su tiempo, porque en los adornos se ve su cifra coronada por la media luna, que era al mismo tiempo su divisa y la de la célebre Diana de Poitiers.

En 1552 firmó este monarca en Chambord un tratado secreto, con los príncipes alemanes que se habían separado de la obediencia de Carlos V por las cuestiones religiosas, tratado que en las vicisitudes de las interminables guerras del tiempo fué motivo de que llegaran á formar parte de Francia las ciudades de Metz, Toul y Verdun, que en la última guerra fueron teatro de las mayores catástrofes militares que registró la historia.

Enrique II no concluyó tampoco las obras de Chambord, que continuó su heredero Carlos IX, quien por su afición á la caza venía con frecuencia al castillo. Las turbulencias de su reinado y del de su sucesor Enrique III, no favorecían esta clase de trabajos, y el castillo permaneció sin grandes progresos hasta el reinado de Luis XIV, pues su padre había dado en 1626 á Gaston de Orleans (*en apanage*) el condado de Blois, y en él estaba comprendido el castillo de Chambord. Hasta la muerte de este príncipe, ocurrida en 1660, no se reincorporó á la corona, y desde entonces no sólo se continuaron las obras bajo la dirección del famoso arquitecto Mansard, sino que vino varias veces al castillo Luis XIV, y dió en él magníficas fiestas. Las que han dejado más recuer-

do fueron las celebradas en 1669, por el interés literario que á ellas va unido; justamente en estos días se han ocupado de ellas los periódicos franceses con motivo de la celebración del segundo centenario del teatro de la Comedia francesa, pues en dicho año se estrenó la titulada *M. de Pourceaugnac*, y en las que se celebraron el siguiente se estrenó también en Chambord la que lleva por título *Le Bourgeois gentilhomme*, que es, sin duda, una de las más famosas de Molière, y que dió lugar á la siguiente anécdota. Luis XIV, cuyas pretensiones de crítico inteligente en materias de arte y de literatura, eran quizá tan grandes como justas, temeroso de que le sedujera la habilidad de los actores que representaban la comedia, la oyó con aparente frialdad, y aguardó hasta la segunda representación para dar su parecer. Molière estaba desconsolado, los cortesanos decían que decaía y que se había agotado su vena; pero al terminar la segunda representación, que no tuvo lugar sino cinco ó seis días después de la primera, el rey explicó el motivo de su anterior frialdad, felicitó cordialmente á Molière por su obra, y los cortesanos cambiando de opinión, se deshacían en elogios al poeta, que no veía cómo sustraerse á aquellas adulaciones.

Después de estos esplendores estuvo Chambord abandonado hasta 1725, en que sirvió de asilo al desgraciado rey de Polonia, Estanislao Leczinski: allí murió en 1733, sin que en estos ocho años se hiciera más que plantar un jardín de que no queda rastro, y cegar los fosos por motivos de salud. El castillo volvió á animarse cuando en 1748 tuvo en él su residencia el mariscal de Saxe: durante dos años, las caballerías, construidas por Monsard, alojaban los dos regimientos de hulanos que daban guarnición al castillo, y que el príncipe hacia maniobrar en el estenso parque para satisfacer sus aficiones militares.

Durante la revolución, sufrió Chambord las vicisitudes de los demás sitios reales de Francia, hasta que Napoleón lo donó al mariscal Berthier, príncipe de Wagram, en premio de sus grandes servicios, con la condición expresa de devolver al castillo su antiguo esplendor. Muerto el duque, su mujer no podía cumplirla, y Luis XVIII la autorizó para venderlo; con esta ocasión el conde Adrian de Calonne propuso una suscripción de todos los Ayuntamientos de Francia para adquirirlo y regalárselo al duque de Burdeos, la suscripción se realizó, y el 5 de Marzo de 1821 se formalizó la venta, mediante el precio de 1.542.000.

Este asunto dió materia á muchas y apasionadas controversias, y fué ocasión de uno de los más terribles folletos de Paul L. Courier, que tanto contribuyeron al desprestigio que fué preparando la caída de la restauración en Francia. Sabido es que desde entonces, el representante de la legitimidad dinástica en la nación vecina, usa el título de conde de Chambord, y continúa siendo propietario del castillo, que sólo ha visitado una vez el 2 de Julio de 1871, habiendo residido en él dos días, en los cuales acudieron muchas personas de distintas clases sociales á saludar al sucesor de los antiguos reyes de Francia.

Cuando nosotros visitamos á Chambord, aunque el castillo estaba bien cuidado, sus numerosas y estensas habitaciones no conservaban muebles ni adornos; sólo la capilla parecía dispuesta para el culto, y en unos salones inmediatos se veían los retratos de las personas de la familia real, desde Luis XVI, destacándose, entre los demás, el del conde de Chambord á caballo.

La vista que se goza desde los anditos que recorren las bóvedas del castillo, es magnífica: en ellos se ven de cerca los ricos detalles de la ornamentación de las chimeneas, de que el arquitecto ha sabido sacar tanto partido para formar los remates de los edificios; pero ni estas bellezas, ni las severas del panorama que desde allí se descubrían, eran bastantes para distraer mi espíritu de las impresiones que en él producían los recuerdos de las vicisitudes políticas que despierta el castillo de Chambord.

Ya entrada la tarde, tomamos de nuevo el coche con intención de ir á visitar el castillo de Chaumont: el cochero, al llegar á un punto de donde arrancan ó á donde llegan seis ó siete caminos diferentes, no obstante las indicaciones escritas en los brazos de una especie de estrella colocada sobre un poste de madera que había en el centro de la encrucijada, equivocó el que había de seguir, y tomando por veredas que conducían á las fincas de por allí, nos sacó de la calzada y aun nos llevó fuera de camino poniéndonos más de una vez en peligro de volcar ó de que se rompiera el carruaje en las desigualdades del terreno. No quería el auriga atender á nuestras observaciones, porque repugnaba confesarse perdido, hasta que tuvimos que apelar á la energía y obligarle á que preguntara á la primera persona que encontrásemos el sitio en que estábamos y la dirección que habíamos de tomar para volver á Blois. Algun tiempo tardamos, á pesar de lo denso de la población, en dar con quien entendernos, pero al cabo llegamos á un camino, y en él un peon caminero nos dijo, que para ir á Blois, lo más derecho era volver á Chambord: así lo hicimos, y ya cerrada la noche entramos en nuestro hotel, de donde salimos á la mañana siguiente para París, sin detenernos en Orleans, no obstante el interés que esta ciudad ofrece; pero deseaba yo destinar el más tiempo posible á visitar la Exposición universal, y los deberes de mi cargo exigían mi presencia en Madrid antes del 15 de Setiembre.

De París y de la Exposición universal de 1878, nada he de decir, porque son materias ya conocidas del público, y para tratarlas convenientemente tendría que emplear un tiempo y un espacio de que ahora carezco. A pesar de que ya empezaban entonces las alteraciones políticas, que ahora parecen haber llegado á su momento crítico, la ciudad ostentaba más esplendor que nunca, la concurrencia de forasteros era enorme y por tanto la vida carísima, pero merecía cualquier sacrificio contemplar el magnífico espectáculo que ofrecía el campo de Marte y estudiar las manifestaciones de los adelantos de la ciencia y de la industria que se contenían en el palacio de Cristal y en sus varios anejos; desgraciadamente España hacia entre las demás naciones un papel muy triste, por más que hayan dicho los que entienden el patriotismo de una manera que me parece absurda; yo creo que es menester decir la verdad, aunque sea amarga; la Exposición española fué en 1878, la prueba material y tangible de nuestra decadencia.

A. M. FABRÉ.

## EL ARZOBISPO DE COLONIA,

CONRADO DE HOCHSTADEN.

¡Qué cosas tan extrañas leemos en la Revista alemana *Los Grenzboten*, del 21 de Octubre, y en la *Gaceta de Augsburgo* del 31 de Octubre de 1880, con motivo de la inauguración de la catedral de Colonia! Fundándose en lo que sobre todo los protestantes celebraron las fiestas de Colonia del 15 y 16 de Octubre, y que Roma no tiene sino una sola iglesia gótica, y que el catolicismo moderno, que quiere ser lo sobrehumano sobre la tierra, no está simbolizado sino por la cúpula de San Pedro, que representa aquella infinitud visible, mientras las catedrales góticas, en vez de representar ellas mismas lo infinito, sólo nos dirigen hacia ello; dice la *Gaceta de Augsburgo*: «La Basílica de Colonia es la creación de un espíritu religioso que vivía en Alemania, y cuyo verdadero heredero no es la Iglesia que la posee en el día, sino el espíritu que engendró la Reforma, y á quien llamamos todavía hoy el verdadero protestantismo.»

No, y mil veces no: es preciso dejar á la Iglesia lo que le pertenece. Inspirándose en las palabras del rey Federico Guillermo IV, cuyos manes descansan ya en la región de los inmortales, Alemania entera ha proclamado en 1842 cual símbolo suyo á la catedral de Colonia; pero ésta no deja de ser también un monumento de la Iglesia, y es el mayor y el más hermoso de cuantos existen; es el monumento más magnífico del estilo gótico que creaba en la católica España catedrales como las de Leon, de Burgos y de Segovia, y que en Alemania tiene el más ferviente campeón en mi amigo, el gran católico doctor Augusto Reichensperger; es una creación alemana que estriba sobre un modelo francés, así como las apariciones más importantes de la Edad Media, la Caballería, el Monacato reformado, las Cruzadas y el *Minne-gesang* (canto del amor), nacieron en Francia. Diremos siempre que el arte helénico representa la armonía serena, la transfiguración del mundo sensual, y que el estilo gótico, como estilo verdaderamente cristiano, simboliza la huida de este mundo de los fragmentos y conflictos hacia la quietud y armonía de lo sobrehumano; pero jamás diremos que el genio que creó los planos de la Catedral de Colonia fuese un predecesor de la Reforma.

El pensamiento de la catedral llenaba el alma generosa del arzobispo *San Engelberto*, gloria á la vez de la Iglesia y del Imperio, que amando cual otro santo David el esplendor del templo del Señor, según dijo su biógrafo Cesario de Heisterbach, amonestó al cabildo coloniense para que renovase la Iglesia de San Pedro, madre de todas las iglesias de la provincia de Colonia, y que ofreció para la fábrica la suma de 500 marcos prometiendo dar cada año la misma cantidad hasta la conclusión de las obras. Pero á él que fué el último de los sucesores de San Materno que haya alcanzado no sólo la fama, sino el título de *santo*, no le concedió la fortuna el honor de ser el fundador de la catedral; esta gloria cabe á un arzobispo que no está ligado al templo de Colonia por un lazo espiritual, sino por la circunstancia casual de que él entonces ocupaba la silla arzobispal.

Llábase aquel arzobispo *Conrado de Hochstaden*.

Oportuna es la ocasión para decir una palabra acerca del que goza el honor de ser llamado fundador de la suntuosa catedral.

Al último continuador de los Anales de San Pantaleón de Colonia; al último benedictino que escribió en el convento de San Bruno la historia del Imperio y de la ciudad del Rin, y que en 1249 dejaba de escribir, se debe la historia de la primera mitad del episcopado de Conrado de Hochstaden, una historia escrita con suma imparcialidad, debiéndose el conocimiento de algunos fragmentos de su vida á los escasos trozos que han llegado á nosotros de una pobre crónica rimada, escrita en malos exámetros leoninos, y debiéndose la historia de las guerras del arzobispo con las extirpes nobles y la ciudad de Colonia á un apasionado amigo de aquéllos: Godofredo de Hagen, autor de la magnífica *Crónica rimada* que escribió cuando Conrado había muerto ya. Este Godofredo, á quien ya un documento de 1268 llama *Clericus coloniensis*, y que probablemente después de haber perdido á la mujer con quien se casó en 1271, se hizo párroco de la iglesia menor de San Martín de Colonia, era contemporáneo de los sucesos más importantes del episcopado de Conrado de Hochstaden, y creó en su *Crónica* un monumento que podrían envidiarnos las demás ciudades de Alemania, y podrían envidiarnos también aquel gran personaje á quien la ciencia llama el *Grande*, la Iglesia el *beato*, y Colonia uno de sus mejores ciudadanos, á saber, *Alberto Magno*, aquel hijo de Suabia que en los días de Conrado de Hochstaden hizo de Colonia un centro de vida espiritual, y que en aquel tiempo en que una guirnalda de iglesias adornaba las orillas del Rin, ostentando casi todas el llamado *estilo de transición*, que reunió la construcción románica y la ornamentación gótica, ofreció los recursos para que se edificase el coro de la grandiosa iglesia de los dominicos de Colonia. El 15 de Noviembre de 1880 celebraremos el sexto centenario de su muerte.

¡Qué diferencia tan grande entre Alberto Magno, el hombre de la ciencia, el sabio, la lumbrera y el genio universal de la Edad Media, el piadoso, el pacífico, el gran arquitecto de la fábrica del esco-

lasticismo, á quien nuestra edad rindió un homenaje extraño considerándole también como arquitecto de catedrales de piedra, como el primer arquitecto de su tiempo, como el que concibió los planos de la Basílica de Colonia! ¡Qué diferencia, digo yo, entre él y el arzobispo *Conrado de Hochstaden*, ese hombre bélico, esforzado é intrépido, que sembraba por do quier la guerra, y de quien dice la *Crónica rimada*, que cuando joven, exclamó en medio de su sueño: «¡He de ser la perdición de Colonia!» El lo fué todo, ménos un genuino sacerdote, ménos un verdadero arzobispo. Nadie se ha atrevido á censurar sus costumbres, pero tampoco han elogiado su clemencia, su liberalidad y su piedad. No fué sino el tipo de un frío y enérgico hombre de Estado, que alcanzó cuanto se proponía; él contribuyó como el que más á la perdición de la casa de los Hohenstaufen; él levantó al trono á un rey después de otro; desafió impune así al joven rey Guillermo de Holanda como al legado Pedro y al Papa Alejandro; humilló á la ciudad de Colonia, que hasta entonces era casi independiente; apareció en el campo de batalla llevando en la mano una piedra brillante, que según la superstición de aquel tiempo aseguraba la victoria, y concluyó sacrificando el bien de la patria á intereses mezquinos.

Mi sabio co apatriota el doctor Herman Caradans, que publicó la biografía de Conrado con motivo de la inauguración de la Catedral de Colonia, le llama una aparición grandiosa, sí, pero no atractiva. Si hay algo que pudiera conciliarnos con él, son sus hábitos de economía y el mérito que contrajo por haber colocado en 1248 la primera piedra de la catedral de Colonia, siendo el señor de la obra el Cabildo, y en 1255 la primera piedra de la Iglesia cisterciense de Altenberg, aquella preciosa miniatura de la grandiosa Catedral de Colonia.

No erigió ni suntuosos palacios, ni dotó á los conventos é iglesias, sino que compró castillos y feudos teniendo por vasallos á casi todos los caballeros entre el Mosa y el Weser, y reemplazó al castillo paterno de Hochstaden, situado á orillas del Erf, del lado meridional de Neuss, cerca del pueblecito de Frimmersdorf, por otro castillo. Se hizo el jefe del partido que, dejándose corromper por vil dinero, eligió rey de Alemania á Ricardo de Cornwallis, mientras el arzobispo Arnaldo de Tréveris, como jefe de partido castellano, eligió á Alfonso X de Castilla.

Nació Conrado del conde Lotario de Hochstaden y de Matilde, hermana del conde Enrique de Vianen, y fué en Abril de 1238 arzobispo de Colonia. Después de una vida turbulenta, murió el 28 de Setiembre de 1261, y fué sepultado primero en la antigua catedral, y después en la capilla de San Juan del coro de la nueva catedral de Colonia, en el mismo sitio en que en 1248 había colocado la primera piedra. Por encima de sus restos mortales se levantó un monumento de bronce, de que se ha conservado una magnífica estatua del mismo metal, que descansa sobre un sarcófago moderno.

¡Cosa singular! A la colocación de la primera piedra de la catedral de Colonia asistió un arzobispo, pero probablemente ningún rey, pues no puede demostrarse que hubiese asistido á la solemnidad el rey Guillermo de Holanda y en cambio, á la inauguración que se celebró en Octubre de 1880 asistió el Emperador, pero ningún arzobispo.

JUAN FASTENRAHT.

Colonia 2 de Diciembre de 1880.

## IMITACIONES DE ARIOSTO.

RETRATOS DE LA DISCORDIA Y DE EL FRAUDE.

Iba buscando el ángel de María, que así el eterno padre se lo ordena, el dichoso lugar donde hallaría de la Templanza la mansión serena; dejando para luego lo que había de causarle, por cierto, mayor pena: que era hallar la Discordia; que le manda también Dios que le diga por dónde anda.

Y á España descendió, y á la Alcazaba dó se forjan las leyes en invierno; y en vez de la Templanza que buscaba, por espreso querer del Padre Eterno, se halló con la Discordia, que pensaba en el otro encontrar, no en este infierno; que en la pobre política del mundo es dó ejerce su encono más profundo.

Por su vestido, de colores ciento, la conoció, que bandas mil partían, hecho girones que, al andar y al viento, ya mostraban la carne ó la cubrían. Unos cabellos de oro, otros de argento lleva, que estar en pleito parecían, y en trenzas, unos negros y otros blancos, que le caen por pecho, espalda y flancoos.

Llenas las manos tiene de montones de legajos, de cuentas, de facturas, pedimentos, exortos, conclusiones, codicilos, y mandas, y escrituras con que del huerfanillo las acciones y la hacienda jamás están seguras. Y por detrás, delante, y á los lados van Curiales, y Escrivas, y Abogados.

La llama á sí Gabriel y le pregunta si donde mora la Templanza sabe, pues no la mira en donde se halla junta la flor y nata de nación tan grave; y de su vara enséñale la punta, porque más pronto de decirlo acabe. Qué, ¿quién podrá saberlo mejor que ella, que hasta en el mismo altar pone la huella?

Y la Discordia respondió: *Mi mente no recuerda que verla haya podido, si bien su nombre resonó frecuente, y siempre entre alabanzas, en mi oído. Pero El Fraude tal vez, que es de mi gente, y que su rostro ha visto y ha fingido, te lo dirá, que al cielo no hay mentira:* y alzó el dedo y le dijo: *Es ese, mira.*

Tenia rostro afable, trage honesto, un humilde mirar, un andar grave, con un decir tan dulce y tan modesto, que parecía que entonaba el ¡Ave! Mas no era así de su persona el resto, cuya deforme traza ocultar sabe bajo ancha capa, en ademán sencillo, mientras dentro afilado va el cuchillo.

Al tal pregunta el ángel por qué vías andará La Templanza descarriada: y El Fraude le responde: «Algunos días, de la cristiana edad en la alborada, con Benito, con Pablo y con Matias vivió de otras virtudes circundada, y aun antes, se hospedaba, en ocasiones, con Architas, Pitágoras, Platones.

Mas al faltar filósofos y santos que la llevaban por la recta sonda, viendo entre los mortales vicios tantos, sin descubrir jamás señal de enmienda, y que yo, revestido con sus mantos, me calzaba en el mundo su prebenda, huyóse de este globo, y á la luna se ha marchado á buscar mejor fortuna.»

Dijo, y aquí á Gabriel volar contempló al nocturno fanal que nunca engaña, dejándonos en tierra triste ejemplo con La Discordia, El Fraude y su maraña, y de las mismas leyes en el templo, para mayor desdicha de la España! ¡Ay, cuando volverás, Nuncio divino, á llevarte este ejército danino!

EL CONDE DE CHESTE.

## MIRABEAU.

En la tribuna alzábale, se erguía, alta la frente, el ojo centelleante: era la fuerte roca de diamante que á los inmensos mares desafia.

El fuego de los cráteres hervía en su altiva cabeza de gigante, y su oratoria enérgica y brillante el huracán y el rayo despedía.

De su elocuente voz el estampido fué la acerada, la feroz piqueta que sepultó al pasado en el profundo.

Tal era el orador esclarecido de cuyo gran cerebro de poeta surgió una sociedad, un nuevo mundo!

MANUEL REINA.

## ANTE UNA ESTÁTUA.

SONETO.

Eres dechado de hermosura; nada profana de tus formas la pureza, ni el conjunto sin par de tu belleza por la mano del génio modelada.

Atónita mi vista y asombrada, admira de tu seno la riqueza, la apostura gentil de tu cabeza y la dulce expresión de tu mirada.

Mas ¡ah! ¿qué vale tu inmutable frente tu rostro inmóvil y tu pecho impío, sin alma noble y corazón ardiente?

Tú eres piedra insensible y mármol frío, yo, más grande que tú, llevo en la mente la eterna luz del pensamiento mío.

PLÁCIDO LANGLE.

## SALOMÉ.

(Pequeña tragedia vulgar.)

(Continuación).

XVII

Tanto cuanto era concentrada, reservada Salomé en todo aquello que podía tener alguna trascendencia, era Margarita explícita y expansiva.

Desde el momento en que había conocido á Luis, se había, como Salomé, interesado por él.

Rápidamente el interés fué simpatía, más rápidamente aún de la simpatía pasó Margarita al amor, y no tardando mucho, el amor se convirtió en pasión.

Era inocente, impresionable, voluntariosa, impaciente.

Siempre que encontraba á Luis al paso rápido por alguna crugía del establecimiento, se agitaba; la sangre, embello-

ciéndola de una manera extraordinaria, encendia sus morenas mejillas; su alma, apasionada, relampagueaba en sus ojos, se le agitaba el seno, y una indicación de sonrisa, de alegría, de felicidad, en que había la voracidad de una sensualidad incomprensible, vagaba en su pequeña boca, de labios puros levemente sonrosados, dejando entrever una dentadura admirable.

Luis, que conocía que gustaba en grande, se pavoneaba, saludaba á la joven, ya con una especie de acento de amor, y pasaba murmurando:

—Esta chica se muere por mí; ¡pero la otra! ¡la otra!

Luis no era tímido y tenía mucho de presuntuoso: ¿quién no lo ha sido á los veintidos años? Pero era prudente, porque amaba á su madre y á su hermano, y comprendía que una imprudencia podía hacerle perder su destino.

El miedo guardaba la viña.

Se contentaba con saludar de una manera quejosa á Salomé, y con un dulce acento de insinuación á Margarita.

Pero jamás se detenía á hablarlas.

En el Hospicio hay muchos ojos.

#### XVIII

Concentrada en sus propios sentimientos, Salomé no había reparado en la modificación que se había operado en Margarita.

Se había hecho menos comunicativa, menos habladora. Un dulce tinte de tristeza la enlanguidecía.

Cuando hacía labor, se paraba, se fijaba su mirada como vuelta al interior de su alma y dejaba ver un abismo en cuyo fondo lucía algo infinitamente irresistible.

Veía á Luis.

Pasados algunos segundos, volvía á la costura.

Al fin vinieron los suspiros exhalados, sin apercibirse de ello, la inquietud, los desvelos, la falta de apetito, el enfamecimiento, el mal color.

La obra del amor estaba concluida.

El destino de Margarita se había fijado.

Al fin, á pesar de sus cuidados propios, reparó Salomé en los de Margarita.

#### XIX

Un día, ó más bien una noche, al principio de ella, una tibia noche de primavera, enlanguidecida, poetizada por la luz de la luna llena, sentadas las dos hermanas del corazón en el mismo banco rústico en que tenemos aun ante nuestros lectores á Salomé en una ardiente siesta de agosto, leyendo mientras nosotros hacemos la exposición de la situación de sentimiento en que se encontraba, dijo á Margarita:

—¿Qué te sucede Margotín? (exageración del diminutivo francés Margot, lo que prueba que Salomé conocía tambien algo el francés): tú no hablas, ni paulas, ni comes, ni bebes, ni vives: con que á soltarlo todo; es necesario que sepamos porque está usted así, señorita.

—¿Luis!—respondió balbuceando Margotín.

—¿Quién! ¿El escribiente?—dijo Salomé dominando la sensación del golpe imprevisto y violento que acaba de sentir en el alma; sorpresa, espasmo, aturdimiento, celos, ira, ansiedad, dolor por una rápida, comprensión, un universo en un segundo, una especie de agonía vertiginosa: porque ella amaba ya con toda su alma á Luis.

Sin embargo, esta ráfaga de tormenta brava, iracunda, terrible, había pasado en silencio.

La reflexión la había dominado: la fuerza de voluntad la había vencido: Salomé se había puesto sobre sí; pero sufría, sufría de una manera indecible, y sentía una impaciencia y un anhelo mortales: necesitaba saber.

—Yo no sé,—dijo Margarita;—pero yo me muero por ese chico.

—¿Te ha dicho él algo?

La voz de Salomé continuaba siendo perfectamente serena, y cariñosamente dulce.

—No, si no al encontrarnos, vaya usted con Dios, señora: buenos días, niña; para servir á usted, criatura: pero me mira que me come, y se pone pálido, y como que quiere hablar y no se atreve.

—¿Y tú?

—¡Yo! ¡Qué se yo! Yo me aturdo cuando le veo.

—De modo, que sois novios, así... á la sordina!

—Yo creo que él se muere por mí, como yo me muero por él.

—Bueno; pero eso no es un motivo para estar triste y desganada, y en vez de dormir pasarse la noche suspirando.

—No lo puedo remediar; no pienso más que en él, y me consumo.

—Tú eres muy niña, Margotín; tú no reflexionas: estos señoritos las miran á todas como si se murieran por ellas.

—Si yo supiese que Luis miraba á otra como me mira á mí,—exclamó en una violenta explosión Margarita,—los mata á los dos: no, no, me moriría yo si él quisiera á otra.

Y echándose en los brazos de Salomé rompió á llorar.

Se unieron los latidos de aquellos dos jóvenes corazones: solo Dios sabe lo que en aquel momento solemne é indecible paso por Salomé.

El llanto de Margotín iba tomando caracteres de accidente.

Salomé tragó de una vez la copa del sacrificio, y dijo:

—Si tú puedes ser feliz con él, tú lo serás: yo haré...

—¿Y qué harás tú?—preguntó con ansia Margarita.

—Tú serás su mujer.

—Pero, ¿cómo?

—Eso es cuenta mía.

Y tan elocuente se mostró con Margarita, que la reanimó, la alentó, dejándola ver la sonrisa de la esperanza.

—¡Ay, hermana de mi alma!—exclamó Margotín,—¡cuánto te quiero!

#### XX

Salomé pasó una noche horrible, una noche de batalla entre sus pasiones y su conciencia.

Había comprendido la situación de Margarita: que estaba enferma de una manera incurable: que tenía el alma débil y apasionada, sin fuerzas para resistir.

Que había contraído el amor que mata si no se satisface.

Salomé dijo, anegada en llanto silencioso, sola ante Dios,

en medio del silencio de la noche, la frase de todos los mártires: *Padre mio, pase de mí este cáliz!* Pero para que el cáliz pasase era necesario sacrificar á Margarita, y Salomé apuró el cáliz: renunció á Luis.

#### XXI

Al día siguiente, despues de la comida, en el espacio que debía pasar desde ésta á las lecciones de la tarde, Salomé se llevó al jardín, á la superiora, y la dijo:

—Vamos, madre, voy á pedir á usted una nueva obra de caridad.

La superiora miró fija y aun severamente á Salomé, y dijo:

—Se tratará todavía de... ese jóven.

—Sí, madre mía, sí,—dijo Salomé absorbiendo en su mirada tranquila la investigadora de la religiosa:—se trata de él y de otra persona.

—¡Tú!—dijo la madre María:—yo espero que tú no te habrás olvidado...

—¿De nada!—dijo con una tranquila dignidad Salomé.

—Has hablado con él!

—No se trata de mí.

—¿Cómo! Yo creía...

—Bien, sí, un sueño; pero lo repito: no se trata de mí.

—¿De quién, pues?

—De Margotín.

Pasó algo inexplicable por la fisonomía de la religiosa.

—Explícame,—dijo.

Salomé, de una manera tranquila y dulce, manifestó á la superiora la situación en que Margarita se encontraba.

La oyó con gran atención la madre María, y cuando concluyó, la dijo:

—Yo no comprendo esto: esto es inverosímil, ó yo me he engañado. No, no comprendo tu sacrificio, Salomé; no puedo comprenderlo.

Salomé se conmovió, se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no pasó de aquí.

—Yo soy fuerte,—dijo:—yo estoy acostumbrada al sufrimiento: yo, ansiosa de familia, de séres á quien amar, amo á Margotín como si fuera hermana mía, de mi misma sangre, como si tuviese en sí, como yo, parte del alma de mis padres. ¿No me cree usted capaz, madre mía, de sacrificarme por una hermana menor, tan inocente, tan débil, tan apasionada, tan vehemente?

—En el mismo caso está ella!—exclamó enérgicamente la madre María.

—Ella no sabe lo que pasa en mi alma.

—Pero y él ¡y él! ¡esto en él es indisculpable!

—Yo no le he dejado conocer lo que siento, ó lo que sentía: él está irritado.

—¿Pero te ama!

—¡No lo sé; creo que si yo!... Pero no... no... esto está concluido.

—O eres un ángel ó tu imaginación te engaña,—dijo la religiosa.—¡Válgame Dios, y en qué mala hora ha venido á la casa ese mal hombre!

—¿Qué culpa tiene él? El es honrado, él es bueno; se mata á trabajar por su madre y por su hermano. Mire usted, madre: hará feliz á Margotín: si usted pudiera hacer.....

—¿Dos proposiciones!—dijo la madre María.

—Margotín es una excelente modista; junto lo que ella gane con lo que gane él... y luego, yo tengo desde hace tres años doscientos cuarenta reales de gratificación mensual. está en la Caja de Ahorros, pasa de diez mil reales: con esto puede Margotín montar un pequeño establecimiento; ese establecimiento será mi caja de ahorros: yo me quedaré aquí con usted... si esto no pasa, que pasará, porque yo quiero que pase, entraré en las Hermanas de la Caridad.

—¿Y por qué no dejas pasar las cosas?—dijo la superiora que miraba con un respetuoso asombro, de que había algo de espanto á la joven,—¿por qué estas exageraciones?

—La exageración no está en mí,—dijo Salomé,—está en Margotín: ha empezado á enfermarse, y yo no respondo, madre, yo no respondo: esto ya no tiene remedio.

—Sí, echar á ese hombre á la calle. ¡Haga usted obras de caridad!

—¡Y su madre enferma y su hermano niño, y Margotín!

—Vamos, yo me ahogo: tú encuentras razones para todo, tú me haces llorar.

—Yo me he pasado toda la noche cavilando, buscando...

—Así estás de pálida y ojerosa, hija mía.

—No he encontrado más medio que casarlos: usted verá madre, usted verá.

—¡Y tú, y tú! Estas sufriendo horriblemente, no lo puedes disimular. ¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué han deser tan terribles estos sueños, estos engaños del corazón?

—Yo tengo una cosa, madre.

—¿Cuál, hija mía?

—Yo me resigno á todo y Dios me dá fuerzas para resignarme... yo soy feliz. ¡Hay tantos amores para alimentar el alma!... y sobre todo, el premio que lleva consigo el cumplimiento del deber.

—Yo no te conocía, Salomé,—dijo la madre María mirando enamorada y á la par desolada á la joven:—yo no sabía cuánto te amaba: podrá faltarte todo, ménos el amor de mis entrañas: ven, bésame.

Aquellas dos desventuradas confundieron sus almas en un beso.

La madre María cerró los ojos en un momento de deliquio.

Salomé sonrió.

#### XXII

Hubo conciliábulo entre la madre María, el capellan y el director.

Por supuesto, la madre María guardó el secreto de Salomé.

Se discutió largamente.

Pasaron días y días.

Margotín, alentada por Salomé, fué más insinuante para con Luis.

Sobrevinieron, al fin, algunas rápidas conversaciones, de paso como robadas.

Se apercibieron de ello.

Se dió una queja.

El director echó un tremendo respice á Luis, y acabó por despedirle.

Luis se heló de espanto.

—¿Y es un delito,—dijo desesperado,—que un jóven hable á una chica, si la ama honestamente y piensa hacerla su esposa?

El director se agarró á esta cuerda.

—¿Es decir que usted me pide por esposa á la desamparada Margarita Gutiérrez?

—Sí, señor; pero pido á usted tambien que no sentencie á morir de miseria á mi pobre madre y á mi hermanito: no tienen más que lo que yo gano, y yo soy un hombre de bien.

Y el terror de Luis, fundido en lágrimas, rompió por sus ojos.

—Usted no saldrá un solo momento de la oficina,—dijo el director.

—Sí, señor,—contestó hipando Luis.

—Usted no volverá á ver á esa jóven hasta que formalmente la saque usted del establecimiento para casarse con ella.

—Sí, señor.

—Pues á la oficina á trabajar.

Luis le tomó la mano al director, se la besó y le dijo:

—Dios se lo pague á usted, señor director.

Y se fué vacilante como un ébrio.

El director, que era un buen sugeto, se quedó regodeándose.

Casaba con un hombre al que podía proteger á una de sus pupilas.

#### XXIII

En tal estado estaban las cosas el día en que presentamos á Salomé en el jardín del Hospicio leyendo en un pequeño libro muy usado.

Aquel libro era la *Imitación de Cristo*, del padre Kempis.

Un hermoso libro, á fé mia, en que á la más pura moral cristiana se unen la unción y la sencillez de la palabra y la elegancia del estilo.

Salomé no había leído nunca novelas.

Estas no entraban en el Hospicio.

¡Bueno era el capellan para consentirlo y buenas las madres!

Pero Salomé tenía en sí misma una novela terrible.

La novela de su sentimiento.

#### XXIV

Se había hecho la ilusión de que se había curado del amor de Luis.

Pero sufría.

Sentía un vacío doloroso en el alma.

Ella había soñado.

Había idealizado á Luis.

Le había visto tal como ella había anhelado el sér de su amor, su ángel.

Ese sér que se hace sentir incomprendido de las adolescentes, y que al fin se concreta, se determina, toma forma real en un hombre.

La decepción la había herido, y no la había curado: lo amaba con más intensidad, haciéndose la ilusión de que había dominado su amor.

Leía y no sentía la lectura.

Sufría y no razonaba su sufrimiento, que se exhalaba de su pálido y bello semblante como una especie de aureola.

Estaba abstraída: sentía su amor de una manera irreflexiva, fatal.

Como se sienten esas situaciones en que sin dolernos nada sentimos un malestar insoportable.

De improviso sintió una voz fresca, sonora, una voz de niña que la llamaba.

Alzó la cabeza y vió á Margotín que venía hácia ella corriendo.

#### XXV

Llegó jadeante y espantada.

En sus bellos ojos había extravío.

—¿Pero qué te pasa, chica? ¿qué te sucede?—la preguntó con cuidado Salomé.

—Es... es... ¡que te vas!—dijo de una manera entrecortada Margarita.

Y luego, rehaciéndose, añadió con vehemencia:

—Pero yo me voy contigo, sí, señor; yo me voy contigo; yo no me aparto de tí... ¡Pues no faltaba más!... Porque tú puedes sacarme; tú eres una gran señora, una duquesa.

—¡Dios mio!—exclamó Salomé creyendo que Margotín se había vuelto loco.

—Sí, sí, no lo dudes,—dijo Margarita:—es que te ha caído una herencia.

—¿Pero quién te ha dicho eso?

—Yo lo he oído.

—¿Dónde?

—En nuestro cuarto: yo estaba con la madre María, cuando entró el director; con él venía el padre capellan y otros tres señores: me mandaron salirme, y yo me quedé escuchando. Pero mira por dónde viene la madre María: viene á buscarte: ella te dirá.

#### XXVI

Salomé se puso de pie, dejando ver su esbeltez y su elegancia natural, y salió al encuentro de la superiora.

Esta traía los ojos abotargados de llanto.

Se contenía á duras penas.

Cuando Salomé llegó á ella, la asió las manos y la dijo:

—Prepárate, hija mía: no te sobrecojas cuando sepas lo que te se vá á notificar legalmente; un inesperado cambio de fortuna, una gran fortuna.

Margotín las miraba anhelante, con los ojos dilatados, con la boca abierta.

Salomé no podía hablar de sorpresa.

La habían acometido un torbellino de ideas, pero se borraban las unas á las otras.

—Ven, ven, hija mía,—la dijo la superiora;—te esperan, pero ten valor.

Salomé se detuvo, y dijo:

—Que se vayan: yo no quiero oír nada: mi herencia está aquí.

—No, no, imposible,—dijo la superiora:—tú no puedes... tú no debes... un gran nombre... una gran familia... tú te debes á ella... no des en tus exageraciones negándote á aceptar lo que á otros enloquecería de alegría.

—Sí, sí,—dijo Salomé; vamos allá, estoy segura de que esto es una equivocación.

Y pasó algo extraño por sus hermosísimos ojos.

Siguió á la superiora, que la llevaba de la mano.

Salomé hubiera podido sentir que aquella mano estaba helada y que temblaba.

Margotín iba detrás, también esbelta y bella, y sobrecogida aun.

## XXVII

Llegaron á la habitación de la superiora.

En ella estaban el director y el capellan y otras tres personas.

La una de ellas, hombre como de cuarenta y cinco años, vestido con una elegancia rebuscada, buen mozo, pero en cuya fisonomía se trasparentaba el pícaro corrido de mal género, se inmuto al ver á Salomé.

Los otros dos sujetos eran un juez de primera instancia y su secretario, jóvenes ambos y distinguidos.

Todos se levantaron.

—¡Salomé!—dijo presentándola la madre María.

Su voz sonaba á llanto.

El juez, el secretario y el otro sujeto saludaron.

—Tengo el honor,—dijo el juez mirando á Salomé con la complacencia con que se mira una joven tan hermosa y tan característica, tan excepcional como ella lo era, de anunciar á vuecencia....

—¡No, no!—Vuecencia no!—dijo Salomé:—yo no entiendo esto, no quiero entenderlo.

—Es un deber mio que cumpla con un singular placer al hacer que usted lo entienda, señorita,—respondió el juez;—y dejando el pesado fárrago legal, voy á explicarme en las ménos palabras posibles.

—Bien, oír lo que usted me diga,—dijo Salomé y añadió:—pero madre, madre mía, estos señores están de pié.

Salomé había dominado la situación.

Habia encontrado como siempre su fuerza de voluntad. Todos se sentaron, á escepcion de Margotín, que se quedó de pié apoyada en el respaldo de la silla en que Salomé se había sentado.

El semblante del capellan estaba lácio y no quitaba ojo de Salomé.

El director la miraba con una especie de estupefacción: de repente Salomé, había agrandado para él de una manera gigantesca.

El otro sujeto, que tenia fisonomía de pícaro reformado, si se nos permite la frase, devoraba de una manera hambrienta y repugnante á Salomé, á quien indudablemente veía por la primera vez.

Salomé no había reparado en él.

Tenia los ojos inclinados al suelo.

## XXVIII

—Resulta,—dijo el juez dirigiendo la palabra á Salomé,—probado y plenamente, que usted, señorita, es hija legítima de Alejo Pacheco, de oficio albañil, y de su mujer Cipriana García, de oficio lavandera, muertos en un mismo día hace doce años.

Salomé se estremeció.

—Sí, señor,—dijo,—esos fueron mis padres.

Continuaba con la mirada fija en el suelo.

—Resulta también completamente probado,—continuó el juez,—por cuantos documentos hacen fé en negocios de este género, que su padre de usted, el señor don Alejo Pacheco de Peña Hendida, descendía en línea recta del quinto hermano del abuelo del excelentísimo señor duque de Cumbre Azul, fallecido sin sucesión directa y abintestato, hace un año: el derecho ha subido hasta el abuelo, de él ha pasado á los hermanos de éste, cuatro de los cuales murieron sin sucesión, y la del quinto ha venido en línea recta á buscar á su señor padre de usted, fallecido, y por consecuencia á usted, su hija única.

## XXIX

El juez se detuvo.

Se oía el silencio.

De improviso Salomé alzó el hermoso semblante, radiante de vida y exclamó:

—¡Yo no quiero!

Se oyó un murmullo de asombro.

—¡Cómo!—exclamó el capellan con firmeza,—tú no puedes querer ni no querer tratándose de esto.

—Sí,—dijo Salomé:—yo tengo aquí mi familia, ésta es mi casa, yo voy á tomar el hábito de hermana de la caridad: ¿para qué aceptar si todo lo que yo quiero lo tengo; mi madre, mi hermana, mis niñas?

Y Salomé se levantó, y asiendo á la superiora y á Margotín las unió consigo en un abrazo como amparándose de ellas.

—Si yo pudiera,—añadió Salomé,—resucitar con esto á mis pobres padres, (no los había olvidado un solo instante, coexistían en ella) aceptaría: de otro modo, ¿para qué?

—Ya se lo había yo prevenido á ustedes,—dijo el capellan:—esta chica es lo más extraordinaria del mundo.

—Su ignorancia de la vida...—exclamó tímidamente la superiora,—el amor que nos tiene... la costumbre...

—Y que aquí todos la amamos,—balbuceó el director.

—Sea como quiera,—exclamó el capellan acreciendo en severidad,—ella, la última de una distinguida familia, no puede ni debe extinguirse.

—¿Y para qué continuar una familia que ha sido tan desgraciada?—exclamó Salomé.

Y de improviso, cambiando de actitud, irguiéndose y dejando de abrazarse á la madre María y á Margotín, exclamó:

—¡Ah! ¡sí! ¡sí! ¡acepto, acepto!... Esto me había aturrido y me había olvidado: mi deseo desde que tengo uso de razón... acepto, acepto con toda mi alma.

Al hablar de la desdicha de su familia había recordado la miserable, la terrible muerte de sus padres, que al fin ya crecida había sabido.

Había sentido un ánsia voraz de venganza y este ánsia se había hecho en ella un deseo insistente. ¡Oh, si vivía aquel hombre que de una manera infame y brutal había exterminado á su padre y causado así simultáneamente la muerte de su madre! siendo independiente, libre, ella averiguaría, ella sabría, ella encontraría medio de vengar á sus pobres padres.

Esta era la razón del cambio brusco en las disposiciones de Salomé.

## XXX

—¡Ah, vamos!—dijo el capellan, descansando como quien ve vencida una batalla difícil:—siempre he dicho yo que Salomé tenia algo de vena; pero una vena excelente, señores: siento que ella esté delante, porque por no abrumarla, no puedo hacerlos su elogio. Con que aceptas, ¿no es verdad, Salomé?

—¡Con toda mi alma!—dijo Salomé con la dulce firmeza que la era característica:—pero me llevo á esta desde el momento, porque creo que el señor director me la confiará.

Y se volvió á Margarita.

—Pues, por su puesto, mujer,—exclamó el director:—ó mejor dicho, y como debo, excelentísima señora: ¿á quién mejor se podría confiar la pequeña morena?

—Mi excelencia,—dijo sonriendo Salomé,—se llevará también consigo á su madre.

—¡Ah, hija de mi alma!—exclamó la madre María.

Y se echó á llorar.

Todos estaban conmovidos.

—Vamos, vamos, no hay que hacer pucheritos,—dijo el capellan enjugándose los ojos con los nudillos por debajo de las gafas:—no hay motivo más que para alegrarse de esta manifiesta bondad de la providencia de Dios: ¡en manos más dignas! ¡Y cuántos pobres van á ser consolados! Perdonen ustedes señores, yo me estiendo demasiado, estoy un tanto trastornado y robo su tiempo al señor juez.

—De ningún modo, señor capellan, de ningún modo: no se pierde el tiempo cuando se goza de cosas que consuelan: siempre empleáramos así nuestro tiempo los jueces. Ahora, si esta señorita gusta, formalizaremos la aceptación de la herencia y la toma de posesión de ella: la real carta de sucesión está aquí también: todo está concluido. El señor conde de los Chaparrales, aquí presente, nombrado legalmente tutor de la excelentísima señora duquesa de Cumbre Azul, no ha querido venir á este establecimiento sino cuando todo estuviera terminado.

## XXXI

Hasta entonces Salomé no reparó en el señor conde de los Chaparrales, que el juez la indicaba, y que era el hombre de apariencia ambigua que ya hemos citado.

Salomé le miró de una manera profunda y serena.

El señor conde estaba visiblemente afectado, y miraba con una expresión inexplicable á Salomé.

Tal era su mirada, que Salomé, á pesar de su fuerza de voluntad, bajó los ojos.

—Yo,—dijo el conde con la voz opaca y profunda, en que á pesar de sus esfuerzos se notaba un ligero temblor;—era grande amigo del difunto duque de Cumbre Azul: cuando murió de una manera imprevista, á causa de una congestión, yo creí de mi deber procurar por cuantos medios estuviesen á mi alcance, que su nombre no se extinguiese, y de partida de bautismo en partida de bautismo, de testamento en testamentos, sin perdonar medio, he llegado á descubrir á la joven y bella duquesa de Cumbre Azul donde ménos lo esperaba: yo no podía prever que la desamparada á quien correspondía heredar á mi amigo fuese una tal criatura: perdóneme ustedes, señores, tenia miedo: yo no sabía que del Hospicio podían salir tales señoritas.

—¡Señor conde!

—¡Nosotros!...—exclamaron á un tiempo el director y el capellan.

—Otra vez perdon, señores,—dijo el conde.

—No hay para qué el perdon,—dijo el capellan:—yo iba á decir que nosotros hacemos lo que podemos; pero nunca podemos llegar á la obra de Dios.

—Lo mismo iba á decir yo,—dijo el director,—aunque en distintos términos.

Salomé, entre tanto, continuaba mirando de una manera insistente al conde, como si hubiera querido penetrar en su mirada en su alma, y comprenderla sin que la quedase en ella nada desconocido.

Sentía una terrible atracción, que para ella provenía de aquel hombre.

No se explicaba, no podía explicarse la impresión extraña y profunda que le causaba.

## XXXII

—Yo celebro,—continuó el conde,—que ustedes hayan comprendido mi intención y que no se hayan ofendido: mi temor era naturalísimo: por consecuencia no quise presentarme aquí sino trayéndolo todo concluido: solo falta que usted, señorita, me acepte su tutor, firme unos cuantos documentos, y acompañado de esta respetable señora, y de esa interesante niña, que ya se hará que no se separen de usted, venga desde el momento á habitar el solar de sus abuelos.

Algunos minutos despues todas las formalidades legales estaban cumplidas.

Salomé era ya duquesa de Cumbre Azul, marquesa dos veces, condesa tres, baronesa una, con un encadenamiento de apellidos que llenaban casi una foja y cuatro ó cinco grandezas de España.

Tales son las vicisitudes de las familias.

El juzgado se despidió y se fué.

Salomé dijo al director y al capellan, asiendo de las manos á la madre María y á Margarita:

—Me las llevo: pero ni ellas ni yo nos despedimos, porque no nos vamos: todo se reducirá á que seremos externos en vez de internos, y á que ustedes tendrán una casa más. Yo seguiré viendo todos los días á mis niñas y enseñándolas; yo

vendré aquí con el traje de la casa: en fin, lo repito, yo no me voy, yo no puedo irme: por eso no me despido de nadie.

## XXXIII

Salieron.

Había corrido, no se sabía cómo, la voz por el Hospicio.

Las hermanas, las niñas se precipitaban al paso de Salomé.

—No, no me voy,—decía ésta,—no me voy, todo se reduce á quedarme de noche en mi casa, en la casa que me ha devuelto Dios.

Cuando llegó á la puerta, iba llorando á lagrima viva.

Al salir del Hospicio se sentía lanzada en un espacio vago y pavoroso, como si la hubieran precipitado en un abismo.

Al pasar junto á las oficinas entrevió por la abertura de una puerta el semblante pálido de Luis y sus ojos febriles que la miraban con ánsia.

Se la apretó el corazón.

A la puerta del establecimiento había un magnífico carruaje.

Hasta allí la acompañaron el director, el capellan, las madres, las hermanas, las niñas.

Como escondido tras ellas aparecía Luis.

Salomé entró en el carruaje con la madre María, con Margotín, que iba muy contenta, y con su tutor.

Cuando el carruaje partió, Luis se metió de nuevo en las oficinas cabizbajo, anonadado.

—¡Ah! ¡la señora duquesa!—dijo:—¡pues por eso tenia la soberbia en la sangre!

Y se puso á trabajar con rabia.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Concluirá en el próximo número.)

La Academia española se ha reunido para elegir quién ha de ocupar el sillón l minúscula que dejó vacante el autor ilustre de *Los Amantes de Teruel*. La elección se ha hecho y de ella ha resultado académico el Sr. Menendez Pelayo. Sucesor de Hartzenbush, juzgamos que con la entrada del Sr. Pelayo quedan abiertas de par en par las puertas de la Academia; compañero de Gabino Tejado y Catalina, vemos su dicha amargada un tanto. Pero aún hay otra razón que justifique esta tristeza. En la urna donde los electores depositaron sus bolas, había una negra. Esta bola era de Castelar. La elocuencia protestando del compadrazgo.

Se ha hablado tanto de estas elecciones entre los literatos como entre los políticos de las que hace el Sr. Romero Robledo. Las opiniones han sido muchas; todas las que caben entre tener á Menendez Pelayo por un niño mimado y llamarle príncipe de la inteligencia. Que tiene erudición prodigiosa para sus años, no hemos de negarlo nosotros, siquiera sea por no parecernos á los ultramontanos que niegan á Moreno Nieto sabiduría, á Castelar su elocuencia sin rival en el mundo, y á Galdós sus méritos de gran novelista.

¡Pero es esto bastante para que Menendez Pelayo entre antes en la Academia que en la mayor edad, saltando por nombres de reputación europea! viejos ya, gloria de las letras y de España? ¡Ni discutirse cabe! Grande será el premio que los eruditos estimen merece, escribir poemas en colaboración con Catulo, prólogos, coleccion de párrafos de autores y estilos distintos, y críticas tomando consejos de lo que el ultramontanismo aconseja; pero superior á esos trabajos, encontramos llevar á la escena grandes problemas de la vida, remover nuestra conciencia nacional y nuestras costumbres olvidadas para presentarlas en acabado cuadro en la novela, ir con el fuego de la elocuencia en los labios iluminando todas las oscuridades tenebrosas que los conflictos sociales á cada paso nos presentan.

Está visto que los neos no encuentran el talento fuera de su familia, y que disponen de la Academia como de cosa propia. Pero para llegar á este conocimiento, hemos tenido que recordar con tristeza que Valera y Nuñez de Arce son académicos, y que sus bolas no han aparecido, como la de Castelar, negras en la urna.

Alguien ha dicho que, siguiendo el camino emprendido, temia que nuestros hijos no supiesen que había habido Academia si no se lo contáramos nosotros al hablarlos de otros privilegios.

Tal vez tengamos que contárselo.

Ha fallecido en París la viuda del eminente hombre de Estado, Mr. Thiers.

Habiendo aumentado considerablemente los ingresos de los Estados-Unidos sobre las cantidades que se habían presupuestado, el ministro de Hacienda de aquella república ha pedido al Congreso que se reduzcan los impuestos en pesos 11.000.000.

En el mensaje que el presidente de la república ha dirigido al Congreso, recomienda que se conviertan los bonos de 5 y 6 por 100 en unos valores de 3 y 3 1/2 por 100.

Los periódicos griegos usan un lenguaje bastante belicoso, diciendo que si Grecia se ve abandonada por alguna de las grandes potencias, debe confiar en su propio esfuerzo para conseguir el cumplimiento de las estipulaciones de las conferencias de Berlín.

Los representantes extranjeros en Atenas gestionan para impedir cualquiera manifestación de hostilidad á Turquía, pues en las actuales circunstancias podría esto dar lugar á graves complicaciones.

En cambio de la moderación del Gobierno helénico, las potencias ofrecen interponer toda su influencia diplomática para conseguir de la Puerta el cumplimiento de sus compromisos.

## ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.— Ces agences ont la regie exclusive des dites annonces.

## GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

**HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA**  
Paris, 10, Rue St. Georges  
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.  
**BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.**  
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.  
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

**CASA GENERAL DE TRASPORTES**  
DE  
**JULIAN MORENO**  
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES  
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,  
Y  
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

**A. LOPEZ Y COMP.ª**  
MADRID.—ALCALÁ, 28.

**PALACIOS Y GOYOAGA**  
SASTRES.  
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



**VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.**  
NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.  
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.  
Se expenden también billetes directos vía de Cádiz, para  
**SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,**  
con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.  
Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.  
Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

**CÁPSULAS y GRAGEAS**  
De Bromuro de Alcanfor  
**del Doctor CLIN**  
Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.  
Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las Enfermedades Nerviosas y del Cerebro, las Afecciones del Corazón y de las Vías respiratorias y en los casos siguientes: Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histerico, Convulsiones, Vertigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vías urinarias, y para calmar las excitaciones de todas clases.  
Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantía en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C.ª y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

**GRAGEAS, ELIXIR y JARABE**  
DE  
**Hierro del Dr Rabuteau**  
Laureado del Instituto de Francia.  
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginos en los casos de Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Extenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños, y las enfermedades causadas por el Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre a consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.  
LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.  
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas están debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.  
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.  
El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.  
ACOMPAÑA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.  
Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantía la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.  
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

## NOTICE.

Advertisers and subscribers are requested to apply to our sole Agent in the United Kingdom Mr. P. Saudo, 18 Anley Road, West Kensington Park W., of whom may be had full particulars.

**CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS**  
Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.  
Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Gluten, no fatigan el estómago y están recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Blenorragia, la Cistitis del Cuello, el Gatarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos genito-urinarios.  
DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA.  
Acompaña á cada frasco una instruccion detallada.  
Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba)—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniese y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

## VENDAJE ELECTRO MEDICAL

INVENCIÓN CON PRIVILEGIO DE 45 AÑOS, s. g. d. g.  
de los Hermanos MARIE, Médicos-Inventores, para la cura radical de las Hernias mas ó menos caracterizadas.—Hasta el día, los vendajes no han sido mas que simples aparatos para contener la hernia. Los Hermanos MARIE han resuelto el problema de contener y curar por medio del VENDAJE ELECTRO-MEDICAL, que contra los nervios, los fortifica sin sacudidas ni dolores y asegura la cura radical en poco tiempo.—GARANTIA: rue de l'Arbre-Sec, 46, PARIS.  
Vendaje sencillo: 25 frs.—Indicar el costado.—Exigir la firma del inventor.

**PILDORAS BOILLE**  
de BROMHIDRATO de QUININA de BOILLE  
Contra el Reumatismo diatéxico y gotoso las Calenturas intermitentes, las Neuralgias, las Neurosis (Jaquecas), etc.  
El Bromhidrato de Quinina de Boille es el de que se ha hecho uso exclusivo en todas las esperiencias que han tenido lugar en los Hospitales de Paris y de Francia.  
EXIJASE LA FIRMA DE  
Deposito en Paris: E. BOILLE, 22, calle de la Bruyère.

TRADICIONES  
DE  
**TOLEDO**  
POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.  
Los Sres. Montoya y Compañía.—Caños, 1.—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

## BANCO DE ESPAÑA.

Nota de las obligaciones del Banco y del Tesoro, serie exterior, que han sido amortizadas en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas.	Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas.	Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas.
Del 3001 al 100	2163	Del 216201 al 300
7901 8000	2178	217701 800
16701 800	2375	237401 500
20601 700	2407	240601 700
25901 26000	2442	244101 200
45401 500	2463	246201 300
50201 300	2583	258201 300
51001 100	2708	270701 800
51501 600	2782	278101 200
53601 700	2825	282401 500
54201 300	2899	289801 900
82001 100	2930	292901 293000
82701 800	2957	295601 700
88401 500	3087	308601 700
95801 900	3182	318101 200
100201 300	3191	319001 100
103301 400	3259	325801 900
111501 600	3350	334901 335000
112801 900	3550	354901 355000
112901 113000	3565	356401 500
116401 500	3577	357601 700
120301 400	3623	362201 300
122801 900	3637	363601 700
129601 700	3646	364501 600
136101 200	3687	368601 700
136401 500	3704	370301 400
145801 900	3712	371101 200
151001 100	3715	371401 500
153201 300	3738	373701 800
156201 300	3758	375701 800
158001 100	3798	379701 800
159001 160000	3824	382301 400
162601 700	3845	384401 500
167201 300	3944	394301 400
170701 800	3955	395401 500
174301 400	3995	399401 500
175801 900	4005	400401 500
178401 500	4020	401901 402000
179601 700	4116	411501 600
181101 200	4259	425801 900
184801 900	4382	438101 200
187501 600	4546	454501 600
190401 500	4674	467301 400
191401 400	4738	473701 800
200401 500	4800	479901 480000
202401 500	4817	481601 700
204201 300	4879	487801 900
207201 300	4906	490501 600
212201 300		

Madrid 1.º de Diciembre de 1880.—V.º B.º—Por el gobernador, Secades.—El vice-secretario, J. Morales.

Venciendo en 1.º de Enero próximo el cupon de las obligaciones del Banco y del Tesoro, series exterior é interior; del Tesoro sobre el producto de Aduanas, y de los bonos del mismo, se previene á los depositantes que quieran retirar los referidos cupones en rama, se sirvan manifestarlo antes del día 4 de Diciembre inmediato, para que deje de cortarlos el Banco.

Este establecimiento, sin embargo, certará y pagará el cupon corriente de los citados valores que se depositen con él hasta el 24 del citado mes de Diciembre.

Desde el día 10 se admitirán en la Caja de efectos los valores que á continuacion se expresan para el pago de intereses y amortizacion, y por el órden siguiente:

Días 10, 14 y 17, cupones y obligaciones amortizadas del Banco y Tesoro, serie interior.

Días 11, 15 y 18, cupones y obligaciones amortizadas del Banco y Tesoro, serie exterior, y de Aduanas.

Días 13, 16 y 20, cupones de bonos y bonos amortizados.

Desde el 21 en adelante se admitirán toda clase de valores sin distincion.

Al respaldo de los efectos amortizados deberá ponerse el siguiente endoso: *Al Banco de España para su amortizacion y pago.*

(Fecha y firma del presentador.)

Comprobados los efectos á que se refiere el párrafo precedente con sus respectivas facturas, se entregará el correspondiente documento al interesado con el señalamiento del día en que ha de tener lugar el pago por la Caja de efectivo.

El pago de los intereses de los valores antes detallados depositados en este establecimiento se verificará desde el día 3 de Enero, y desde la misma fecha podrán presentarse en la Intervencion los depositantes con los resguardos respectivos á recoger el oportuno libramiento.

Los valores que formando parte de un depósito sean amortizados, deberán ser retirados por los interesados á fin de hacer por sí la presentacion de aquellos en la forma que queda establecida.

Los que deseen domiciliar en provincias el pago de intereses y amortizacion de las obligaciones y bonos, lo manifestarán por escrito al Banco hasta el 15 de Diciembre, y á las sucursales y comisionados hasta el 22, expresando el número de cada uno de los efectos que hayan de domiciliarse; en el concepto de que pasados aquellos dias sin haberlo solicitado, sólo se pagarán en la Caja de este establecimiento los intereses y amortizacion.

Madrid 29 de Noviembre de 1880.—El secretario, Manuel Ciudad.

FABRICA DE CAJAS  
DE  
**TODAS CLASES**  
DE  
**RAFAEL COMPAN**  
6, Fuencarral, 6.

LA AMÉRICA  
Año XXI  
Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.  
En el Extranjero 40 francos.  
En Ultramar, 12 pesos fuertes.  
Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO  
DE LOS SEÑORES M. P. MONTAYA Y C.ª  
Caños, 1.